



PUEBLOS
LEYENDAS



Un libro de lectura destinado al alumnado de los últimos cursos de la enseñanza primaria. El libro es una antología de leyendas del mundo. La selección definitiva de las más adecuadas la hicieron niños de diez a trece años después de la lectura de seis cuentos y leyendas de cada país.

Índice de contenido

Introducción

Japón

El viejo guardián
Isogai, el humilde

China

El alma de la gran campana
La huída del pintor Notcha

India

El brahmán, el tigre y el chacal
Gomini
Cómo nació en la India el árbol del pan

Arabia

La justicia del Cadí
La boda de Desar
El Imán del Yemen

Rusia

Snegorochka
Esviatogor y los bogátires

Escandinavia

Cómo se formó la isla de Seeland
Buen genio
Skiold, el Rey que vino del mar

Los países del Rin

El último caballero de Altenaar
El castillo de Niedeck
Stavoren

Till Eulenspiegel

Islas Británicas

William de Cloudesley

Gerión, el caballero

Francia

Los tres ladrones

Noroeste de África

Samba Gana

De pura raza

Negros de América

Ye

Epaminondas

Sobre el autor

Notas

Este libro ha sido escrito y se publica con el deseo de responder al marcado interés que los niños sienten por las narraciones; sin el propósito de administrar enseñanzas ni de infundir en el niño, como es costumbre, repertorios de normas en comprimidas moralejas.

Por eso el libro se ofrece cargado de narraciones recogidas y adaptadas al margen de la habitual intención docente y adoctrinadora.

La tarea del autor ha consistido sólo en la búsqueda y adaptación de leyendas y cuentos. En la selección ha sido asesorado por niños de escuelas de España. Niños de diez, de once, de doce, de trece años. Ellos fueron los que, después de la lectura de seis cuentos y leyendas de cada país, elegidos entre muchos, decidieron cuáles habían de figurar en la selección definitiva.

Se ha comprobado así que este haz de lecturas tiene un singular atractivo para el gusto y las preferencias de la infancia. También puede afirmarse que en este libro se ha conseguido reducir la inadaptación a la inteligencia verbal de los escolares en las edades indicadas.

Si los niños decidieran con su simpatía el acierto de esta colección de cuentos y leyendas, procuraríamos completarla con nuevos trozos antiguos del alma popular, que no han tenido aquí ocasión ni cabida.

LOS EDITORES

JAPÓN

En el mapa aparecen las islas japonesas, recortándose como una guirnalda sobre el limpio azul del Océano Pacífico.

Sobre ellas reina un cielo puro de finas nubes plateadas.

La tierra está salpicada de jardines y frondosos árboles por entre los que asoman las casitas de madera con graciosas cubiertas rizadas.

El suelo se extiende en suaves colinas y anchos valles y y picos volcánicos que se reflejan en los lagos tranquilos.

Pocos países del mundo tienen tan bellos paisajes.

En pocos lugares del mundo el hombre ama a la naturaleza como aquí, y la cuida y dispone como un escenario maravilloso.

Pueblo de hombres pequeños de estatura, pulidos y corteses, nerviosos y enérgicos, patriotas y guerreros. Mujeres graciosas y afables, de color de marfil.

Hermoso país de las flores y de las sedas, del té y de los extensos arrozales, de las porcelanas finísimas, de los pintados vestidos, de las ciudades adornadas con papeles y sedas y luces amarillas, verdes, rojas...

Las costas del Japón han sufrido siempre los terribles efectos de sacudidas sísmicas o de erupciones volcánicas submarinas. Olas gigantescas han barrido las costas japonesas produciendo tremendas catástrofes que arrasan regiones enteras, destruyendo muchos pueblos y ciudades.

La leyenda del viejo guardián es la tradición de una de estas catástrofes ocurridas en tiempo inmemorial.

EL VIEJO GUARDIÁN

¡Qué gusto daba mirar desde lo alto los barcos que resbalaban sobre el mar como en un espejo! El pequeño Yon se sentía feliz en la cima de aquel monte.

Sin padres, había ido a vivir con su abuelo en aquella casita de la montaña, en medio de los campos de arroz, dorados como el oro. Gozaba allí de aire puro y sol y libertad como los pájaros. Podía correr y jugar alegremente. ¡Qué bien se vivía en aquella paz campesina!

El pueblecito estaba allí abajo, a lo largo de la costa, frente al mar incendiado de sol. Yon veía las casas, pequeñas, blancas, limpias; todo el pueblo como un lindo juguete. Y a los hombres y a los niños los veía como hormigas grandes y hormigas pequeñas.

Entre el monte y el mar sólo había una estrecha faja de tierra donde los hombres construyeron sus casas. Los campos cultivados estaban en aquella planicie de la montaña, húmeda y fértil, donde vivía Yon. El abuelo era el guardián de los extensos arrozales del pueblo.

El niño amaba a los grandes campos de arroz. Siempre estaba dispuesto a ayudar en el trabajo de abrir las acequias de riego, y nadie como él ahuyentaba los pájaros en la época de la siega.

Yon se sentía feliz. Abuelo le quería mucho.

Vivían los dos en la casita menuda y limpia, y estaba seguro de que los otros niños le tendrían envidia. Aquel viejo fuerte y serio era el mejor de todos los hombres.

Un día en que las espigas amarillas brillaban al sol, el viejo guardián miraba a lo lejos, al horizonte del mar. Su mirada era fija y llena de sorpresa.

Una especie de nube grande y negra se elevaba en el confín como si el agua se revolviera contra el cielo. El viejo seguía mirando fijamente. De pronto se volvió hacia la casa y gritó:

—¡Yon!, ¡Yon!, trae del fuego una rama encendida.

El pequeño Yon no comprendía el deseo de su abuelo, pero obedeció al momento y salió corriendo con, una tea en la mano. El viejo había cogido otra y corría hacia el arrozal más próximo.

Yon le seguía sorprendido. ¿Sería posible? Y al ver horrorizado que tiraba la tea hecha llamas en el campo de arroz, gritó:

—¡Qué haces abuelo! ¡Qué quieres hacer!

—¡De prisa, de prisa, Yon, prende fuego a los campos!

Yon quedó inmóvil. Pensó que su abuelo había perdido la razón, y todo su cuerpo se llenó de espanto. Pero un niño japonés obedece siempre, y Yon tiró la antorcha llameante entre las espigas.

Primero fue una lumbre débil donde se retorcían los tallos resecados, después se extendió el fuego en llamaradas rojas y bien pronto fueron los arrozales una inmensa hoguera. La montaña se elevaba hasta el cielo en una columna de humo.

Desde allá abajo, los habitantes del pueblecito vieron sus campos incendiados y, dando gritos de rabia, corrieron desesperados trepando por los senderos tortuosos del monte; subiendo, subiendo hasta agotar las fuerzas. Nadie quedaba atrás. También las mujeres subían con los niños a la espalda.

Al llegar al llano y ver los extensos arrozales devastados, la indignación se oyó en un grito de furia:

—¿Quién ha sido? ¿Quién es el incendiario?

El viejo guardián se adelantó a los hombres y dijo con serenidad:

—¡Yo he sido!

Yon sollozaba.

Un grupo los rodeó en actitud amenazadora, gritando:

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

El viejo se volvió severo y extendió la mano señalando al horizonte.

—Mirad allá —dijo.

Al fondo, donde unas horas antes la gran superficie del mar era plana como un espejo, se levantaba ahora hasta el cielo una espantosa muralla de

agua. Una ola oscura y gigantesca avanzaba amenazadora desde el confín.

Hubo un momento de horror. Ni un grito... los corazones latían con fuerza.

La muralla de agua avanzó hasta la tierra con un ronco bramido, se volcó sobre la costa deshaciéndolo todo, invadiéndolo todo, y fue a romperse, en un trueno desgarrado y furioso, contra la montaña... Una ola más. Después otra más débil... Luego, el mar se fue retirando con un rugido sordo.

La tierra apareció revuelta y socavada. El pueblecito había desaparecido deshecho y arrastrado por aquella ola inmensa.

El viejo guardián miró satisfecho a todos los habitantes bien seguros en la cima del monte.

Su presencia de ánimo les había salvado de la invasión del mar.

ISOGAI, EL HUMILDE

Vivía una vez en el Japón un pobre hombre llamado Isogai, que trabajaba de simple obrero en unas canteras de granito. Su salario era tan escaso que no le permitía mejorar su miserable modo de vivir.

Un día volvió a su casa rendido de fatiga. El pobre hombre se lamentaba de su suerte y envidiaba a los poderosos para los que la vida es cómoda y amable en los hermosos palacios.

—Si yo llegara algún día a ser muy rico —pensaba Isogai— sería un hombre respetable, querido y admirado de todo el mundo. Ahora soy un pobre desdichado. No valgo para nada y jamás podré salir de esta vida triste y miserable. ¡Si yo tuviera muchas riquezas...!

El pobre trabajador se durmió con este pensamiento y tuvo un sueño maravilloso:

Isogai, el buen Isogai, se encontró de pronto convertido en un hombre riquísimo. Tenía un hermoso palacio de mármol y descansaba en una habitación cubierta de sedas. Tras los amplios ventanales veía pasar a todas las gentes atareadas de la ciudad.

Cierto día acertó a pasar el Emperador montado en una soberbia carroza de oro, y seguido de magníficos caballeros y criados que sostenían sobre su cabeza un parasol resplandeciente de dorados y pedrería.

Isogai sintió envidia y pensó:

—¿De qué me sirve ser rico si no me es permitido salir como el Emperador con una brillante escolta y con criados que me protejan con un parasol de oro? Mi ilusión —dijo— es llegar a ser emperador.

No bien hubo dicho esto, el desgraciado Isogai se vio convertido en un soberbio emperador. Y por las calles era seguido de una escolta de caballeros y de criados que lo cubrían con un parasol magnífico.

Pero el calor era bochornoso. El Sol brillaba ardiente y cegador de luz.

—Nunca hay dicha completa —pensó Isogai—. He aquí a un pobre emperador que tiene que sufrir este terrible calor del sol. Si yo fuera el Sol

me consideraría el ser más poderoso del mundo.

Isogai quedó convertido inmediatamente en el Sol que alumbra todas las cosas. Un sol que llegaba a todos los lugares de la Tierra y lo caldeaba y tostaba todo: las mieses y los hombres, las fieras y los príncipes. A todo alcanzaba su poder.

Pero, de pronto, una nube vino a colocarse descaradamente entre el Sol y la Tierra. La nube formaba una pantalla que los rayos de luz no podían atravesar. El Sol estaba furioso.

—Conque sí —exclamó—, ¿conque una nube es capaz de oponerse a mi fuerza deteniendo mis rayos? Entonces más valdría ser nube.

Isogai pasó en el acto a ser una nube. En seguida, para probar su poder, se puso delante del Sol de manera que lo venció y dejó en sombra a la Tierra. Después dejó caer una lluvia tan fuerte, que los arroyos y los torrentes se desbordaron y los ríos inundaron los campos arrasándolo todo.

Isogai, desde lo alto, se complacía en admirar el poder de su fuerza. Ahora sí que no había nada que le resistiera. Estaba satisfecho. Miró un poco más fijamente y se quedó sorprendido. Allá abajo divisaba una roca que no se movía. Nada podía el empuje de la corriente de agua que rugía y se rompía contra ella sin conmoverla.

Entonces la nube pensó:

—Si no tengo poder para imponerme a una roca, me valdría más ser como ella.

Y he aquí que Isogai quedó transformado en una roca que resistía los ardores del sol y la furia de la tormenta y el embate de los torrentes desbordados.

Pero allí, al pie de la piedra dura, vino a trabajar un hombre de apariencia miserable. El hombre tenía unos picos de hierro y un gran martillo. Y, poco a poco, golpe a golpe, fue quitando grandes pedazos a la piedra y los fue labrando en formas diversas.

—¿Cómo es esto? —exclamó la roca—. ¿Puede un hombre vencerme tan calladamente y arrancarme trozos y moldearme con tanta facilidad? Entonces es preciso que vuelva a ser hombre.

Y, en un último esfuerzo para alcanzar el poder sin límites, Isogai despertó de su sueño y se sintió satisfecho de ser hombre; orgulloso de ser

obrero vencedor de la roca viva a la que seguiría diariamente arañando en las canteras de granito.



CHINA

China es un país misterioso.

A través de los siglos, el inmenso pueblo chino ha permanecido aislado, rodeado por el Océano, los desiertos sin fin y su gran muralla de piedra.

En lucha con el clima, el hambre, las guerras interiores y las inundaciones de los caudalosos ríos, se ha forjado esta raza resistente a la fatiga y al dolor; cruel e impasible al ofrendar la vida en aras de sus tradiciones; ceremoniosa y amable en sus exageradas reverencias; siempre impenetrable y misteriosa.

El hombre chino, pequeño y fuerte, de ojos oblicuos y tez amarillenta, pone en el trabajo una paciencia admirable. De sus manos surgen prodigiosamente los broncees cincelados, las finísimas lacas, las porcelanas transparentes, las sedas maravillosas..., mientras a la orilla de los grandes ríos y en los valles templados crecen los inacabables campos de arroz, las vastas plantaciones de té y de algodón y los bellos jardines de crisantemos.

EL ALMA DE LA GRAN CAMPANA

Hace ya mucho tiempo, en el inmenso y misterioso territorio chino, gobernaba el emperador Yong-Lo, soberbio y bárbaro. Un día ordenó al mandarín Kuen-Yu que hiciera fundir una gran campana. Una campana cuyo sonido pudiera oírse muy lejos; a cien leguas de Pekín.

Fue asimismo la voluntad del Emperador que a la mezcla de los metales se añadiese gran cantidad de plata para que la voz de la campana fuese clara y agradable, cobre para que fuera potente, y oro para que fuera grave y solemne.

Kuen-Yu, el mandarín, reunió a todos los fundidores célebres del imperio. Comenzó el trabajo y todos parecían ocupados en una obra, de gigantes. Se prepararon considerables cantidades de los distintos metales. Fueron fabricados los grandes moldes y los crisoles resistentes y enormes. Se dispusieron los fuegos que rugían y lo envolvían todo en un resplandor blanco.

Todo se hizo sin descanso, afanosamente, para obedecer a Yong-Lo, para contentar al Hijo del Cielo.

Pero todo el trabajo resultó perdido. Cuando los moldes de arena se separaron del metal ya frío, apareció un lamentable resultado: los metales estaban desligados. El oro se había resistido a unirse con el cobre, y la plata y el hierro no habían llegado a formar la aleación pretendida.

El trabajo tuvo que ser recommenzado y proseguido con gran empeño. Nuevamente se intentó la fundición, pero también entonces se resistieron los metales a confundirse. La campana resultó agrietada, con los bordes desiguales y la superficie tosca y desconchada.

Una vez más había que rehacer aquel trabajo desesperante.

Cuando el Emperador supo esto, envió al mandarín —pintado en una seda que tenía el sello del dragón imperial— un escrito que decía así:

DEL EMPERADOR A KUEN-YU

HAS DEFRAUDADO DOS VECES LA CONFIANZA QUE NOS HABÍAMOS
DIGNADO PONER EN TI. SI UNA TERCERA VEZ NO CONSIGUES
LLEVAR A TÉRMINO NUESTRA ORDEN, PAGARÁS CON TU VIDA.
¡TIEMBLA Y OBEDECE!

Kuen-Yu, el mandarín, tenía una hija muy bella. La hija de Kuen-Yu se llamaba Adorable. Los poetas cantaban su bondad y su hermosura.

Adorable amaba a su padre sobre todas las cosas. Cuando leyó el terrible escrito marcado con el sello del dragón, se llenó de pena y de terror.

Un día ofreció todas sus joyas a, un astrólogo para que le descubriera el medio de salvar a su padre.

El astrólogo observó las estrellas del cielo y la larga gasa de la Vía Láctea. Consultó los misteriosos libros de magia y, después de un largo silencio, habló así:

—El oro y el cobre, la plata y el hierro, no se unirán mientras no se fundan en el mismo crisol la carne y la sangre de una joven hermosa.

Adorable volvió a su casa con el secreto en ce corazón lleno de tristeza.

Llegó al fin el día en que había de intentarse el último esfuerzo para fundir la gran campana.

Adorable, acompañada de su aya, fue a presenciar la prueba final. Las dos mujeres se sentaron en un estrado desde donde se dominaba el trabajo de los fundidores y el gran crisol rebosante de metales fundidos.

Los obreros trabajaban en silencio. Sólo se oía el ruido sordo del fuego avivado. El caldo rojo del metal se fue tornando amarillo como una aurora. Después, blanco y luminoso como una Luna de plata.

Los trabajadores volvieron los ojos hacia Kuen-Yu que se preparaba a dar la señal, de verter el brillante caldo. Pero en aquel momento se oyó un grito, y Adorable se lanzó de un salto en el blanco pozo de metal fundido.

El líquido saltó en un surtidor de fuego y se desbordó del crisol. Luego quedó liso y tranquilo. Ni un rastro del maravilloso cuerpo que allí había desaparecido.

El padre de Adorable, enloquecido de dolor, quiso precipitarse detrás de su hija, pero los robustos obreros lo detuvieron y lo alejaron del taller.

El aya de Adorable, como una estatua, como privada de razón, miraba un zapatito bordado con perlas y oro que, al intentar retener a su ama, había quedado entre sus manos.

Había que cumplir, a pesar de todo, el mandato del Emperador.

El metal fue vertido en el molde. Todos los obreros aguardaban ansiosos.

Se enfrió el metal. Se separó la gran cubierta refractaria y apareció una obra perfecta, brillante. La campana había quedado fundida maravillosamente. Su sonido era más potente que el de las demás campanas. Y al sonar lanzaba a cien leguas su canción en la que gemía dulcemente una voz misteriosa.

Todavía ahora, cuando da al viento la campana su clara voz de plata, se oye al final un eco suave como un lamento. Y entonces, todas las madres chinas, en las pintorescas calles de Pekín, cuentan a sus hijos que aun Adorable llora desde la campana porque perdió su lindo zapatito bordado de perlas.

LA HUÍDA DEL PINTOR NOTCHA

He aquí la curiosa historia de Notcha, el pintor chino que, en tiempos ya lejanos, huyó del palacio imperial sin que nunca más se haya vuelto a saber de él.

Notcha nació en un lugar de una región húmeda y verde. Su vida de niño había sido alegre entre prados y blancos árboles floridos. ¡La aldea, su dulce aldea, sus viejos padres campesinos, el río transparente entre cañaverales de bambú...! Aquello era todo su gozo y toda su vida. Hasta cuando dormía sonreía soñando la luz de cristal del campo.

Desde muy pequeño dibujaba los peces y los pájaros en las piedras lavadas del río, y los rebaños y pastores en las maderas de los establos. El yeso y el carbón eran lápices mágicos en sus manitas de niño.

Notcha creció. En las alquerías y en, los pueblos próximos todos hablaban de Notcha. Mucha gente venía por los caminos para ver las obras preciosas del joven artista. La fama de su mérito fue creciendo, creciendo hasta llegar al palacio del Emperador.

El Emperador llamó a Notcha. Notcha se arrodilló tres veces ante el Hijo del Cielo, y tocó tres veces el suelo con su frente. El Emperador le dijo:

—Te quedarás aquí y trabajarás para adornar los corredores y salones del palacio. Ya he mandado prepararte en una de las salas tu taller, bien provisto de colores y lacas y ricas maderas. Tu vida cambiará desde hoy. Ya no volverás allá donde naciste.

Notcha estaba triste. Ya no podría ver su casa en la dulce aldea blanca de árboles floridos a la orilla del río tembloroso de brisas. Tendría que contentarse con soñar la alegría del campo en las cerradas salas del palacio guarnecido de barbados dragones de piedra.

Trabajaba sin descanso para agradar al Emperador. Sus pinturas llenaban los biombos lacados, las puertas de madera y de hierro y los muros

de los templos y salones imperiales. Pero su pensamiento volaba a las bellas tierras húmedas donde había vivido feliz.

Un día Notcha pintó un gran cuadro maravilloso: el transparente cielo de su infancia, el campo de prados, el puentecillo de estacas en el río bordeado de bambúes y enebros, la blanca aldea a lo lejos entre vuelos de patos salvajes, un rojo sol de aurora y un verde limpio de hierba húmeda.

Un gran cuadro maravilloso. Acudían a verlo príncipes y mandarines. Colgado en un lujoso salón del palacio, parecía una ventana abierta en el recio muro frente al más delicioso y sereno paisaje campesino.

Notcha había hecho su mejor obra; la que llevaba siempre en su pensamiento y en sus sueños. A él no le parecía una pintura de su país, sino su país mismo recogido en el cuadro como un milagro. Por eso se habría pasado horas largas frente a él aspirando su, aire limpio y fragante, pero el pintor esclavo no podía entrar en las grandes salas destinadas a estas y recepciones de príncipes y nobles. Él había de vivir trabajando en su taller, olvidado de todos.

Notcha aspiraba siempre para poder ver su cuadro a través de las puertas entreabiertas. Y un día, un momento en que estaban ausentes guardianes y criados, entró muy despacio, descolgó el campo verde y se lo llevó por corredores oscuros para esconderlo en su taller donde podría contemplarlo ilusionado.

La voz de alarma resonó imponente en el palacio y se extendió por toda la ciudad. La pintura maravillosa había desaparecido. El Emperador estaba furioso y amenazador. Mil soldados buscaron al ladrón. Llegaron a todas las casas y a todos los rincones. Por fin, hallaron el cuadro en el taller de Notcha, escondido detrás de un gran tibor entre tablas y lienzos.

El Emperador mandó encarcelar a Notcha y le ordenó que siguiera pintando cuadros en la prisión para adornar su palacio.

Notcha no podía pintar. Le faltaba luz a los ojos y alegría a su alma.

Entonces lo llamó el Emperador y le dijo:

—Vendrás otra vez a vivir y a trabajar en palacio. Para que te contentes te dejaré a solas con tu cuadro unos momentos cada día, pero si intentas algo que pueda enojarme serás castigado sin compasión.

Notcha continuó su trabajo. Cada día se le ensanchaba el alma de esperanza frente al campo libre de su verde país. Después, seguía sufriendo la pesada tristeza del palacio imperial.

Un día ya no pudo resistir más. Se encontraba solo en la amplia sala, ante el paisaje suyo, mirándolo con grandes ojos muy abiertos. Su aldea, su aldea verde y luminosa; ancho el campo para correr sin llegar al fin, para tragar el aire filtrado por los sauces, para abrazarse a los árboles, para cantar con el viento y oír su murmullo en los cañaverales de bambú..., para huir de este otro mundo negro y pesado como una cárcel. Sí, ancho el campo, allí cerca, blando de prados, para pisarlos, para correr allá con los brazos abiertos como alas... Y Notcha se acercó, se acercó, dio un salto, se metió en el cuadro, en el campo, en los prados, sin buscar los caminos, corriendo, corriendo, sin descanso, alejándose, haciéndose poco a poco pequeño, pequeñito, hasta perderse en el horizonte azul.

Cuando los guardianes entraron para retirar a Notcha no lo encontraron. El Emperador se enfureció. Era imposible que hubiera salido de allí sin ser visto. Un sabio mandarín encontró la explicación del misterio. Notcha había huido por el cuadro, metiéndose y corriendo por el paisaje que había pintado. Aun se veían las huellas de sus pisadas en la hierba húmeda de los prados.



INDIA

Nos encontramos ante un país lejano y luminoso donde aparece la portentosa belleza de la selva virgen.

Allí, la espléndida vegetación y la variadísima fauna tropical, el pájaro pintado y brillante, las fieras que acechan entre el carrizal de bambú, el elefante que hace temblar la tierra bajo su pata informe, la serpiente que desarrolla sus anillos acariciada por un calor de horno y el cocodrilo que sestea a la orilla de los grandes ríos.

He aquí un país que ha sido la cuna de una de las civilizaciones más antiguas de la humanidad. El pueblo indio, caldeado por un sol de fuego, humilde y resignado, ofrece al mundo, desde lejanos tiempos, preciosas obras de arte, nobles pensamientos y una literatura frondosa y rica en narraciones llenas de sabiduría y de poderosa imaginación.

EL BRAHMÁN, EL TIGRE Y EL CHACAL

Una vez, al pasar un brahmán^[1] por un pueblo de la India, vio a la vera del camino una gran jaula de bambú donde se revolvía furioso un tigre que los campesinos habían cazado en una trampa.

Al ver al brahmán dijo el tigre con voz lastimera:

—¡Hermano brahmán, ábreme la puerta y déjame salir a beber agua! ¡Tengo sed y no me han puesto agua en la jaula!

—Si te abro la puerta, hermano tigre, temo que después quieras devorarme como a los carneros de los rebaños —dijo el brahmán.

—¿Cómo puedes haber pensado tal cosa? —respondió el tigre—. ¿Me crees capaz de una acción tan baja? Anda, déjame salir tan sólo un momento para beber un sorbo de agua, hermano brahmán. Yo te demostraré mi agradecimiento.

El brahmán abrió la puerta de la jaula, pero el tigre, al verse en libertad, saltó sobre él para comérselo.

—¡Hermano tigre!, ¡hermano tigre!, ¡espera! —gritó el brahmán—. Me has prometido que no me harías daño alguno. Lo que quieres hacer ahora no es noble ni es justo.

—Eso no me importa —dijo el tigre—. Voy a devorarte porque a mi me parece muy justo y puesto en razón.

Tanto suplicó el brahmán, que al fin convenció al tigre de que esperara a oír el parecer de los tres primeros caminantes con quienes se toparan.

El primero que encontraron fue un búfalo que estaba tendido al borde del camino.

El brahmán se detuvo y le dijo:

—Hermano búfalo, ¿a ti te parece justo y noble que el tigre quiera devorarme, después que acabo de librarlo de una jaula donde estaba encerrado?

El búfalo levantó la vista con tristeza y dijo lentamente:

—Cuando yo era joven y fuerte, mi amo me hacía trabajar sin descanso. Ahora que soy viejo y débil, me abandona para que me muera aquí mismo de hambre y de sed. Los hombres son muy ingratos. Si el tigre se comiera al brahmán haría una obra de justicia.

El tigre saltó furioso sobre el brahmán, pero éste gritó:

—¡No!, ¡no!, ¡espera!, aun tenemos que consultar a otros dos. Me lo has prometido.

Poco después vieron un águila que planeaba el vuelo a poca altura sobre sus cabezas, y el brahmán le gritó:

—¡Hermana águila! ¡hermana águila!, dinos si te parece justo que este tigre quiera comerme, después que lo he librado de un terrible encierro.

El águila contuvo su vuelo sereno durante unos instantes. Después descendió y dijo con voz clara:

—Yo paso mi vida entre las nubes y no hago daño a los hombres, pero los hombres me disparan flechas y matan a mis hijos cuando encuentran mi nido. Los hombres son una raza cruel. Yo creo que el tigre hará bien si se come al brahmán.

El tigre se abalanzó sobre el brahmán. El brahmán gritó:

—¡No!, ¡no!, espera, hermano tigre. Esta es la segunda vez que consultamos, y hemos convenido en que pediríamos tres pareceres. Todavía falta uno.

El tigre, aunque rezongando, continuó el camino con el brahmán.

Al poco rato encontraron un chacal^[2] que caminaba alegremente.

El brahmán se acercó a él y le dijo:

—Hermano chacal, ¿qué te parece?, ¿encuentras justo que el tigre quiera devorarme, después que lo he librado de una jaula?

—¿Cómo dices? —preguntó, el chacal.

—Digo —repitió el brahmán alta voz— si tu crees noble y justo que el señor tigre quiera devorarme, cuando yo mismo le he ayudado a salir de una jaula donde estaba encerrado.

—¿De una jaula? —repitió el chacal como distraído.

—Sí, sí, de una jaula. Yo mismo le abrí la puerta. Ahora queremos saber tu opinión...

—¡Ah!, ya —dijo el chacal—. Queréis saber mi opinión. En ese caso tenéis que contármelo todo con claridad, pues yo soy un poco torpe y no entiendo bien las cosas. Vamos a ver, ¿de qué se trata?

—Mira —comenzó el brahmán—, iba yo por un camino, cuando vi al tigre que estaba encerrado en una jaula. Entonces me llamó...

—¡Huy!, ¡huy!, ¡huy! Si empiezas una historia tan larga —dijo el chacal— no te entenderé una sola palabra. Tienes que explicármelo mejor. ¿A qué, jaula te refieres?

—A una jaula ordinaria; una jaula de bambú —respondió el brahmán.

—Bueno, pero eso no basta. Sería mejor que yo viera esa jaula, y así comprendería bien lo que ha pasado.

Tuvieron pues que desandar el camino hasta que llegaron los tres al sitio donde estaba la jaula.

—Ahora, vamos a ver —dijo el chacal—. ¿Dónde estabas tú, hermano brahmán?

—Aquí mismo, en el camino —respondió el brahmán.

—¿Y tú, hermano tigre?

—Yo, dentro de la jaula —respondió el tigre ya enfadado y dispuesto a comerse a los dos.

—¡Oh!, dispense, señor tigre —dijo el chacal—. Soy torpe y no puedo darme exacta cuenta de todo eso. A ver, permitidme, ¿cómo estabais en la jaula?, ¿en qué posición?

—Así, ¡torpe! —dijo el tigre saltando dentro de la jaula—. En este rincón y con la cabeza vuelta hacia allá.

—¡Ah, sí, sí!; ya empiezo a comprender. Pero ¿por qué no salíais de ahí? —preguntó el chacal.

—¡No ves que la puerta estaba cerrada! —rugió el tigre.

—¡Ah...!, la puerta estaba cerrada. Y ¿cómo estaba, cómo estaba cerrada? —siguió diciendo el chacal.

—Así —dijo el brahmán cerrando la puerta.

—Pero no veo cerradura —añadió el chacal—. Bien se podía haber salido.

—Es que hay un cerrojo —dijo el brahmán corriendo el cerrojo.

—¡Ah!, vamos, hay un cerrojo. Ya creía yo que había un cerrojo —dijo burlón el chacal viendo ya encerrado al tigre.

Y, dirigiéndose al brahmán añadió:

—Ahora que la jaula está cerrada le aconsejo, amigo mío, que la deje como está. Y usted, señor tigre, ya puede estar tranquilo, que pasará algún tiempo sin que haya quien se atreva a devolverle la libertad.

Luego, volviéndose al brahmán, le hizo un gracioso saludo y marchó camino adelante.

GOMINI

En una ciudad de la India vivía, ya hace muchos años, un comerciante soltero y riquísimo llamado Chaktikumara.

Siendo todavía muy joven se hizo la siguiente reflexión:

«El hombre que no tiene una mujer que congenie con él no puede ser feliz. Yo quisiera casarme con una mujer humilde y bondadosa, pero ¿dónde podré encontrarla?».

Decidido a buscar por sí mismo la mujer que deseaba, se disfrazó de astrólogo, guardó en los bolsillos de su amplia túnica unos cuantos puñados de arroz, y se fue a recorrer el mundo.

Por donde pasaba, los padres llevaban a sus hijas ante el falso astrólogo creyendo que sabía adivinar el porvenir.

Chaktikumara, cuando encontraba alguna doncella que pertenecía a una familia distinguida, le decía:

—Hermosa niña ¿serías tú capaz, de prepararme y servirme una buena comida con estos puñados de arroz?

En todas partes le despreciaban y se burlaban de él. Chaktikumara continuaba su peregrinación de casa en casa y de pueblo en pueblo.

Un día llegó a una gran ciudad a orillas del río Kaveri y se detuvo ante la puerta de un edificio viejo y ruinoso.

Una vieja sirvienta lo condujo ante una doncella adornada con escasas joyas. Gomini era huérfana y pobre, pero era pura y hermosa como una flor de loto.

Chaktikumara la encontró tan bella, que al punto decidió casarse con la joven si salía airosa de las pruebas a que había de someterla, pues pensó que no debe elegirse a una mujer por esposa tan sólo por su hermosura.

Tras esta reflexión miró a Gomini amorosamente y le dijo:

—¡Hermosa niña! ¿Serías capaz de prepararme y servirme una buena comida con sólo estos puñados de arroz?

Gomini miró a su vieja nodriza como pidiéndole consejo, invitó a sentarse al forastero en un sitio bien limpio de la terraza y le lavó los pies cuidadosamente. Después tomó los granos de arroz, los majó suavemente para quitarles la cáscara, los dejó secar al sol y los extendió sobre una tabla limpia y olorosa. Pasó luego por encima el leve tallo de una planta, y los granos quedaron separados de su cáscara.

Entonces dijo a la nodriza:

—Madrecita, estas cáscaras las emplean los joyeros para limpiar alhajas. Véndelas y con las monedas que te den, tráeme astillas bien duras, un puchero de mediano tamaño y dos platos.

Dicho esto, puso el arroz en un mortero de madera y, con una mano de almirez cuya parte inferior era de un metal muy brillante, comenzó a machacar moviendo los brazos con tanta destreza como gracia. Luego sacó los granos ya limpios, los lavó repetidas veces y los puso a hervir en buena cantidad de agua.

Cuando los granos de arroz se hincharon y abrieron como brotes, dejó apagar el fuego, puso una tapadera sobre el puchero y vertió el agua sobrante. Roció de agua las astillas que no se quemaron del todo, y quedaron convertidas en duros carbones. Después dijo a la nodriza:

—Madrecita, vende estos carbones a quien los necesite y, con el dinero que te den, trae un poco de compota, manteca, leche y aceite de sésamo.

Gomini preparó dos o tres clases de postres. Vertió en un plato agua de arroz, la enfrió moviendo suavemente un abanico y la saló y perfumó con sustancias aromáticas. Luego encargó a su nodriza que preparara el baño al huésped. La nodriza ofreció a Chaktikumara el aceite de sésamo, y así pudo lavarse y perfumarse gozosamente.

Después del baño, Chaktikumara se sentó en un banco y se lavó la boca en dos cáscaras de coco que había en el patio.

Gomini le sirvió primeramente el agua de arroz. En cuanto la hubo bebido desapareció el cansancio que sentía aún. Estaba alegre y tenía en su cuerpo una agradable sensación de frescura.

Luego le ofreció manteca y compota picante que despertaba apetito. Después le sirvió el arroz con leche y con suero, bien fresco y oloroso.

Chaktikumara se sentía satisfecho. Pidió de beber, y Gomini le trajo un jarro lleno de agua sahumada con áloe y perfumada con flores de loto bien abiertas. Chaktikumara bebió con delicia el agua clara.

La doncella puso a un lado el jarro y le ofreció otro para lavarse la boca. La nodriza retiró la comida que había sobrado, y el joven tendió su túnica sobre un lecho de hojas olorosas que había en el suelo y se quedó dormido.

Chaktikumara se casó con Gomini y se la llevó a su casa.

Pero una vez allí comenzó a tratarla sin la consideración y cariño que merece una esposa.

Gomini, sin embargo, no descansaba en el servicio de su marido. Servíale como a un dios y se ocupaba cuidadosamente de los menores detalles de la casa. Con los criados era cariñosa y cortés, por lo que todos la querían y le guardaban gran fidelidad.

Tantas excelencias conquistaron completamente al esposo que, en adelante, consiguió junto a ella la felicidad.

Por eso digo yo: «El valer de la esposa regocija al marido y es un gran bien para él».

CÓMO NACIÓ EN LA INDIA EL ÁRBOL DEL PAN

En una región húmeda de la India ardiente vivía un hombre viejo y pobre, con su hijo y su antiguo criado. En años de desgracia perdió su pequeña fortuna y, ya sin ánimos y sin protección de nadie, se retiró con los suyos a vivir en una casa abandonada del campo desierto. En el arcón roto sólo pudieron llevar tres grandes panes; una hogaza para cada uno. Y éste era el único alimento con que habían de contar durante todo un mes, hasta que cesara la época de las lluvias.

Sentados alrededor de la mesa, en una noche rasgada de relámpagos, el padre, el criado y el hijo pensaban en su desamparo. Entre el ruido de la lluvia y el viento sonaron en la puerta recios golpes. Se apresuró a abrir el criado y apareció en la noche oscura un mendigo que pidió de comer.

Nadie habría podido reconocer en aquel hombre encorvado y astroso al dios Brahma, que pasaba así transformado por la Tierra para conocer las costumbres y la vida de los hombres, y para castigarlos o bendecirlos según sus acciones.

Oyó el padre la petición del mendigo y dijo al criado:

—Dale al hombre mi pan. El es más pobre que yo. No tiene ni casa donde refugiarse. Pasaré sin comer hasta que de la tierra podamos sacar los bienes que nos faltan.

El criado obedeció de mala gana y dio al pobre la hogaza de su señor.

Continuaron las lluvias, y todo era tristeza en la casa humilde. Siete días después llegó otra vez el mendigo a la puerta y pidió con qué remediar su miseria y su hambre.

El padre reflexionó un momento. Su mirada era serena y fija. Llamó después al criado y le dijo:

—Si yo me he privado de comer para ayudar al hombre desgraciado, tú también debes hacer lo mismo, pues eres joven y fuerte y vives en mi casa

como un hijo. El pobre que te pide se siente viejo y abandonado. Dale tu pan como le diste el mío.

El criado obedeció, esta vez con alegría.

Siete días pasaron. El cielo seguía negro y hostil. La casa, cerrada y silenciosa. Volvió el mendigo a pedir con voz desfallecida.

El anciano reflexionó un momento. Habló, y su voz era grave y firme.

—Ha llegado el momento en que mi hijo debe sacrificarse. Desde pequeño ha de aprender a sufrir la miseria del prójimo como su propia miseria. Dale al hombre el pan de mi hijo.

El criado obedeció disgustado.

El mendigo tomó el pan de las nobles manos. El criado saludó despidiéndose, pero volvió otra vez a la puerta donde oyó que le llamaban por su nombre entre gracias y alabanzas. En la luz gris de la tarde el mendigo se iba transformando majestuoso y radiante como el Sol. El dios Brahma mostró entre sus dedos una semilla grande como una almendra, y dijo:

—Toma; dale esto a tu señor. Que lo siembre, y nunca más tendréis hambre.

El criado llegó lleno de asombro adonde su señor estaba. Le dio el extraño regalo del dios y le contó la maravillosa transformación del mendigo.

El anciano cogió de la mano a su hijo y salió para ver con sus ojos la misteriosa aparición, pero nadie había ya en la luz gris de la tarde.

Con su hijo y su criado y su perro subió el padre a un altozano próximo. Rezando, sembró allí la morena semilla. Al poco rato se vieron las entrañas del cielo por la rasgadura de un relámpago, y empezó a caer una lluvia pesada y caliente. Brotó con fuerza de la tierra un tallo duro y recto que crecía y crecía y se ensanchaba como un tronco prodigioso. Y, en poco tiempo, se formó un árbol gigante entre cuyas ramas se formaron tres grandes y preciosos frutos como ovalados panes de pasta cruda y tierna. Tres panes para los tres humildes habitantes de la casa mísera.

Y los hombres dieron gracias a Brahma, que había traído a la tierra india el generoso árbol del pan.

ARABIA

Tierra de los grandes desiertos de arenas calientes bajo un cielo claro y abrasador.

Tierra sedienta, de arenales tostados.

En el horizonte, los dromedarios de las caravanas muévense como una fila de pequeños triángulos.

Donde acaba el mar de arena, sigue la tierra de matorrales desecados.

Y, a veces, aparece el oasis con la sombra acogedora de las palmeras, la fragancia de los árboles olorosos y la promesa del agua milagrosamente fresca.

La tierra costera rodea al desierto con una zona estrecha donde hay antiguas ciudades, bosques de palmeras y sicómoros, y la planta del áloe y el árbol de la mirra.

El árabe del desierto es seco, fuerte y de tez curtida por el sol. Valiente y generoso, resistente a las mayores privaciones, vive en tribus nómadas sin otra riqueza que sus rebaños de camellos, sus caballos de pura raza y las telas y oros de lejanos países.

En las noches llenas de estrellas descansa el árabe a las puertas de tiendas contando viejas leyendas ricas de imaginación y de ingenio.

El pueblo árabe, cuyo orgullo no consintió nunca sufrir el yugo de pueblos extraños, extendió su dominio, en pasadas épocas por diferentes países del globo, llenando una misión importantísima en la historia del mundo.

LA JUSTICIA DEL CADÍ^[3]

Cuento de las ciudades occidentales de Arabia.

Una vez era un cazador muy diestro en cobrar piezas que luego vendía en la ciudad.

Cierto día tuvo la suerte de matar un hermoso ganso y, aconsejado por su apetito, lo llevó al horno de su vecino, el panadero, para que lo preparara y asara como él sabía hacerlo.

—Vete a tu casa —le dijo el panadero—, vuelve dentro de un rato y te llevarás el ganso ya asado y dispuesto para la mesa.

El cazador marchó a su casa confiado y contento.

Poco después acertó a pasar el Cadí muy cerca del horno y, detrás del rico olor de asado que de allí salía, entró en la casa del panadero y le preguntó:

—¿Qué exquisito manjar se prepara en esta santa casa?

—Un ganso, señor; que un hombre ha traído para que se ase en mi horno.

—Como es un bocado que merece el honor de una noble mesa —dijo el Cadí—, cuando esté asado llévalo a mi casa sin tardar.

—Pero ¿cómo me justificaré ante su dueño?

—Cuando venga a llevárselo —contestó el Cadí—, dile: Ya estaba asado tu ganso cuando, al sacarlo del horno, me dio un terrible picotazo en un dedo y se escapó volando.

—Señor —dijo el panadero—, ¿cómo podré hacerle creer que un ganso muerto y asado pueda picar y volar?

—Si no quiere creerlo —contestó el Cadí— tráelo ante mí al tribunal y no temas nada.

Siguiendo el mandato del Cadí, el panadero llevó el ganso a su casa, y tanto comieron entre los dos y tan sabrosa encontraron aquella carne, que le dieron fin con gran satisfacción y hartura.

Volvió a su horno el panadero y volvió también el cazador muy dispuesto a llevarse lo que le pertenecía y reclamaba su hambre.

No bien lo vio llegar el panadero, fingiendo gran disgusto, comenzó a lamentarse y a decir:

—¡Ay, hermano, qué cosa tan extraña me ha sucedido con el encargo que me encomendaste! Nunca vi cosa igual en el mundo, y no salgo de mi asombro ni saldré en todos los días de mi vida.

—Pues ¿qué te ha pasado? —replicó, alarmado, el cazador.

—Mira, mira bien la bandeja vacía. Cuando tu ganso estaba asado y me disponía a sacarlo del horno, dio un brinco, picóme en un dedo y salió volando.

A estas palabras el cazador empezó a gritar y a pedir justicia, con tanta furia, que más parecía loco peligroso que hombre pacífico, y cogiendo por el cuello al panadero lo sacó de su casa gritando: «¡Vamos al tribunal! ¡Quiero que se haga justicia con este pícaro!».

Así iban por la calle muy alborotados y reñidores, cuando pasó por junto a ellos un copto^[4] que, compadecido del panadero, avanzó hacia el cazador y le dijo:

—¿Por qué lo traes así cogido del cuello con tanta rabia? ¿Qué te ha hecho?

El panadero, sin pensar en que aquel hombre hablaba en su defensa, le dio un puñetazo en un ojo, que lo dejó tuerto.

Agarróse el copto también al panadero, y de esta manera, iban los tres por la calle, cuando pasó un hombre montado en su asno.

El hombre, al verlos tan furiosos, les dijo:

—No está bien que lo tratéis así. Dejadlo en paz, que él os pagará.

El panadero, sin más miramientos, se agarró al rabo del asno y le dio tan tremendo tirón, que se lo arrancó de cuajo.

El buen hombre del asno se cogió también al panadero pidiendo justicia y, caminando así, al pasar por cerca de una mezquita, libróse nuestro hombre de entre las manos que lo sujetaban y se entró a todo correr en el templo, perseguido por sus enemigos.

Iban ya éstos a alcanzarle, cuando él se subió a lo más alto de la mezquita y se arrojó desde el alminar, con tan mala fortuna, que vino a caer

sobre uno de los fieles que se hallaban en oración, dejándolo muerto en el acto.

El hermano del muerto quiso tomar justicia allí mismo y ya había cogido al panadero por las barbas con malísimas intenciones cuando llegaron los tres hombres que venían en su persecución, y ya fueron cuatro los que lo arrastraron hasta llegar a presencia del tribunal.

Una vez allí, avanzó el cazador y dijo:

—Señor Cadí, yo soy un pobre cazador. Esta mañana he llevado un ganso a este panadero para que lo asara en su horno, pero este mal hombre me lo ha robado diciéndome que, después de asado y al sacarlo del horno, el ganso se fue volando sin que lo haya visto más.

Hizo el Cadí como si reflexionara un momento y dijo luego:

—Es verdad, no es posible dudar que pueda volar un ganso.

—Pero ¿cómo? —exclamó el cazador—, ¿pretende hacerme creer, señor Cadí, que un ganso muerto pueda resucitar?

—¡Ah!, hombre de poca fe —añadió el Cadí—. ¿Niegas que todo sea posible al poder de Alá? ¿Te resistes a creer lo que afirma el panadero, siendo así que el Profeta ha dicho en el santo libro: «Alá devuelve la vida a los muertos aunque estuvieran en completa descomposición»? Pues ya que te niegas a creer lo que del poder de Alá está escrito, te condeno a que pagues una multa de diez guineas.

El cazador pagó lo que se le ordenaba y se fue maldiciendo el fallo de la justicia.

Después se adelantó el copto al tribunal y dijo:

—Señor Cadí, yo encontré por la calle a este hombre y a otro que lo llevaba fuertemente agarrado por el cuello. Me aproximé e intervine para que lo soltara, y el desagradecido me dio tal golpe con el puño, que me sacó un ojo.

—Esta vez —dijo el Cadí— debemos castigar a este cruel panadero, puesto que Alá dice en el libro santo: «Ojo por ojo y diente por diente».

—Pero, señor —explicó el panadero—, tenga en cuenta que este hombre es un copto.

—Entonces —replicó el Cadí— ya está la cuestión zanjada. Tú, panadero, sácale el otro ojo, y él que te arranque a ti uno, pues un ojo de un

musulmán vale por dos de un cristiano.

—Así yo, señor Cadí, ¿me quedará ciego? —dijo el copto—. Pues no hablemos más; renuncio a la justicia que reclamaba.

—Bueno —añadió el Cadí—; paga diez guineas por no aceptar mi sentencia.

El copto pagó las diez guineas y salió muy mohíno del tribunal.

El hermano del hombre que el panadero había matado en la mezquita adelantóse ante el Cadí y dijo:

—Señor, este panadero subió a la torre de la mezquita perseguido por estos hombres y, al verse perdido, se arrojó desde allí yendo a caer sobre mi hermano que estaba orando. Este hombre ha matado a mi hermano, señor.

—¡Ah!, panadero desdichado —exclamó el Cadí—. Tú no sabes la gravedad de tu culpa. Has matado a un musulmán en el momento en que rogaba a Alá. Tu crimen es tremendo. Tu pecado es horrible. Yo te condeno y te castigo como te mereces. A ver, tú, panadero, entra en la mezquita y siéntate debajo del alminar. El hermano del hombre que tú has matado subirá a la torre y se arrojará sobre ti. Así perecerás, si Alá quiere, y ya no tendremos que sufrir tus fechorías.

—No, no —dijo el hermano del muerto—. Yo no estoy dispuesto a tirarme desde lo alto de la torre. No se hable más de justicia ni de derecho, que yo renuncio a ellos de buena gana.

—Pues paga la multa como han hecho tus compañeros.

El hombre pagó la multa y se fue.

Mientras esto ocurría; mientras el Cadí administraba justicia en el pleito de todos aquellos desdichados, el hombre del asno iba retirándose poco a poco hacia la puerta. Ya se disponía a salir del tribunal con mucha cautela y sin ser visto, cuando el Cadí se levantó y dijo:

—A ver, traedme a ese hombre para que sepamos lo que pide.

El pobre infeliz, que ya había visto suficientes muestras de la justicia del tribunal, se escapó corriendo y gritando:

—Señor Cadí, yo no pido nada. Confieso que mi asno vino al mundo sin rabo.

LA BODA DE DESAR

Leyenda de los beduinos (árabes del desierto).

Kokeb, el soberbio caballo, rápido como el viento, era el orgullo de Besam, jefe de la tribu árabe de Colvild. Besam habría sacrificado por su caballo alazán todas sus riquezas. Habría sacrificado hasta su hija Sada, la más hermosa mujer del desierto. Por nada del mundo se hubiera separado del noble animal compañero de sus victorias en cien combates.

La fama de Kokeb llegó hasta la tribu de Abasan donde el joven Desar, huérfano desde muy niño, había sido criado como un hijo por Doreid, jefe de la tribu. Desar, el huérfano, Desar, el héroe, había llegado a ser uno de los más nobles y esforzados guerreros de Arabia.

Un día el joven Desar llegó hasta la tribu de Colvild, se apoderó del célebre caballo y volvió a su tribu ante el asombro de sus compañeros deseosos de oír el relato de aquella valerosa aventura. Desar los invitó a sentarse en su tienda adornada de trofeos guerreros, y habló así:

—Salí de aquí dispuesto a no volver sin el caballo de Besam. Anduve sin descanso hasta divisar el campamento. Me detuve para dar reposo a mi cuerpo y preparar mi ánimo. Cerca de mí pasó en aquel momento una gacela, y bien pronto estuvo a mis pies atravesada por mi venablo. Encendí fuego para preparar mi presa y saciar el hambre. Entonces se me ocurrió una idea magnífica. Mezclé con tierra la sangre del animal y me froté la cara y el cuerpo con aquel barro que, al secarse, me dio un aspecto horrible y repulsivo. Rasgué mis vestidos y, fingiéndome un esclavo miserable y enfermo, me acerqué al campamento de Besam.

»Comenzaba a morir el Sol en el horizonte cuando, arrastrándome con dificultad, llegué a la tienda de Besam. Me senté frente a la puerta como agotado de fatiga y de dolor y, con voz, lastimera, imploré la caridad de los hombres. En la puerta de la tienda apareció una joven hermosa como la luna del desierto. Ofreciéndome un trozo de pan se fue acercando a mí, pero al

ver mi cara repugnante, dio un grito de espanto y se entró precipitadamente en la tienda.

»Por un momento olvidé mi propósito. Aquella joven era la hermosa hija de Besam. Su voz era más dulce que la de las aves del oasis. Sus ojos brillaban como las estrellas. Mi pensamiento estaba fijo en la mujer que tan de cerca me había mirado, cuando vi venir a Besam, caballero en el soberbio Kokeb. Volvía fatigado de una fiesta. Llegó ante su tienda, echó pie a tierra y, después de dejar el caballo al cuidado de sus esclavos, entró a buscar el descanso junto a su esposa.

»Al ver a Kokeb volví a cobrar ánimos. Pude ver el sitio donde lo dejaban. Esperé con ansiedad. Poco después dormían los esclavos de Besam. El silencio envolvió el campamento. Las lumbres de las tiendas se habían ya apagado. Me arrastré entonces hasta donde estaba el caballo, lo desaté, lo monté de un salto y huí con él hundiéndome en la noche como un relámpago.

»Ya estoy aquí de vuelta. He conseguido lo que me proponía, pero mi ánimo está triste. He visto a Sada y la amo con un amor sin esperanza. ¿Cómo pedir a Besam la mano de su hija después de haberle robado su caballo?

Calló el valiente Desar e inclinó la cabeza tristemente.

—No te desanimes, valeroso guerrero —le dijeron sus compañeros—. No pierdas la esperanza. Ve a ver a tu padre adoptivo y ruégale que pida para ti la mano de tu bien amada.

Estas palabras infundieron ánimo a nuestro héroe.

Cuando llegó la noche siguió Desar el consejo de sus amigos. Su padre adoptivo lo acarició diciéndole:

—Ve tranquilo, hijo mío. Yo buscaré para ti la felicidad.

* * *

A la mañana siguiente envió Doreid un emisario con una carta para Besam, jefe de la tribu de Colvild, que decía así:

«Siempre he deseado, ¡oh, Besam!, ver reinar la armonía entre los árabes. La nuestra sería perfecta si concedieras tu hija al joven Desar al que yo he criado como un hijo. Desar es noble y valeroso como ningún otro

guerrero. Disfrazado de mendigo logró apoderarse de tu caballo, pero quedó prendado de tu hija. Si se la concedes por esposa, te será devuelto tu corcel y recibirás numerosos rebaños y parte de mis riquezas, y una amistad eterna unirá nuestras tribus».

Besam tuvo una gran alegría al saber el paradero de su caballo y corrió alborozado a comunicar la noticia, a su esposa y a su hija, pero no bien hubo leído la carta, la bella Sada comenzó a llorar amargamente diciendo:

—¡Oh padre mío, para recobrar vuestro caballo queréis entregarme a ese monstruo! Yo lo vi cerca de mi tienda tan horrible y repulsivo que no puedo recordarle sin terror. Antes de ser su esposa me quitaré la vida.

No obstante, ante la idea de recobrar su caballo y el temor de atraerse la ira de la tribu de Abasan, Besam dijo al enviado:

—Vuelve a tu tribu y anuncia a tu señor que accedo con gozo a su demanda, pero mi hija vio a Desar y siente hacia él un horror invencible. Que venga el valeroso guerrero adornado con sus mejores joyas como corresponde al hijo adoptivo de Doreid. Saldremos a su encuentro y haremos que mi hija lo vea y tenga ocasión de vencer su repugnancia.

Volvió el enviado con la respuesta de Besam, y aquel mismo día partió Doreid con Desar y una escolta de cincuenta caballeros con dirección a la tribu de Besam.

* * *

Iba Desar montando a Kokeb, el magnífico caballo que pronto había de estar en poder de su dueño. Se sentía gozoso y feliz con sólo pensar que volvería a ver a la hermosa Sada. Esta sola idea le infundía ánimo y esfuerzo capaces de las mas valerosas proezas.

Las tiendas de la tribu de Abasan se iban perdiendo en la lejanía. Caminaban los caballeros confiados y tranquilos cuando de entre una espesa maleza, apareció rugiendo un león furioso y amenazador.

Al verlo se juntaron los caballeros para lanzarse sobre él, pero Desar les gritó:

—¡Deteneos! Quiero hacerle frente yo solo.

Y, ante el asombro de todos, echó pie a tierra, despojóse del casco y la coraza y, desnudando su alfanje, fuese derecho hacia la fiera. El león se

estiró y se replegó dispuesto a atacar, alargó sus terribles garras y, con la boca abierta y la melena erizada, se lanzó de un salto sobre su presa. Desar pudo esquivarlo y, rápido como el relámpago, asestó un golpe terrible con su cortante sable entre los ojos del león que cayó muerto a sus pies.

Prosiguieron su camino los caballeros, llenos de entusiasmo y de admiración por el héroe. Habrían recorrido la mitad del camino, cuando divisaron en el horizonte una espesa nube de polvo. Poco a poco fueron distinguiendo unos doscientos guerreros de una tribu, que traían, como fruto del pillaje y del robo, más de quinientos camellos.

Al divisarlos, dijo Besar:

—Esos camellos aumentarán el regalo que he de llevar a mi futura esposa. Dejadme que pueda castigar como merecen a esos malvados.

—¿No ves que son doscientos guerreros contra los que nada podríamos entre todos nosotros?

—Es inútil cuanto me digáis —respondió Besar—. Yo solo pienso atacarlos ahora mismo.

—Puesto que así lo quieres —añadió Doreid— yo te acompañaré.

Y los dos caballeros partieron veloces al ataque lanzando un furioso grito de guerra.

Las enemigos esperaron confiados en su número y dispuestos a la defensa, pero al ver que sólo dos hombres se atrevían tan valerosamente a presentarles batalla, se miraron llenos de sorpresa, asombrados y temerosos de aquellos dos guerreros que tenían algo de sobrenatural en su veloz carrera. Doreid y Besar, cayeron sobre ellos repartiendo furiosos golpes de alfanje, arrollando los caballos y hombres, hasta que el espanto ante aquellos héroes que parecían un castigo de Dios los dispersó en una fuga vergonzosa.

Desar confió a sus esclavos los camellos que acababa de conquistar y repartió entre sus compañeros el resto del botín.

Continuaron la marcha y a lo hora en que el Sol se hundía en el desierto, se detuvieron dando vista al campamento de Colvild. Doreid envió un caballero para anunciar su llegada, y todos se dispusieron a pasar allí la noche y a preparar sus más ricos vestidos para presentarse ante Besam.



A la mañana siguiente toda la tribu de Colvild estaba preparada para recibir a los huéspedes.

Besam fue a prevenir a su hija para que saliera en su palanquín al encuentro de su futuro esposo.

La bella Sada protestó con energía. Antes de aceptar un matrimonio que le repugnaba pidió a su padre que le permitiera ir a su lado vestida con la armadura de un guerrero.

—Bajando la visera del casco podré ver a Desar sin ser reconocida, después de lo cual yo diré si consiento o no en ser su esposa.

Besam accedió al deseo de su hija.

El príncipe de Abasan con toda su escolta avanzó hacia las tiendas de la tribu, y a su encuentro salieron los principales jefes al frente de sus guerreros.

—Sed bien venido entre los hijos de Colvild, magnífico Doreid, rey de los árabes —dijeron abriéndose en dos filas para dejar paso a la brillante comitiva.

Desar, el joven héroe, marchaba arrogante al lado de su padre, Vestido con una túnica bordada de oro, se distinguía entre todos sus compañeros por su juventud y su belleza. Todas las miradas se fijaban en él con admiración.

La bella Sada, dentro de su armadura, hacía esfuerzos por descubrir entre los guerreros al hombre que había de ser su esposo. Y, acercándose a su padre, le dijo al oído señalando a Desar:

—Si fuera aquel el hombre a quien me destináis, sea bienvenido, pues nunca vi un tan apuesto y hermoso caballero como él. Y desde ahora os digo que si fuera otro nunca consentiré en ser su esposa.

Avanzando entonces entre dos filas de caballeros, acercóse Besam a Doreid y le dijo:

—Señor, dignate presentarnos a Desar a fin de que mi hija conozca a su futuro esposo.

Desar se adelantó y dijo:

—Señor, yo soy Desar que os suplica le concedáis vuestra hija por esposa. Si accedéis a ello, seré el más fiel servidor de vuestro reino. De lo

contrario llevaréis a mi alma la desesperación y la tristeza.

Después de un silencio, contestó Besam:

—No, joven guerrero, tú eres precisamente el elegido por mi hija, y yo te la concedo desde ahora por esposa.

Levantáronse mil gritos, y vítores de alegría. Desar ofreció a Besam los camellos que traía, diciendo:

—Señor, he aquí una parte de la dote de vuestra hija. Es un humilde tributo, conquistado por mi brazo, que mi agradecimiento os ofrece. —Al mismo tiempo Kokeb volvía a ser acariciado por su dueño quien, con la alegría, olvidó todo el dolor que le había causado su pérdida.

Los huéspedes fueron invitados a un festín magnífico. La alegría era general ante la felicidad de Desar y la hermosa Sada.

Siete días después se celebró con gran pompa el matrimonio que unió a la más bella mujer de Arabia con el más valeroso de sus guerreros.

EL IMÁN^[5] DEL YEMEN

Era una vez, hace tiempo, un sultán que reinaba en el luminoso y rico territorio del Yemen, en la Arabia Feliz.

Anciano venerable, muy encorvado ya por los años, había velado siempre por el bienestar de su pueblo. Todos alababan su nombre al final de su vida, pero el Sultán se sentía muy solo, falto de hondos afectos familiares. Su hijo único, el joven Yaya, era bondadoso y sencillo, pero se apartaba de su lado buscando para su juventud alegría y espacio.

El buen sultán se consolaba y se entristecía recordando a Solimán Chamsán, su amigo de siempre. Como hermanos habían jugado cuando niños. Como hermanos inseparables crecieron, pero Solimán se apartó de él desde el día mismo en que el destino lo llevó a ser soberano del Yemen. El amigo de siempre no quiso convertirse en consejero o favorito del Sultán, rechazó honores y poderío, y se retiró a su antigua morada de Kauka; grandes y blancas paredes entre palmeras altas cerca del mar de playas doradas.

Solimán Chamsán había llegado a ser el hombre más rico del Yemen, y el más bueno y más santo de toda Arabia. Vivía feliz con su hijo, el joven Osmán, en el retiro señorial de Kauka y, desde allí, veía salir del Mar Rojo sus grandes veleros de alta y firme proa cargados de café y de aromas, para regresar empujados por los monzones de invierno, llenos de dátiles, arroz y tapices del lado de Persia y de Omán, o veía llegar las ligeras naves portadoras del producto de los pescadores de perlas.

Muchas veces lo había llamado a su lado el buen sultán necesitado del afecto de su antiguo amigo, pero Solimán se negó siempre a abandonar su vida tranquila lejos del favor del soberano.

Por el contrario, Osmán, el bello y fuerte joven, generoso y de claro talento, frecuentaba el palacio y brillaba entre los nobles de la corte. Entre él y Yaya, el hijo del Sultán, había nacido una estrecha amistad. Juntos solían olvidarse de fiestas y cacerías se alejaban de Sana, la gran ciudad y,

sentados en la arena, frente al mar, a la sombra de las palmeras de Kauka, leían las bellas estrofas de los grandes poetas.

Un día, el viejo sultán sintió el soplo frío de la muerte. La vida se le iba apagando poco a poco. Solimán Chamsán corrió a su lado, junto al lecho, y cerró para siempre al amigo los ojos que ya no veían.

El visir se hizo cargo del gobierno del Yemen. Según la costumbre, el hijo del Sultán no puede reinar hasta después de la muerte del visir.

El príncipe Yaya buscaba cada vez más el trato paternal de Solimán Chamsán, el amigo de su padre, y la fraterna amistad del generoso Osmán.

Una tarde en que los dos amigos, junto al palmar de Kauka, saludaban al Sol y a las brisas marinas con gozo y ritmo de versos, llegó la noticia de que el visir había muerto.

Desde aquel día, Yaya, era Imán del Yemen.

Los dos amigos se miraron, primero con alegría; luego, con tristeza. Los dos sintieron que una nueva vida iba a separarlos. Yaya abrazó a Osmán y le dijo:

—Si no puedes acompañarme hoy, no tardes en venir a Sana. Quiero tenerte junto a mí en el palacio, para que mi alma se fortalezca con tu presencia.

Osmán miraba inmóvil cómo se alejaba su amigo, tierra adentro, en la veloz carrera del caballo hacia el horizonte. Él tenía que quedarse allí en Kauka, junto a su padre, alejado como él de la corte y del Sultán. Era el deseo del anciano bondadoso y sabio.

El alma de Osmán se entristecía sin su amigo. El viejo Solimán buscó para alegrar a su hijo una mujer más bella que el día. Después, aguardó con serenidad la muerte.

Un día le dijo a Osmán:

—Hijo mío, siento que la vida se me acaba. Pronto vas a ser dueño de todos mis bienes, pero quiero darte, además, dos consejos de más valía que todas las riquezas. Escucha:

«Jamás confíes ningún secreto a tu mujer. Piensa que cuanto más grave sea lo que tenga que ocultar menos tardará en traicionarte, aunque con su traición te haya de acarrear la muerte».

«No consientas nunca en ser el favorito de un sultán, pues aunque sea muy grande la bondad de su corazón, su amistad será siempre tan falsa como terribles son su autoridad y su cólera».

Poco después, el noble Solimán ordenó que lo llevasen a la orilla del mar, bajo los datileros que él mismo había plantado en su infancia. Sentía un deseo inmenso de reposo. El Sol se iba hundiendo en las aguas rojas, como una enorme perla de fuego. La noche fue apagando poco a poco la luz del crepúsculo y se metió en los ojos y en el alma del anciano. Un rayo de luna atravesó el palmar y esclareció con luz de plata la noble cara inmóvil del que había sido el más puro de los creyentes.

En el lugar mismo donde Solimán se durmió para siempre, hizo su hijo levantar, una tumba; la humilde mezquita blanca ante la cual todavía hoy se detienen a orar los caminantes de esta playa desierta.

Después de la muerte de su padre, Osmán se sintió muy solo en la aislada casa de Kauka. Le renacieron los deseos de vivir en la corte junto a su amigo. No olvidó los consejos de su padre, pero confiado en su amistad con el Sultán, abandonó su posesión y marchó a Sana, capital del Estado.

El Sultán abrazó con alegría a su amigo. Osmán sería su favorito y su consejero. Para ayudar al Sultán en una acción guerrera, Osmán le entregó todas sus riquezas. En recompensa recibió los mayores honores y los más valiosos presentes. No había en la corte noble más influyente y poderoso.

El palacio de Osmán era grande y hermoso y cubierto de tapices y joyas. El agua susurraba en fuentes y atadores de mármol por las amplias salas y por los jardines de sombra fresca. Pasaban silenciosos los esclavos y se oían sonidos de brazaletes y dulces canciones lejanas.

Osmán se sentía feliz. Se desbordaba su alma generosa. A todos dispensaba favores y todos lo respetaban y hablaban de él con alabanza. Un viejo esclavo al que salvó de la muerte un día de caza, quedó bajo su protección y llegó a ser intendente del Sultán. Allí, el antiguo esclavo, bendecía el nombre de su bienhechor y besaba sus manos y el borde de su aljuba.

Osmán se sentía feliz.

El sultán Yaya tenía una joven gacela domesticada. Un pastor la trajo, recién nacida de las altas mesetas del Yemen. Acostumbrada a la vida del palacio, saltaba por los jardines, se contemplaba en las aguas tranquilas de los estanques y acudía mansa a recibir las caricias de su amo. Yaya la llevaba siempre a su lado, le daba de comer golosinas en la palma de su mano, la recostaba a sus pies cuando administraba justicia y, muchas veces, ante la mirada dulce y clara de los ojos grandes del animal fijos en los suyos, había sido más clemente para la desgracia de los hombres.

Osmán vio una noche a la gacela en el jardín plateado de luna. No había nadie en el jardín. Osmán se detuvo sobrecogido por una idea súbita. ¿Sería posible que aquel animal representase más que él mismo en el corazón de su amigo? Mientras acariciaba la gacela recordaba las palabras de su padre: «No consientas nunca en ser el favorito de un sultán, pues su amistad será siempre falsa...».

Rápidamente, llevado de un pensamiento fijo, cogió a la gacela, la envolvió en su capa y huyó.

Salió sin ser visto. Al llegar a su casa encerró al animal en una habitación apartada y escondida.

Al día siguiente mandó comprar en el mercado una gacela joven, parecida a la del Sultán, y ordenó a sus criados que la mataran y la prepararan para la comida. Después llamó a su mujer y le dijo con mucho misterio:

—Voy a confiarte un grave secreto que debes guardar hasta la tumba si en algo aprecias mi honor y mi vida. ¿Puedo confiar en ti?

—Sí, esposo mío, nada puede ser más fuerte que el amor que te tengo. Yo guardaré tu secreto, hasta la muerte.

—Escucha, pues, ¡oh Halema! He tenido la desgracia de herir sin querer a la gacela del Sultán. Por temor a la ira del soberano la he matado, y nuestro cocinero la está guisando para la comida. Es mejor que desaparezca así.

Los pregoneros llenaban el día con clarines y tambores, prometiendo recompensas a quien hallara la gacela del Sultán.

La casa del noble Osmán se abrió a los visitantes que llegaban a comentar el extraño suceso. Las mujeres hablaban en voz baja con Halema.

Todas creían saber algo de lo que pudiera haber ocurrido. Halema escuchaba complacida de ser ella la única que sabía la verdad. Todas hablaban, todas pretendían saber más que Halema. Y la débil mujer, no pudiendo resistir la tentación de demostrar a sus amigas que ninguna más que ella estaba en lo cierto, llamó aparte a las más íntimas con mucho misterio y, después de exigirles promesas y juramentos, les contó todo con gran detalle. El Sultán no tardó mucho en enterarse.

Osmán fue encarcelado y condenado a muerte. Confesó que había matado a la gacela involuntariamente. Ofreció al Sultán sustituirla por otra igual, pero Yaya rechazó indignado las razones de su amigo y decidió que se le cortara la cabeza, en castigo de su crimen.

Osmán escuchó la sentencia sin turbarse y marchó al suplicio con gran serenidad. Su gesto y su mirada eran tranquilos y severos. El Sultán quiso asistir al castigo del culpable. Muchos antiguos amigos de Osmán fueron también a presenciarlo, y ellos eran los que con más encono decían:

—Ved, Imán, qué dureza de corazón. No tiembla ni se arrepiente el miserable. Deberíais mandar que le vaciaran los ojos y lo dejaran morir en el desierto.

Yaya sentía rencor y deseo de venganza, pero en aquellos últimos momentos de la vida de Osmán vinieron a su memoria los felices días de su juventud junto al del amigo, la intimidad de sus almas fundidas ante el testigo de la mar eterna... Ya se disponía a perdonar, cuando su intendente, el esclavo a quien Osmán salvó la vida, puso a sus pies una cabeza de gacela casi carbonizada que había encontrado detrás de la casa de su bienhechor.

Ante esto, surgió otra vez el furor del Sultán y dio la orden fatal.

El verdugo probaba con el dedo el filo del sable. Osmán estaba atado y arrodillado. Levantó la cabeza y habló:

—Gracias, Alí. Me empujas a la muerte, tú que me debes la vida. Pero esa acusación sañuda es falsa. Esta cabeza no es la de la gacela del Sultán. Tome esta llave mi señor y dígnese mandar que registren mi casa. En una habitación apartada del segundo piso, detrás de la sala de las esclavas, encontrarán la gacela que tanto ama nuestro soberano. Sólo te pido, ¡oh

señor!, y éste es mi último deseo, que aguarden a quitarme la vida cuando me haya podido arrodillar ante el bello animal.

Imán Yaya esperó sin fe en las palabras de Osmán.

Los soldados emisarios volvieron de registrar la casa, y la gacela saltó gozosa y triscadora a las rodillas de su amo.

El Sultán corrió lleno de contento a abrazar a su amigo y a devolverle él mismo la libertad.

Osmán se dispuso en seguida a abandonar la ciudad. En vano quiso retenerlo el Sultán. Le ofreció ricos presentes para que olvidara su proceder injusto, pero Osmán insistió en alejarse de la corte.

—No hay riqueza ni regalo, amigo mio, que puedan valer lo que una amistad fiel. Voy a marchar a un retiro de Kauka donde soñé una amistad sincera y eterna. He urdido esa aventura de la gacela para comprobar si en tu estimación importaba yo tanto como un animal que vale seis piastras. Si quieres contentarme perdona a ese desgraciado esclavo que ha mentido para acusarme. Él no ha hecho más que lo que tantos otros para quienes la vida de un hombre no vale nada cuando puede servir para halagar a un soberano. Todos los cortesanos que te rodean son así. Que Dios defienda tu corazón generoso contra el veneno de su adulación.

Yo me voy a vivir lejos de los hombres y de las ciudades, en la naturaleza sincera y espléndida. Quiero morir como murió mi padre, bajo las palmeras, frente al mar inmenso, en la calma de un bello atardecer.



RUSIA

Ancha Rusia, llanura sin fin. Los caballitos peludos y valientes arrastran los trineos cortando el frío de la gran extensión blanca de nieve. El cielo bajo y gris se hunde pronto en el horizonte cercano y plumoso. El cielo helado, sobre la blanca planicie que parece siempre igual e inacabable.

¡Al Sur! ¡Al Sur! Va desapareciendo a trechos la nieve. Comienza a ondular la llanura en pequeñas colinas. Tierra pantanosa de los bosques y de los lagos. Una fría humedad en el suelo fangoso, y en el aire una densa niebla que deja ver débilmente el disco rojo del Sol. Al borde de algún camino hay mujeres arropadas que cuidan los rebaños de caballos y bueyes. Pasan en larga fila las pesadas carretas de los campesinos. Cerca de una carretera se ve una aldea formada por casitas iguales, construídas de gruesos troncos, con el tejado de chapa pintada de un extraño color amarillo.

¡Más al Sur! Estepa gris. Se ha deshecho la bruma. Campos fríos y casi desiertos. Casas de tierra y paja alineadas en una calle larga junto a una colina que tiene en lo alto un molino de viento. Estepas donde nace una hierba áspera y seca. ¡Llanuras y colinas del Volga!

Más al Sur, el Sol refulge en medio del cielo azul, sobre los campos maravillosamente fértiles de las tierras negras donde se hacinan las gavillas de trigo y destacan doradas las flores amarillas de los girasoles. Clima suave y cálido. Aire perfumado de violetas. A lo lejos aparecen pueblecitos humildes que ostentan las cúpulas brillantes de antiguas iglesias.

SNEGOROCHKA^[6]

En el hogar de la humilde aldeana brillaban unos troncos encendidos. Por la ventana entraba la luz fría de la mañana blanca de nieve. Los dos viejecitos se habían recogido al amor de la lumbre, y abuela Marucha rodeada de brasas la marmita donde bullía la sopa en un hervor lento.

Abuela Marucha estaba triste. Habían pasado los años encorvándola con su pesadumbre y blanqueando su cabeza con la nieve de los inviernos. Habían pasado los años llevándose la ilusión de los dos viejos: la ilusión de que les naciera un hijo que les hubiera llenado de alegría la vida.

El viejo Yuchko trajo un haz de palos secos para avivar el fuego. La cocina se llenó del rumor de la leña al arder. Fuera se oía la alegría de unos niños que jugaban. El viejo Yuchko se asomó a la ventana. Los niños bailaban y reían formando un corro alrededor de una figura de nieve.

—Oye, Marucha, ven y verás qué muñeco han hecho —dijo Yuchko con entusiasmo.

Los dos viejecitos se reían viendo reír a los niños. El muñeco de nieve, gordo, rechoncho, tenía cierto parecido con el alcalde del pueblo. ¡Demonios de chiquillos!

De pronto, Yuchko cesó de reír y dijo:

—Marucha, vamos a ver si nosotros podemos hacer uno pequeñito, ¿quieres?

—Pero, hombre, ¡qué cosas tienes! ¿No ves que la gente se reiría de nosotros? Ya somos viejos para hacer esas cosas de niños.

—No importa —insistió Yuchko—. Ya verás: procuraremos que nadie nos vea. Haremos un muñeco pequeñito; como un niño; así, muy lindo.

Abuela Marucha se dejó llevar. Retiró del fuego la marmita, se encasquetó un gorro de piel y salió con Yuchko. Al pasar junto a los niños que jugaban se detuvieron a jugar con ellos, saltando y cantando con la misma alegría infantil. Después se fueron retirando poco a poco hasta llegar a un bosquecillo donde los árboles eran altos y la nieve era blanquísima.

Los viejecillos comenzaron a amontonar nieve. Los dos, de rodillas, iban dando forma al montón blanco. Un niño pequeñito, como un bebé. Ya estaba el cuerpo formado. Ahora la cabeza. Un buen montón de nieve encima para que tuviera abundantes cabellos, dos puñados para las mejillas, un poquito, muy poco para la nariz, dos agujeros grandes para los ojos... ¡Ahí! Ya estaba. Era precioso. Se abrazaban mirando su obra y bailaban de alegría, pero, de pronto, se detuvieron atentos. Habían visto algo extraño. Se fueron acercando. Miraban asombrados y silenciosos. Los dos agujeros de la cabeza del muñeco se fueron llenando de color azul, y en ellos nacieron unos ojos que miraban fijamente. La cara ya no era blanca; las mejillas se volvieron redondas y rosadas, y la boca se movía en una deliciosa sonrisa. Un soplo de viento hizo temblar la nieve, que se deslizó en largos cabellos dorados bajo un gorrito de piel y en blanco vestido que se confundió en pliegues con la nieve del suelo.

El tosco muñequillo se había convertido en una niña preciosa como una criatura de ensueño.

Los dos viejecillos se miraban asombrados. Sí, sí, era verdad; no era sueño; la niña estaba allí muy cerca y se movía y tendía los brazos llamándolos. Y, al cogerla y sentir el calor tibio y el beso con que los acariciaba, sintieron, que la vida les renacía en el corazón.

Rápidos, apretaron a la niña entre los brazos y volvieron a la casa temblorosos de emoción y de felicidad.

Junto al hogar abuela Marucha brizaba a la niña en sus rodillas para dormirla con una canción. De la campana de la chimenea pendía un gorrito de piel y cerca de la losa del fuego se calentaban unos lindos zapatitos blancos.

El viejo Yuchko se acercó para hablar en voz muy baja.

—¡Oye, Marucha, ya tenemos una niña! La hemos hecho con nieve. Y estoy pensando que le debemos llamar Snegorochka. ¿Te parece?

La abuela asintió con la cabeza y con la sonrisa.

Durmieron aquella noche entre felices y temerosos de que todo hubiera sido un sueño muy corto, pero a la mañana siguiente allí estaba la niña junto a ellos, riendo y hablando contenta. Porque hablaba ya y había crecido en tan poco tiempo y sus cabellos eran mucho más largos. ¡Era un encanto!

Aquel día hubo gran fiesta en la casa. Abuela Marucha se afanó en preparar toda clase de dulces y golosinas. Abuelo Yuchko avisó a los músicos y a todos los niños y niñas del pueblo. Los bailes, las canciones, la alegría se prolongaron hasta hora bien avanzada. Los niños sonaron toda la noche con la preciosa Snegorochka de cabello de oro y ojos azules.

Snegorochka parecía haberse escapado de un cuento maravilloso. Jugando con los niños les enseñaba a construir castillos y palacios de nieve con salas como de mármol y fuentes magníficas. Parecía como si la nieve obedeciera a las manitas de Snegorochka que le hacía tomar formas caprichosas e imposibles. Y cuando danzaba para enseñar a los pequeños cómo caían los copos en la nevada, primero en torbellino y al final lenta y suavemente, todos quedaban maravillados. Snegorochka era una niña de un cuento de nieve.

Se alejaba el invierno y la tierra, descubierta de blancura, se iba tornando verde. Los árboles comenzaban a cubrir su esqueleto con un vestido de hojas nacientes. El aire tibio se cargaba de cantos y aromas de primavera. El Sol brillaba limpio.

Una mañana, abuela Marucha cuidaba junto al fuego el hervor de la marmita rodeada de brasas. Abuelo Yuchko acababa de amontonar en la cocina un hacecillo de leña. Una mañana como aquella de invierno en que vieron jugar a los niños alrededor del muñeco de nieve; pero aquella mañana era triste y ahora estaba allí alegrando la casa y la vida entera Snegorochka, junto a la ventana, mirando el prado con florecillas doradas y los árboles verdes de hojas.

Yuchko advirtió que la cara de Snegorochka estaba pálida y que sus ojos se empañaban de una extraña tristeza.

—¿Qué tienes, Snegorochka, te sientes mal? —preguntó.

—No, no —respondió tristemente—. Es que me falta la nieve y no puedo vivir sin ella. La hierba verde no es tan bonita. Es más bella la hermosa hermana blanca. —Y Snegorochka tuvo un leve temblor.

Al día siguiente apareció tan pálida y tan triste, que los dos viejos se miraron alarmados.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó temerosa Marucha.

Yuchko no respondió. No sabía. Incluyó la cabeza ocultando un gesto de pena. Después se dirigió a Snegorochka aparentando contento.

—¿En qué piensa mi pequeña? ¿Por que no sales a jugar al campo con los niños? ¿Es que ya no los quieres?

—No sé, padrecito Yuchko, pero siento aquí dentro como si al respirar el aire tibio se me deshiciera poco a poco el corazón.

—Vamos, ánimo —dijo el viejo—. Ven con nosotros. Yo te llevaré en brazos y no dejaré que te llegue el viento. Verás qué preciosas flores ha traído la primavera.

Marucha apartó la marmita del fuego. Salieron los tres al campo. Yuchko abrazaba a Snegorochka para defenderla de la brisa.

Un aire suave y cálido perfumado de flores los envolvió. Snegorochka se encogió estremecida. Los dos viejecitos la animaron y la llevaron abrazada hasta un bosquecillo florido. Pero, al pasar junto a un grupo de copudos árboles, un brillante rayo de sol vino a herir a la niña como una espada.

Snegorochka desfalleció en un grito de angustia. Sus ojos se empañaron y se llenaron de lágrimas. Yuchko y Marucha aguardaban ansiosos y acongojados. El cuerpo de la niña se fue reduciendo, se fue deshaciendo poco a poco y se fundió despacito hasta convertirse en menudas gotas de rocío sobre la hierba.

La nieve de las montañas se deshacía a los primeros rayos del Sol.

ESVIATOGOR Y LOS BOGÁTIRES^[7]

Altas, muy altas, hasta atravesar las nubes con sus picachos, se alzaban las Santas Montañas en la santa Rusia.

Las águilas planeaban su vuelo sereno sobre las cumbres y descendían al fondo silencioso de los desfiladeros. Desde la estepa causaban pavor las rocas enormes que se dibujaban en el cielo como fantasmas grises.

El único habitante de las Santas Montañas era Esviatogor, el gigante que era como una de aquellas rocas altas y que hacía temblar la tierra bajo sus pies. Su caballo escalaba los más elevados picos, salvaba los precipicios y cruzaba los ríos en prodigiosos saltos como vuelos.

Esviatogor vivía aislado de todos en aquella gran soledad. Su ánimo le habría llevado a combatir con todos los héroes de Rusia, pero cuando salía al campo llano, los árboles de los bosques cedían a su paso y la tierra misma se estremecía. Solo las enormes rocas de la Santas Montañas sostenían firmes el peso del gigante.

Su fuerza extraordinaria era su mayor desgracia. Si la hubiera podido compartir con alguien o la hubiera podido dedicar al trabajo y al servicio de los hombres se habría sentido feliz, pero Esviatogor llevaba poco tiempo sobre la tierra; Esviatogor era ignorante y, además, todo lo que tocaba lo reducía a polvo y todo se aplastaba bajo su mano heroica.

Un día salió de sus montañas, se detuvo en medio de la estepa, armó su tienda de tela gris, se acostó y durmió hasta el día siguiente.

Esviatogor se dedicó a seguir caminando. Vio aldeas, pueblos y ciudades. Comenzó a conocer y a querer a los hombres. Se prendó de la bondad de los campesinos y de la belleza de las mujeres.

A su paso por una aldea vio Esviatogor a una joven muy bella, y, al verla, pensó: «He aquí una novia digna de mí».

No tardó el héroe en ganarse el corazón de la hermosa aldeana y poco más tardó en casarse con ella y llevársela a sus dominios de las Santas Montañas.

Un día en que Ilia Murometz, el valiente guerrero, se dirigía a sus vastas posesiones, tuvo que pasar por las Santas Montañas. Durante tres días saltó de peña en peña escalando cumbres y salvando precipicios hasta que, rendido de cansancio, plantó su tienda de campaña, ató su caballo y se durmió con un sueño profundo.

Ilia durmió muchas horas y, antes de que apuntara el Sol, soñó cosas raras y extraordinarias. Vio cómo su bravo corcel cavaba la tierra con sus cascos y relinchaba espantado. Después le oyó decir con voz humana:

—¡Ilia, Ilia, despierta, sálvate del peligro! El héroe Esviatogor se acerca. Déjame suelto en estos campos y tú escóndete pronto en la copa de un árbol.

Despertó Ilia y siguió el consejo de su caballo. No bien hubo trepado a las ramas más altas de una encina, cuando apareció el terrible Esviatogor, grande y fuerte como las rocas. Llevaba a hombros a su mujer guardada en una arquilla de cristal y en el cinto una enorme espada. El gigante se apeó del caballo y, con una llave de oro, abrió la caja de cristal, de donde salió la bella mujer, hermosa como la aurora.

Mientras Esviatogor aparejaba su tienda, la joven extendió en el suelo una estera y sacó de una alforja gran cantidad de manjares y bebidas dulces como la miel.

Durante la comida Ilia estaba inmóvil entre las ramas del árbol, oculto a las miradas del gigante, pero la mujer lo había visto y, temiendo la furia de su marido, hizo que Ilia y su caballo se escondieran en uno de los grandes bolsillos de Esviatogor quien, sin advertirlo, llevó la doble carga durante dos días.

Al tercero, el caballo de Esviatogor comenzó a dar muestras de cansancio. El héroe rugió enfurecido:

—¡Ah, viejo caballo inútil! ¿Ya no puedes andar?

El inteligente animal contestó:

—Hasta ahora sólo os había llevado a tu mujer y a ti, pero desde hace tres días llevo encima una buena sobrecarga.

Esviatogor registró sus descomunales bolsillos y dio con Ilia y su corcel.

—¿Quién eres? —le dijo a Ilia.

—Me llamo Ilia y deseaba admirar al héroe Esviatogor.

—Pues aquí me tienes. Seamos amigos y ocasión tendrás de presenciar las más grandes proezas.

Ilia aceptó agradecido y se preparó a caminar al lado de su invencible compañero.

Bien pronto lo trató Esviatogor como a un hermano, partiendo con él la comida y bebiendo los dos en la misma copa.

Un día en que los dos héroes galopaban por la estepa encontraron un gran sepulcro tallado en un bloque de granito.

Esviatogor se detuvo pensativo, y dijo:

—Vamos a probar para quién ha sido preparado.

Ilia se metió el primero, pero el sepulcro era muy grande para él.

Esviatogor se tendió después en el misterioso ataúd justamente tallado para su estatura gigantesca.

—Esto parece hecho para mí —dijo Esviatogor—. Ilia, mi querido hermano, ¿quieres, ahora que estoy dentro, colocar la tapa?

—No, hermano mío; tengo miedo —contestó Ilia.

Esviatogor se incorporó un poco, cogió la enorme losa con una mano y, en cuanto la hubo puesto encima, se ajustaron los bordes y el sepulcro quedó fuertemente cerrado.

En vano se revolvía y forcejeaba Esviatogor.

—¡Ilia, mi querido hermano —gritó—, coge mi espada y rompe las paredes de esta tumba maldita!

Ilia empuñó el arma poderosa y descargó recios golpes sobre la piedra. Oía el rugido de Esviatogor aprisionado. Sintió como si se redoblara su fuerza y volvió a empuñar la espada con nuevos bríos. A los furiosos golpes del acero saltaban de la piedra centelleantes haces de fuego.

—¡Me ahogo! —rugió Esviatogor—. Ven, Ilia, hermano mío, acércate bien, que quiero antes de morir legarte el don precioso de mi fuerza.

La voz del gigante se tornaba débil y lastimera.

—Adiós, compañero mío, te lego mi fuerza y mi poderosa espada.

La vida del héroe se agotaba. Las últimas palabras fueron su último suspiro. Había sido vencido en la lucha con la muerte.

Apoyado en la espada de Esviatogor, en medio del silencio de la estepa, sintió Ilia como si cobrase una fuerza invencible. Después se postró tres veces ante el sepulcro de su amigo y emprendió el camino de Rusia para dirigirse al palacio de su tío, el príncipe de Kiev, Vladimiro, Resplandor del Sol.

Y así fue cómo Ilia Murometz adquirió la fuerza y el valor que le llevaron a realizar las más asombrosas hazañas en compañía de los otros valerosos bogátires.

Y, ¿queréis saber cómo perecieron aquellos valientes guerreros?

Es una historia curiosa.

Siete bogátires cabalgaban juntos atravesando las desiertas llanuras. Llegaron al pie de un viejo roble y, como se encontraban cansados, echaron pie a tierra, plantaron sus tiendas de campaña y se acostaron para descansar mientras los caballos pastaban en las praderas próximas.

Cuando el Sol anunciaba la mañana con su aurora roja, Ilia Murometz despertó y miró a la lejanía. Una horda de tártaros ensombrecía el horizonte y avanzaba envuelta en una nube de polvo que invadía la llanura con la violencia de un huracán.

Ilia gritó:

—¡Arriba, bogátires! Los tártaros vienen contra nosotros.

Los bogátires despertaron. Empuñaron las armas. Arremetieron contra los tártaros y los vencieron. Los enemigos, vencidos, llenaban el campo. Los bogátires gritaban su triunfo:

—¿Qué fuerza se puede comparar con la nuestra?

Alyosha Popovich exclamó:

—No hay ejército que pueda vencernos.

Ilia dijo:

—La espada que me legó Esviatogor es invencible.

Pero en aquel momento, como nacidos de la tierra, aparecieron dos guerreros cubiertos de brillantes armaduras. Y dirigiéndose a los bogátires hablaron así:

—Venimos a probar vuestra fuerza. Somos dos y vosotros siete; pero no importa. Vamos a luchar.

El corazón de Alyosha Popovich se encendió de ira. Blandió el héroe su espada y cayó sobre los misteriosos adversarios.

Pero ¡oh, maravilla! A los golpes de Alyosha los dos guerreros se convirtieron en cuatro.

Dobrinia Nibritich sacó su espada y partió a los cuatro jinetes por la mitad, pero, como por encanto, los cuatro se volvieron ocho guerreros que seguían avanzando.

Ilia Murometz partió a los ocho con su poderosa espada, pero otra vez más los adversarios se duplicaron ante el asombro de los bogátires.

Los siete compañeros cargaron con furia sobre el enemigo, pero cuanto más luchaban, más se multiplicaban las fuerzas contrarias, que devolvían golpe por golpe.

Y así sucedió que, durante tres días, tres horas y tres minutos, continuó el combate, hasta que los valerosos bogátires, rendidos de fatiga y aterrorizados, huyeron al monte para ponerse en salvo. Pero, en cuanto llegaron a la montaña, allí quedaron para siempre convertidos en piedra.

Así cuentan que fueron destruidos los bogátires en la santa Rusia.



ESCANDINAVIA

Por debajo de la nieve polar, asoma la tierra escandinava. Aparece manchada de líquenes y musgos grises, de matas oscuras, en la gran soledad nevada donde se oculta el armiño, acecha el oso y huyen los rebaños de alces a la luz pálida del rojo sol de medianoche.

Se eleva la tierra, se levanta en cadena de cumbres que siguen hacia el Sur en busca de luz clara y mar templado, dejando atrás la bruma. Desde las altas cimas heladas se precipitan los torrentes hasta la costa noruega, recortada, tajada en grandes hendeduras, en angostos y profundos fiordos de aguas tranquilas. Desde las altas cimas heladas bajan los torrentes y los ríos a las planicies suecas, entre bosques espesos, salvando rápidas pendientes, y descansando en los incontables lagos que reflejan en sus aguas transparentes los grandes abetos, pinos y abedules de las anchas selvas.

Huelen a mar, a pesca y a salmuera las aldeas noruegas. Vida dura de pescadores y de campesinos humildes la de estos gigantes rubios de recio espíritu y de mirada serena y azul.

Huelen a madera, a heno y a establo los pueblos de las llanuras suecas. Pueblos entre frondas de bosques donde el hombre trabaja y reza confiado y optimista, y sueña acariciado por sus tradiciones.

El escandinavo, hombre fuerte, serio, de sencillo carácter, valeroso y aventurero, cuenta entre sus antepasados a los intrépidos vikingos, audaces navegantes, exploradores de mares, descubridores de tierras, conquistadores de pueblos y creadores de una heroica mitología que ha influido profundamente en la leyenda y en el arte de los pueblos de Europa.

CÓMO SE FORMÓ LA ISLA DE SEELAND

Hace ya mucho tiempo, el bondadoso rey Gylfve residía con su corte en Upsala, la vieja ciudad rodeada de tumbas de reyes paganos. Su reino era ancho y verde. La tierra y los bosques de su Estado se extendían mucho más allá del horizonte que se divisaba desde los altos torreones del castillo real, y aún no se llegaba al fin en varias jornadas a caballo.

Vivía el Rey, anciano de cabellos nevados, para contemplar y gobernar su reino. Nadie sabía de sus familiares. O no los tenía, o acaso prefería la soledad.

Sólo había en la corte una hermosa doncella a la que el anciano Gylfve acariciaba como a una hija. Gefión, la maravillosa Gefión, blanca y rubia como las princesas de leyenda, vivía junto al Rey al que cuidaba como a un padre.

La vida de Gefión estaba envuelta en un vago misterio. Creían unos que era hija del Rey; otros decían que el anciano Gylfve la adoptó siendo niña; muchos aseguraban que su madre era hija de uno de los gigantes compañeros del gran rey de las montañas.

Gefión era maravillosamente bella. Su voz era dulce y sabia, y en el fondo de sus ojos claros ardía la misteriosa luz de la mirada de los dioses.

Reinaba en aquel tiempo en Dinamarca el rey Odín. Su hijo, el magnífico y valeroso príncipe Sköld, llegó a la corte de Gylfve atraído por la fama de la bella Gefión. Sköld vio a Gefión y quedó prendado de su hermosura. La doncella aceptó el amor del Príncipe.

El anciano Gylfve aguardaba afligido el día en que había de separarse de Gefión, pero ocultó su tristeza y, acariciando las doradas trenzas de la doncella, le dijo:

—Gefión, hija mía, yo seré dichoso y moriré tranquilo viéndote feliz. Los dioses protejan vuestro matrimonio. Quiero ahora ofrecerte el presente que tú más deseas.

—Rey Gylfve —contestó Gefiún—, yo sentiré gran tristeza al partir. Amo tanto a mi país, que no desearía sino que me dejarais llevar a mi nueva patria un trozo de esta tierra de Suecia. Concededme tan sólo, si queréis, el trozo de suelo que un hombre pueda labrar sin descansar un momento.

—Bien, Gefiún —dijo el Rey—, sea como tú desees. Llama a un buen labrador fornido, y que trabaje sin descanso.

Gefiún desapareció del palacio. Marchó a la montaña, de donde había salido su madre. Al cabo de unos días volvió acompañada de un labrador. El labrador era un gigante. Con él venían también cuatro hijos gigantescos. Traía un arado enorme que hacía temblar la tierra. Para tirar del arado unció a sus cuatro hijos.

El labrador empuñó la manquera, hundió la reja en la tierra, cargó, y llegó al fondo y tajó la roca viva. Los cuatro gigantes tiraban del timón del arado con una fuerza capaz de arrancar los más corpulentos abetos. La tierra se abría removida entre nubes de polvo y espantoso quebranto de piedras. Los surcos eran anchos y hondos como simas.

Los gigantes trabajaban sin descanso. Prolongaban los surcos, que se perdían en el horizonte, Luego daban la vuelta, jadeantes. Por fin, al acabar el día, se hundió el arado en el límite de la tierra removida y quedó cortado, separado, un gran trozo del suelo de Suecia.

Gefiún estaba contenta.

—Rey Gylfve, mirad, me llevaré a mi nuevo país este suelo que han visto vuestros ojos y han pisado vuestros pies.

El anciano miró a través de lágrimas la alegría de Gefiún.

Volvió la doncella a la morada del rey de las montañas y, una noche, regresó acompañada de muchos gigantes. La gran extensión de suelo removido y cortado fue levantada y arrastrada hasta el mar. Los gigantes la mantuvieron a flote y la llevaron como una inmensa nave hacia donde señalaba el brazo extendido de la bella Gefiún y, en el somero fondo del Öresund, entre Dinamarca y Suecia, la dejaron fuertemente encallada e inmóvil.

Así cuentan que surgió la hermosa y fértil isla de Seeland.

Y allá, cerca de Upsala donde fue arrancada la isla, llenaron los ríos la enorme hondonada y se formó el lago Melar, el gran espejo de agua que

dejó Gefi3n para que, a cambio de la tierra, quedara all3 extendido un trozo del cielo de Suecia.

BUEN GENIO

Había una vez un matrimonio en el que marido y mujer, pobres y ya viejos, vivían contentos y felices, dispuestos siempre a encontrar muy bien hecho lo que cada cual hiciera y a mostrarse en todo de acuerdo, con cara siempre de fiesta.

Vivían en una humilde cabaña y tenían un caballo, todavía brioso, que prestaban a los vecinos de la aldea siempre que alguno de ellos lo necesitaba para labrar sus tierras o para ayudar al acarreo de la hierba en la época de la cosecha. A cambio de estos favores recibían los dos viejos algún que otro presente de las matanzas de cerdos para San Martín y, en el verano, algún regalo de las ferias que se celebraban en los pueblos próximos. Así pasaban la vida felices y contentos sin envidiar otras riquezas.

Un día de feria en el pueblo cercano, dijo el viejo a su mujer:

—¿Qué te parecería si fuera a vender el caballo en la feria? Somos ya viejos, podemos necesitar cualquier día la ayuda de algunos ahorros, y si queremos vender entonces nuestro caballo no nos darán por él lo que vale.

—Muy bien pensado. Has tenido una gran idea —dijo la mujer. Y se dispuso a preparar el traje nuevo de su marido.

Montó el viejo a caballo y se encaminó a la feria. Aún no se había alejado mucho de la aldea, cuando se cruzó con un mozo que conducía una vaca no muy grande ni muy gorda, pero que tenía el pelo lustroso y los cuernos bien torcidos.

Detúvose el viejo a mirar el bonito animal, al tiempo que preguntaba:

—Oiga, mozo, ¿da mucha leche esa vaca?

—Cinco litros suele dar cada vez que se la ordeña, y se la puede ordeñar dos o tres veces al día si se le echa buen pasto.

—De eso no le ha de faltar si yo la tengo —dijo el viejo. Y añadió—: ¿Quiere que hagamos un cambio? Yo le daré mi caballo y usted me dará la

vaca. Mi mujer se pondrá muy contenta. Podrá hacer queso y mantequilla y podremos tomar café con leche.

Aceptó el mozo, y el viejo siguió su camino con la vaca lustrosa y mansa.

Así iba entretenido viendo comer a la vaca la hierba fresca de los ribazos, cuando encontró a un muchacho que a duras penas podía hacer andar un cerdo gordo y pesado que llevaba a la feria.

Paróse el buen hombre admirado de la redondez del hermoso cochino, y preguntó al muchacho cuánto podría pesar y cuántas arrobas de morcillas y chorizos daría para la época de la matanza.

—¡Oh!, de eso no hablemos, que no es fácil hacer cuentas, pero le aseguro que no habrá otro como éste en toda la feria. Es un puerco premiado en un concurso.

—¿Premiado? —dijo el viejo—. Oye, muchacho, quisiera dar una alegría a mi mujer. ¡Qué orgullosa estará de tener un animal premiado en un concurso! ¿Quieres cambiarme el cerdo por la vaca?

Pensó un momento el muchacho, accedió al cambio y se alejó pronto con la vaca, antes de que el viejo tuviera tiempo de arrepentirse.

No había andado aún cien pasos el buen hombre, detenido a cada momento por el lento y pesado andar del puerco, cuando pasó por allí cerca un rapaz que traía en brazos un hermoso ganso de brillantes plumas, blanco y grande como un cisne.

El viejo campesino se quedó embelesado pensando en las noches de invierno, frías de nieves y huracanes. Pensó en su mujer arrecida en la cama sin un edredón caliente y blando, y preguntó en seguida:

—Oye, chico, bien me podrías cambiar ese ganso por este puerco. Tú saldrás ganando y yo estaría muy contento.

Aunque un tanto extrañado por esta proposición, el chico se decidió al momento y quedó hecho el cambio.

Continuó el aldeano su camino con el precioso ganso en brazos y, antes de llegar a la feria, encontró a una mozuela que llevaba sobre la cabeza una cesta de gruesos mimbres por entre los que se veía una gallina gorda y ancha, de cortas patas y plumaje limpio.

Era la mozuela rubia como las espigas, vivaracha, de mejillas redondas y rosadas y de simpática mirada azul. El viejo detúvose a hablar con ella y, al reparar en la gallina que traía, empezó a preguntarle si era buena ponedora y si vendría a comer tanto o cuanto. A lo que la muchacha respondió:

—Es tan buena esta gallina, que no falta a su costumbre de poner un huevo cada día y, en cuanto a comer, se contenta con las migajas que caen de la mesa, si hay además un poco de hierba en el corral.

Olvidó el buen hombre en el acto lo que antes le había ilusionado, y cambió el ganso por la gallina, pensando en la alegría de su mujer al recoger y guardar los huevos y cuidar los polluelos recién nacidos.

Llegó así a la feria y fuese derecho a una posada donde descansar y beber un vaso de cerveza. Al poco rato vino a sentarse a su lado un aldeano que traía un gran saco cargado al hombro, y así que llegó díjole el viejo:

—¡Hola!, amigo, ¿qué traes en ese saco tan lleno y pesado?

—No son más que manzanas podridas de las que se caen de los árboles —contestó el aldeano—. Serán una buena comida para nuestros cerdos.

—Y ¿todo el saco está lleno de manzanas podridas? Mira, amigo, te voy a proponer una cosa. Si tú me das ese saco de manzanas, yo te daré a cambio esta hermosa gallina. Tengo ganas de darle una sorpresa agradable a mi mujer. En nuestro huerto no hay más que un manzano que, todo lo más, da para la cosecha una manzana verde y arrugada que no llega nunca a madurar. Mi mujer coge esta manzana y la guarda cuidadosamente en su armario y la contempla diciendo: «Hemos de conformarnos. Una manzana mala es, al fin y al cabo, un pequeño regalo». Y yo quisiera llevarle hoy un gran regalo de manzanas malas. ¡Se pondrá tan contenta!

Hízose el cambio y quedó el saco en poder del nuevo dueño. Todo lo cual fue visto por dos ingleses ricos que allí había, los cuales, dispuestos a reírse de un hombre tan necio, le preguntaron por el negocio que había hecho en la feria.

Contó el viejo todo lo que le había pasado desde que salió de su casa, y cómo el caballo, después de tantos cambios, se había convertido en el saco de manzanas podridas, y los ingleses, sin poder contener la risa ante tanta simpleza, le dijeron entre bromas:

—Ya verás cuando vuelvas a casa. Será de ver la paliza que te dé tu mujer.

—¿A mí, paliza? No conocéis a mi mujer. Estoy seguro de que encontrará bien todo lo que he hecho.

Cuando esto oyeron, los ingleses que, como es sabido, son muy aficionados a hacer pruebas y apuestas, dijeron:

—A ver, señor infeliz, te apostamos un saco de oro contra el saco de manzanas a que tu mujer se enfada cuando le cuentes en lo que ha venido a parar el caballo después de tantos cambios.

—Está bien; vamos a probar —contestó el viejo.

Mandaron los ingleses aparejar los caballos y preparar su coche y se acomodaron en él con el viejo aldeano sin olvidar el saco de oro y el de manzanas.

No tardaron en llegar a la cabaña del buen hombre y, la mujer, que había salido a la puerta al oír tanto ruido, se quedó muy extrañada al ver a su marido en compañía de aquellos forasteros, pero al momento vino a saludarlos con mucha cortesía y tendió las manos a su esposo que las estrechó con alegría diciendo:

—Ya estoy de vuelta de mis negocios.

—Ya veo que vuelves contento. Tú sabes manejar muy bien los asuntos. ¿Qué hiciste del caballo? —preguntó la viejecita.

—Pues por el camino lo cambié por una vaca.

—¡Ah!, qué bien. Ya decía yo que tú sabes mucho. Ahora podremos tomar café con leche, tendremos mantequilla y quesos... Una vaca es una verdadera riqueza.

—Sí, pero después cambié la vaca por un hermoso cerdo premiado en un concurso.

—¡Magnífica idea! Así tendremos tocino y jamones bien curados y grandes ristras de embutidos. Nunca pensé que pudiéramos tener tantas cosas buenas.

—Todo eso habríamos tenido, pero cambié el cerdo por un ganso.

—¿Eso hiciste? Válgame Dios y qué bueno eres. Estarías pensando en tu pobre mujer, en el caliente edredón de plumas para proteger en invierno

sus piernas hinchadas. ¡Cuánto te lo agradezco! Además, haremos por Navidad un riquísimo asado.

—Es que... verás: el ganso lo cambié después por una gallina.

—Pues esto aun me parece mejor, porque con la gallina tendremos huevos frescos y polluelos. ¡Qué gusto verlos correr y piar alrededor de su madre! Y también haremos edredones de plumas y asados de vez en cuando.

—Sí, pero la gallina la cambié por este saco de manzanas podridas.

Echóse entonces la viejecita a reír con la mejor gana, diciendo:

—¡Qué casualidad, hombre! No puedes pensar la alegría que me das. Figúrate que hoy quise preparar un buen guisado para cuando volvieras de la feria, y fuí a pedir a la vecina dos cebollas que me faltaban. Y, ¿sabes lo que me contestó? Como es tan avara, me dijo con aquella voz fingida que tiene: «¡Ay!, cuánto lo siento; no tengo en el huerto ni siquiera una manzana podrida». Y, mira, ahora voy a poder ofrecerle un saco lleno de manzanas podridas. Ya ves qué acierto has tenido. Estoy tan contenta, que has de permitirme que te dé un abrazo aunque estén delante estos señores.

Y, echando los brazos al cuello de su viejo, le dió con alegría dos besos sonoros en las mejillas.

Los ingleses no salían de su asombro, y decían muy alborozados:

—Ver estas cosas alegra el ánimo. Lo que hace el viejo siempre está bien hecho. Una mujer así bien vale un saco de oro.

Pagaron lo que habían apostado y se despidieron de los dos aldeanos con grandes muestras de contento.

SKIOLD, EL REY QUE VINO DEL MAR

Lo que cuenta la leyenda sucedió hace muchos años; allá en el fondo del tiempo.

Las temibles flotas de los vikingos cruzaban los mares del Norte en busca de aventuras, de lucha y de conquista. Las pequeñas islas del Báltico eran refugios y fortalezas para aquellos rudos y aguerridos marinos que arribaban a las bahías y saqueaban los pueblos y ciudades de las riberas.

Dinamarca, por aquella época, hacía tiempo que no tenía rey ni gobierno. En el continuo luchar con los vikingos, los señores se acostumbraron al pillaje y a la crueldad y esclavizaban a los medrosos campesinos y pescadores del bello país.

Un día, las gentes de la costa vieron aparecer, avanzando como una sombra, envuelto en la espesa niebla marina, un gran navío que venía de los mares del Norte. El barco se acercaba lentamente, hinchada la cuadrada vela bermeja; empezó a descubrirse, tallada en la proa, la enorme cabeza de dragón, y fuese mostrando, rojo como la ancha vela, el magnífico casco de cuaderna recia y firme.

Los pescadores vieron asombrados surgir de entre la bruma, adornado con guirnaldas y molduras, el barco fantasma que avanzó en silencio hasta varar en la arena.

Todos se apartaron para mirar de lejos. Nadie se veía en el navío misterioso. No se oía ni un grito ni una voz.

De tierras adentro, de las costas cercanas vinieron los hombres. Abandonados quedaron los arados y los rebaños, las redes y los pequeños barcos marinos. Todos venían a mirar el bajel silencioso. Jamás habían visto una nave tan soberbia. Jamás surgió nada igual de la bruma, pero ¡aquel silencio...!

Nadie se atrevía a acercarse. Por la noche reuniéronse todos. Se juntaron y hablaron con gran miedo. Habría que huir. Aquel barco estaría lleno de

enemigos bien armados. ¡Era un navío de vikingos! No tardarían en salir a robar y a incendiar las pobres aldeas.

Vigilando, temiendo el peligro, nadie durmió aquella noche. Al día siguiente, al amanecer, aparecieron muchos guerreros en la llanura. Venían envueltos en la nube de polvo que los caballos levantaban en su galope furioso. Llevaban brillantes cascos y recios escudos y armas, para luchar con el extraño barco de vikingos. Los señores enviaban sus mesnadas de hombres de fuertes músculos desnudos, de roja y larga cabellera, de rostros curtidos y fieros surcados de cicatrices hondas.

Los guerreros se detuvieron cerca de la nave misteriosa, sorprendidos ante la rica guarnición del casco y el dragón de proa revestido de placas de oro, con ojos de grandes y brillantes rubíes.

Mirábanse unos a otros y se preguntaban:

—¿De dónde habrá venido un barco tan hermoso y soberbio? ¿Habrá llegado de tierras sajonas, de Suecia, o de las misteriosas regiones del Este? ¿Quiénes son y qué pretenden sus ocupantes? ¿Por qué se esconden? ¿Se han visto forzados por el viento a llegar aquí y tienen miedo de encontrar adversarios fuertes y valerosos?

Los más atrevidos se acercaron cautelosos a la nave y gritaron:

—Quien quiera que seáis, dad la cara y aprestaos a luchar con los hombres de Dinamarca. ¡Bajad! La arena es buen campo de batalla; es blanda y embebe la sangre de las heridas. ¡Venid! No nos da miedo vuestra apariencia de vikingos.

En el bajel nadie respondió. Los guerreros daneses se enfurecieron. Lanzaron flechas, empuñaron las hachas de abordaje y saltaron la borda dando gritos de guerra. Pero en la nave no había enemigos. Tan sólo cerca del mástil, sobre una gruesa alfombra de seda, y recostado en un haz de mies dorada, dormía un niño pequeño y casi desnudo. Alrededor de este lecho había montones brillantes, como el botín de una fabulosa aventura: armas de oro, armas bruñidas, cuchillos de empuñadura de marfil con guarniciones de ágata y dientes de lobo, grandes y labrados escudos de bronce con adornos dorados y placas de piedras preciosas, cascos brillantes con alas y cimbras de oro y adornos de gemas, lanzas con el asta incrustada de nácar y el hierro afilado como la hoja del sauce, trompas y cuernos de

marfil llenos de joyas, copas y jarros cincelados, collares de esmaltes, sedas, esmeraldas, topacios...

Ante aquel tesoro los guerreros abandonaron las armas. Y, contemplando al niño recostado en el haz de mies dorada, entendieron que los dioses enviaban el navío a las tierras danesas como señal de prosperidad y de paz.

Los brazos fornidos de los rudos guerreros levantaron al niño y lo llevaron en triunfo por entre la multitud que gritaba de alegría. Ante el Consejo de señores, el enviado de los dioses fue proclamado rey de Dinamarca. Niño llegado del mar, rodeado de escudos; futuro escudo defensor del país... Y el niño fue llamado Skiold, que es lo mismo que escudo.

La fuerza, el valor y la nobleza de Skiold respondieron a las esperanzas del pueblo. Muy joven aun, era un cazador de los más bravo. Un día que, yendo con su séquito, se extravió por el bosque, se vió atacado por un oso enorme. Skiold no huyó; luchó cuerpo a cuerpo con la fiera, la redujo, la venció y la ató fuertemente hasta que llegaron sus acompañantes. A los quince años, al frente de su ejército, derrotó a los sajones y venció allí mismo, en el campo de batalla, al noble Skat que los mandaba. Después se casó con la hija del rey de los vencidos.

Toda la vida del rey Skiold fue un ejemplo de nobleza. Fue bueno y fue justiciero. Era temible para el enemigo y era generoso para sus súbditos. Sus juicios eran rectos, tanto para el poderoso como para el humilde.

Toda su larga vida la puso al servicio de su país.

Cuando el rey Skiold sintió que la vida se le acababa, llamó a los nobles de su corte y les dijo:

—Mirad, hijos míos: cuando se hayan cerrado mis ojos para siempre llevad mi cuerpo a la orilla del mar. Allí, en una ensenada, está varado todavía el bajel que me trajo de niño. Dejadme en él, desplegad la vela y confiadme a la mar y a los vientos. Quiero partir del mismo modo que llegué. He cumplido mi misión haciendo de un país miserable y dividido un reino unido y feliz.

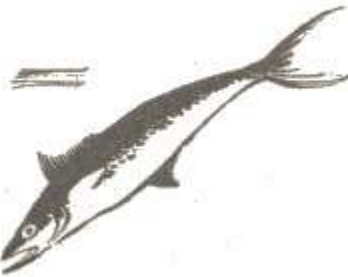
Murió el rey Skiold. Su cuerpo fue amortajado con ricos vestidos perfumados. Se le puso la corona real y, al cinto, la vencedora espada. Sus

guerreros lo alzaron en triunfo entre la multitud que lloraba a su rey y lo llevaron al mar, a la nave de la vela escarlata y casco pintado y brillante.

Allí, cerca del mástil, quedó el cuerpo del soberano. Y las gentes llegaron de todos los pueblos y aldeas trayéndole ricas ofrendas. Mujeres, guerreros, nobles, gentes humildes; todos traían lo máspreciado de sus riquezas: las lujosas armas cobradas en los botines de los combates, los collares, los anillos, las diademas de pedrería, los cofres de oro llenos de joyas y monedas doradas... Cascos, escudos, lanzas, cuchillos, arcos y hachas, trompas y cuernos de tallado marfil, anchas copas y bandejas de plata rebosantes de piedras preciosas; todo un tesoro de joyas alrededor del cadáver del rey. Y, en sus manos, la lanza guerrera y, bajo su cabeza, un haz de mieses recién cortadas.

Todo el pueblo miraba. Hubo un angustioso silencio. Fue desplegada la vela escarlata. Cien brazos fornidos empujaron la nave varada en la arena. Poco a poco, las olas la fueron meciendo apartándola de la costa.

En la mañana oscura de niebla, el soberbio navío del rey Skiold se fue alejando como una sombra, con rumbo a los mares desconocidos de donde los dioses lo habían enviado, y desapareció perdido en el horizonte, envuelto en la bruma espesa.





LOS PAÍSES DEL RIN

He aquí los países que se miran en las aguas del Rin y han oído la canción del río soñador de leyendas.

El agua purísima de los ventisqueros y los lagos suizos se escapa saltando y rompiendo todos los obstáculos que se oponen a su afán de aventuras.

Brinca alegre y rápida en sus primeras jornadas, se acerca después atrevida a escuchar los rumores misteriosos de la Selva Negra, húndese luego entre rocas gigantescas que le cuentan en las noches oscuras las proezas de los héroes y de los dioses y, en los días anchos de luz, refleja en su cristal las ruinas de castillos y torreones feudales entre la fronda de las riberas. Ya en las amplias llanuras busca curiosa las viejas ciudades que duermen y suenan bellas historias a la sombra de las catedrales, y canta la victoria del trabajo junto a las urbes encrespadas de chimeneas y trepidantes de martillos.

Cansada, va hacia el mar; hacia el descanso del mar por las campiñas holandesas entre praderas húmedas bajo cielo gris.

El Rin caudaloso, el Rin romántico, el Rin heroico, ha mecido en la gran cuna de sus riberas a generaciones de hombres esforzados, descendientes de aquellas primitivas tribus germánicas que allí acamparon y vivieron y confiaron al río sus bellas leyendas.

EL ÚLTIMO CABALLERO DE ALTENAAR

Brinca el río Aar entre guijarros, se desliza sereno a la sombra de frondosos bosques, corre por el llano, salta en los torrentes y entra en un valle estrecho bordeado de colinas. Uno de los cerros se acerca hasta la orilla del río. En sus pendientes rocosas y quebradas se alzan cubiertas de hiedra las ruinas del célebre castillo de Altenaar.

Hace ya mucho tiempo que fue abandonado el hermoso castillo. La raza de sus antiguos dueños y moradores se extinguió en una trágica acción guerrera y caballeresca.

Kurt de Altenaar, el último descendiente de la noble familia, era un caballero valeroso y amante de la libertad. Jamás toleró ninguna imposición que no cuadrara a su carácter digno y altivo.

Hubo una época en que los príncipes del país exigieron tributos, servicios y vasallajes excesivos a todos los nobles. Kurt, el caballero, se opuso enérgicamente a la injusticia despreciando las amenazas. Entonces los príncipes enviaron un ejército que sitiara el soberbio castillo.

Cerráronse las puertas de la fortaleza y todos sus hombres se aprestaron a una resistencia heroica. Silbaban las flechas y rodaban por las pendientes escarpadas las grandes peñas que lanzaban desde la altura. Los sitiadores eran rechazados siempre que se atrevían a trepar por aquellas rocas que hacían imposible el asalto.

El sitio se prolongó varias semanas. La falta de víveres llegó a ser el más terrible enemigo de los defensores del castillo.

Kurt de Altenaar veía acercarse el día en que tendría que distribuir entre sus hombres la última ración de pan. Después tendrían que rendirse o perecer.

El sitio se prolongaba sin que decayera el valor de los sitiados. En cambio, día tras día se iba debilitando el ánimo de los asaltantes ante la dificultad de apoderarse de aquella fortaleza cuya situación hacía casi

imposible todo intento de ataque. Los defensores eran valerosos e incansables.

Los príncipes adivinaban el desaliento de sus guerreros y temían ver estallar de un momento a otro la rebelión. Algunos de sus servidores y vasallos desaparecían huyendo de aquella guerra tan inútil como peligrosa.

El motín y la rebelión amenazaban desorganizar el ejército sitiador cuando, en una mañana tibia y luminosa, apareció sobre el torreón más elevado del castillo, montado sobre su corcel y armado de todas armas, el anciano Kurt de blanca cabellera.

La noble figura del caballero, su pálido rostro ensombrecido por el airoso penacho, su brillante armadura de acero, su brioso corcel blanco, daban al noble guerrero un aspecto imponente y magnífico. Todas las miradas se fijaron en él. Todos callaron sorprendidos. El valle quedó silencioso en la mañana luminosa y tibia.

Kurt de Altenaar extendió el brazo en un gesto solemne y dijo con poderosa voz.

—He aquí el último hombre y el último corcel de todos los que vivían en esta fortaleza. El hambre ha acabado con mis compañeros y con mis hijos. Pero todos han muerto dignamente, por amor a la libertad, odiando vuestra tiranía. Yo también he de morir como siempre he vivido: libre de toda esclavitud, como los verdaderos caballeros.

Y al decir esto, ya en el borde del torreón, clavó espuelas y dio un grito a su caballo. El noble animal se encabritó briosamente y se lanzó al espacio en un salto terrible.

Cayeron caballo y jinete despeñados por la pendiente escarpada, y rodaron destrozados hasta hundirse en las aguas del río, que se cerraron para siempre sobre el último caballero de Altenaar.

Ninguno de los sitiadores se atrevió a penetrar en la silenciosa fortaleza de los héroes. El horror de la escena les hizo huir de aquel valle espantoso. Y el castillo de Altenaar continuó altivo y solitario a través del tiempo, que ha cubierto sus ruinas con un manto de hiedra.

EL CASTILLO DE NIEDECK

Hace ya mucho tiempo. Era en aquellas lejanas, épocas en que las gentes contaban haber visto cosas maravillosas y seres sobrenaturales y misteriosos.

En aquellos tiempos dicen que vivió en el enorme castillo de Niedeck una familia de gigantes. Del castillo no quedan ahora más que las ruinas, pero en el pueblo próximo se guarda todavía la memoria de los antiguos moradores. Aún los hombres cuentan curiosas historias que oyeron a sus padres y a sus abuelos, y hablan de la fuerza y la estatura descomunales de aquellos gigantes que hacían vida retirada en su castillo, sin trato con los hombres, pero incapaces de hacerles el menor daño; tan bondadosos eran y dulces de carácter.

Todo el mundo recuerda en aquella comarca un noble rasgo de los antiguos castellanos de Niedeck, y cuando lo cuentan los campesinos, lo hacen con emoción y en homenaje a la memoria de sus antepasados.

Dicen que la hija, la única hija de los dueños del castillo, se alejó un día paseando por entre pinares y viñedos hasta una colina próxima desde donde se domina el pueblo y el valle partido en trozos de tierras labrantías.

La niña gigante, alta como los más altos pinos, se detuvo para mirar a unos extraños seres que se movían allá abajo arañando el suelo. Avanzó un poco más y descubrió que era un hombre que hundía en la tierra el arado siguiendo el tiro de la yunta de bueyes. Durante algunos momentos observó con curiosidad al hombre que labraba su campo. Aquello era desconocido para ella. Lo miraba como los niños miran el trajinar de las hormigas junto al hormiguero. Eran preciosas aquellas figurillas que se movían y hacían en la tierra unas rayas largas y juntitas. ¡Oh!, ¡qué lindo juguete! La niña gigante saltaba y palmoteaba de gozo. Las montañas temblaron y los valles se llenaron del pavoroso ruido de aquella alegría.

El buen labrador se detuvo aterrado. Los bueyes corneaban y mugían de espanto, y antes de que el campesino se diera cuenta de lo que ocurría, la

muchacha se acercó al hombre y a los bueyes y los recogió en el halda como si hubieran sido juguetes de niños.

Volvió al castillo la muchacha y fue contenta y alborozada a enseñar el hallazgo a sus padres.

—¡Mirad, mirad lo que he encontrado! No hay juguete más bonito que éste. ¿Verdad que es muy lindo? Es un juguete vivo. Vais a ver cómo se mueven y trazan líneas rectas y juntitas.

Y, mientras hablaba, puso al labrador y a la yunta sobre la mesa, grande como un tablado de fiesta y les empujaba para que trabajaran.

La niña dejó de hablar y de reír ante la mirada severa de sus padres.

El gigante de barba nevada dijo cariñoso y serio:

—¿Sabes bien, hija mía, lo que traes? ¿Tú sabes lo que has hecho? Este que tú llamas juguete es un hombre campesino. Lo has sorprendido cuando trabajaba la tierra para arrancarle los frutos que te alimentan a ti y hacen vivir a tus padres. Sin él no nos sería posible la vida. Ese humilde trabajador es el más útil de todos los hombres. Los demás pueden vivir gracias a su trabajo. Su esfuerzo es el más noble y abnegado. Ni la lluvia ni el frío ni el sol ardoroso lo apartan de la tierra a la que araña y cuida amorosamente. Todo trabajador merece respeto; y el campesino es el más trabajador de todos. No es un juguete, no, hija mía. Anda, llévalo con mucho cuidado, al mismo sitio de donde lo trajiste. Defiéndelo de todo mal. Y no olvides que el que no respeta y ama al campesino, el que lo hace víctima de su egoísmo, se atrae la maldición del cielo.

La hija de los gigantes pidió perdón con los ojos, cogió con mucho cuidado al labrador y a la yunta, y los llevó, mecidos en el halda, junto a los surcos recientes.

STAVOREN

Stavoren era, hace más de seiscientos años, la más rica de todas las ciudades mercantiles de Holanda. Su puerto era siempre un bosque de mástiles y jarcias de bergantines. De allí salían los barcos que surcaban todos los mares y regresaban cargados de los más bellos y ricos productos de todos los países.

Crecía la abundancia de Stavoren y aumentaban los palacios de mármol guarnecidos de oro. Había en la ciudad gentes humildes, pero era mayor el número de orgullosos potentados que derrochaban sus riquezas en magníficas fiestas donde se alimentaban la vanidad y el vicio.

Entre todos los ricos comerciantes de Stavoren, ninguno tan soberbio y opulento como la joven Richberta. Su numerosa flota mercante recorría los mares del mundo y volvía trayendo diamantes, perlas y oro de tierras lejanas. Las riquezas de Richberta se hacían incalculables. Su palacio era el más hermoso palacio de Stavoren y sus vestidos estaban cuajados de una maravillosa pedrería. En las fiestas todo lo disponía con el mayor brillo para asombrar a los invitados, y en sus banquetes no faltaban los manjares más valiosos y refinados. Así crecían los tesoros de Richberta como crecían su vanidad y su desprecio hacia las gentes humildes.

Un día, a la hora de una fastuosa comida a la que asistían numerosos invitados, se hizo anunciar un anciano que venía de lejanos países y quería admirar las riquezas de Richberta, de las que había oído hablar en las cortes de los reyes más poderosos.

Envanecida y contenta por aquella alabanza rogó Richberta al extranjero que ocupara un puesto en su mesa. El raro peregrino vestía a la manera oriental, manifestaba dignidad y nobleza en sus gestos y conservaba en su mirada firme una energía de juventud. Al acercarse a Richberta esperaba ver en su mano el pan y la sal que en su país se ofrece al viajero en señal de bienvenida, pero en aquella mesa llena de manjares raros y exquisitos no

había pan. Había abundancia de todo, entre flores y cristales, pero faltaba el alimento de los humildes.

Sentóse el huésped a la mesa y, al final de la comida, contó su vida errante por todos los países del mundo. Habló de maravillosas tierras lejanas, de las costumbres de los pueblos de Oriente, de sus propias aventuras en viajes larguísimos, de sus alegrías y sus tristezas entre las gentes más pobres y las más poderosas, de la vanidad de los bienes terrenos y de la imposible felicidad humana.

Todos los comensales estaban pendientes de la evocadora narración del misterioso huésped; todos menos Richberta que sólo esperaba oír la alabanza de sus riquezas. Cuando el viajero habló de la fastuosa corte de los reyes, comparó sus palacios y sus tesoros con los de Richberta, pero se extrañó de no encontrar en la abundante mesa del festín aquello que todo el mundo aprecia como el mejor y más necesario de todos los bienes.

El extranjero no dijo más. En vano se le preguntó con insistencia para que explicara el significado de sus palabras. Saludó con una reverencia y marchó sin que nadie volviera a saber nada de él.

La orgullosa Richberta no podía sufrir aquella incertidumbre. Poseía todas las cosas apetecibles, su palacio estaba lleno de todos los objetos preciosos y de todas las riquezas y manjares de la tierra y del mar. ¿Qué era aquello que le faltaba y que era considerado como el mejor de todos los bienes?

Muchos sabios y adivinos intentaron descubrir el enigma. Richberta se desesperaba. Había que encontrar aquel bien supremo.

La flota de Richberta se hizo a la mar con la orden de no volver sin haber explorado todos los mares y todas las tierras.

El viento hinchó las velas de cien barcos en largas travesías. Los cascos de los navíos llegaron a agrietarse y el agua salada del mar se mezcló con los víveres almacenados. Se perdieron podridos de salobre el pan y los sacos de harina. No bastaron después los buenos vinos, ni el pescado, ni las carnes curadas. La falta de pan se hacía insufrible. La tripulación pedía volver al puerto más próximo para hacer provisión de harina. El capitán de la flota comprendió entonces cuál era el mejor de todos los bienes. No era el

oro, ni los perfumes de Oriente, ni las ricas especias, ni las perlas del fondo del mar; era eso: el pan, el pan de cada día, alimento de pobres y ricos. Ya estaba descubierto el misterio de las palabras que el extranjero pronunció en el festín.

Con este pensamiento hizo rumbo hacia un puerto del Báltico. Cargó sus barcos del más duro y dorado trigo y volvió contento y alborozado a Stavoren.

—¡Richberta, mi ama Richberta!, aquí traigo un cargamento del máspreciado tesoro. Esto, el pan, es lo que faltaba en vuestra mesa. Oíd cómo llegué a descubrir lo que pensaba aquel viajero misterioso.

Richberta dejó hablar al capitán. Después ordenó con un gesto de cólera:

—Oye bien lo que mando. Prepara a tus hombres. Antes de que llegue la noche tu absurdo cargamento debe ser arrojado al mar.

En vano protestó y quiso explicar el capitán. En vano rogó a Richberta que no destruyera una riqueza que podía aliviar la miseria y el hambre de los pobres de la ciudad. Todo fue inútil. La preciosa carga fue arrojada al mar en presencia de una multitud de hambrientos que maldijo la maldad y la soberbia de Richberta.

El gran montón de semillas doradas se mezcló en el mar con el limo del fondo y bien pronto comenzaron a nacer tallos rectos y duros que crecían y crecían con fuerza. Del fondo del mar se elevaba como una amenaza un espantoso ruido de hervidero. La arena y el cieno se detenían entre el espeso bosque de tallos y formaban grandes montones como colinas. Creció el trigo hasta la superficie del agua y se formó delante de Stavoren un banco de arena como una barrera indestructible.

Quedó encerrado el hermoso puerto del Zuiderzee. Volvían los navíos y rondaban noches y días sin poder atravesar la muralla submarina y, poco a poco, las olas fueron destrozándolos contra el banco de arena.

Stavoren perdió rápidamente sus riquezas y su soberbia. El mar acechaba y, rugía deshaciendo su espuma blanca frente a las aguas en calma del antiguo puerto, hasta que, una noche de tempestad, rompió furioso la

barrera maldita y llegó hasta la ciudad socavándola y arrastrándola hasta el fondo sobre el lecho del trigal marino.

Las aguas del Zuiderzee cubren ahora el ancho valle donde estuvo Stavoren. Y, en los días de calma, los marinos se acercan temerosos a borda de los navíos para ver bajo el agua transparente los altos campanarios y los torreones y palacios de la ciudad sumergida.

TILL EULENSPIEGEL

Episodios tomados de una antigua leyenda popular alemana donde se narran las aventuras de un pícaro que debió de vivir por los siglos XIII y XIV. Imaginando y ennobleciendo la vida de este personaje legendario, el escritor flamenco Carlos de Coster escribió en 1876 una obra^[8] que está considerada como una de las mas bellas producciones del espíritu humano.

Voy a contaros algunos episodios de la vida de Till Eulenspiegel quien, según se dice en un libro antiguo, vivió y murió ya hace mucho tiempo. Fue Till un grandísimo pícaro de los que, derrochando ingenio en burlar a la gente, suelen vivir sin más trabajo ni preocupación que librarse de ser descubiertos y perseguidos por sus obras y males artes.

Nació Till Eulenspiegel en un pueblecito de Sajonia. Creció sano y robusto, y no tardó en dar muestras de una viveza y una astucia que eran el asombro de quienes lo conocían.

Tenía Till catorce años cuando se trasladó con su familia a un pueblo próximo a Magdeburgo donde al poco murió su padre. De allí en adelante pugnó la madre porque el muchacho sacara algún provecho del trabajo, pero así estaba dispuesto Till a la obediencia como a dejar sus aficiones de aprendiz de titiritero en las que consumía la mayor parte del día.

Una vez, como la parte trasera de su casa daba al río, sujetó una cuerda a la ventana que allí había y la ató a un árbol de la otra orilla. Cuando la cuerda estuvo bien tirante, aventuróse Till a pasar por ella de uno a otro extremo. Acudió mucha gente, y era una gran diversión ver al muchacho bailar sobre la cuerda con tal donaire y soltura. Llegó en esto la madre y queriendo apartar a su hijo de aquellos juegos con un escarmiento, subió al desván y cortó la cuerda que estaba atada a la ventana.

Cayó Till al agua dando unas vueltas en el aire y todos los que lo vieron, chicos y grandes, echáronse a reír haciendo burla y gritando:

—Buen baño, amigo Till. Con seguridad que ahora no tendrás calor ni ganas de volver a hacer el listo.

Algunos días después se supo por todo el pueblo que Till se proponía repetir sus ejercicios y, deseando pasar un rato de risa y diversión, fuéronse a presenciar la travesura no sólo los chicos, sino también los hombres y mujeres del lugar.

Balanceábase Till sobre la cuerda con tanta gracia, que todos le seguían con la boca abierta y los ojos fijos. En esto gritó Till:

—A ver, ¿quién me quiere dejar su zapato del pie izquierdo? Os voy a hacer un juego muy divertido.

Todos los muchachos se apresuraron a darle sus zapatos, tan embobados y contentos estaban, y cuando Till hubo reunido cuarenta o cincuenta, ensartólos en una cuerda y los tiró entre el grupo de curiosos diciendo:

—A ver si vosotros sois listos. Que cada cual coja el suyo.

Precipitáronse todos en busca de sus zapatos, y tantos había y tan aprisa quisieron recobrarlos, que bien pronto se hizo un montón de gente que se los disputaba a gritos y a golpes.

Escapó Till por la ventana del desván muy satisfecho y contento sin pensar en el castigo que su madre le preparaba. Cuatro semanas que le parecieron siglos estuvo encerrado en un cuarto oscuro y, al salir de su encierro, por cobrarse de la libertad que le habían quitado, decidióse a correr mundo convencido de que el pueblo era pequeño para sus aventuras.

Así lo hizo y, después de haber dejado buena memoria de sus burlas y fechorías en varios lugares, encaminóse al principado de Anhalt, donde el príncipe lo tomó a su servicio poniéndole de centinela en la atalaya del castillo.

Olvidáronse un día los criados de llevarle la comida, y aquel mismo día penetraron fuerzas enemigas en el patio de la fortaleza robando buena cantidad de ganado. Till siguió tranquilamente en su puesto viendo cuanto se hacía y sin la menor intención de dar la señal de alarma.

Consiguió el Príncipe con sus guerreros rechazar a los saltadores rescatando todo lo robado y, al volver al castillo, se dirigió a Eulenspiegel que miraba distraídamente por la ventana y le dijo:

—¿Qué haces ahí, insensato! ¿Cómo no has dado la voz de alarma?

—Alteza —respondió Till—, como tengo el estómago vacío, me da miedo soplar en este cuerno que me habéis dado. Hace un ruido muy fuerte

para un estómago tan hueco y me produce una dolorosa resonancia.

Pusiéronse después a comer los caballeros con el Príncipe en un abundante banquete que se hizo para celebrar el triunfo, y cuando más atareados estaban sirviéndose de los mejores platos, dio Till los tres toques en señal de peligro y, en oyéndolos, dispusiéronse todos a tomar las armas, dejando tan solitarios el comedor y la bien provista mesa, que no le fue difícil a Till conseguir lo que se proponía, pues bajando a saltos callados de su torre se embolsó una buena parte de los más sabrosos manjares y volvió tranquilamente a su puesto.

Encolerizado el Príncipe al notar el engaño despidió al bribón, el cual se puso inmediatamente en camino, mas como se sintiera cansado decidióse a comprar un caballo. Encontró en un mercado uno que supuso sería muy barato por lo viejo y maltratado que estaba, pero el dueño era un chalán listo y poco aprensivo que, pretendiendo vender con engaño, le pidió por él veinticuatro florines.

—Está bien —dijo Till—, te pagaré ahora mismo doce florines, y los otros doce te los quedaré a deber.

Aceptó el chalán, y Eulenspiegel pagó los doce florines y se quedó con el caballo.

Tres meses después quiso el chalán cobrarle lo que en promesa le adeudaba, a lo que respondió Till como extrañado:

—¿No convinimos en que esa cantidad te la quedaría a deber? Pues por eso mismo no debo pagarla.

Enojóse el otro, discutieron ambos y fuéronse al juez ante el cual Till se negó a pagar cantidad alguna diciendo:

—Yo le compré el caballo con la condición de pagarle doce florines al contado y adeudarle los otros doce. Si yo se los pago ahora, bien claro está que ya no se los adeudaré; y esto no es lo tratado. Yo soy un hombre de honor y debo respeto a mi palabra.

Aprobó estas razones el juez, y Till jamás pagó su deuda.

Tras otras no menos ingeniosas burlas y aventuras por aquel país, acabó Eulenspiegel por arribar a la corte del príncipe de Hesse.

—¿Quién eres? —le preguntó el Príncipe.

—Yo, Alteza, soy un gran artista. Pintor de tanto mérito no hallaréis en todo el reino.

—Quédate, pues, para decorar las paredes de nuestro salón con pinturas que representen la historia de nuestros antepasados.

Eulenspiegel reclamó a cuenta de la obra cien florines con que comprar colores y pagar a unos hombres que le ayudasen, e impuso la condición de que nadie había de entrar en la sala mientras durasen los trabajos.

Cuando Till estuvo solo con sus ayudantes en el salón donde habían de hacer las maravillosas pinturas les dijo:

—Amigos, es llegada la hora en que comencemos nuestro descanso. Podéis dormir cuanto os plazca, que aquí no tenemos que hacer sino dejar pasar el tiempo. Nadie hable de trabajar.

Pasaron varias semanas en que nada se hacía en la sala del palacio si no era descansar y comer los abundantes y ricos manjares que allí entraban por orden del Príncipe, cuando llegó éste un día con deseos de contemplar la obra del gran artista.

—Alteza —díjole Eulenspiegel—, vuestros deseos son órdenes para mí, mas he de advertiros de una rara y alta condición que tienen mis pinturas, y es que no se dejan distinguir a la vista de aquellos que hubieran mentido en alguna ocasión de su vida.

El Príncipe pensó en las mentiras que pudiera haber dicho, pero creyó que, siendo escasas y de poca monta las qué recordaba, no se le había de conocer con aquello su culpa.

Llegaron a la sala y, Eulenspiegel, con grandes precauciones, levantó unas cortinas que para defensa y cuidado de las pinturas cubrían las paredes. El Príncipe abrió más y más los ojos llenos de asombro, pues no veía sino la pared limpia y blanca, mas guardóse bien de declarar sus dudas por miedo a que se le tachara de embustero.

Eulenspiegel se complacía en señalar al Príncipe las maravillas de su obra:

—Mirad, señor: este hombre de gran estatura y gallardo porte es el primer príncipe de Hesse, vuestro ilustre antepasado. Esta dama que está a su lado es su esposa, una hija de la noble casa de Baviera. Este mancebo apuesto que veis aquí es su hijo. Este es el padre del ponderado príncipe

Guillermo... Como veis, están aquí todos los antepasados de vuestra Alteza retratados con singular maestría. Sólo espero el parecer y la aprobación del Príncipe, mi señor.

El Príncipe, azorado y confuso, no sabía qué responder, pero temeroso de exponerse a la crítica de aquel extranjero, dijo al fin:

—Tus pinturas no me disgustan, pero quiero que las vean personas entendidas que las aprecien en su justo mérito.

Pensó el Príncipe en repetir la experiencia haciendo que sus ministros fueran a ver aquellas que a él le parecieron paredes blancas y sin pintura alguna, pues así tendría ocasión de comprobar la sinceridad o falsía de los cortesanos, mas cuando Till se enteró de este proyecto dijo a sus ayudantes:

—Amigos, que cada cual huya de aquí antes de que el engaño se descubra y tengamos que pagar a mal precio lo que hicimos y lo que dejamos de hacer.

No aguardaron otras razones los demás culpables, y todos desaparecieron sin dejar rastro.

Dirigióse Eulenspiegel a la ciudad de Praga donde se dispuso a vivir de la misma manera que hasta entonces vivía, y, en llegando, se hizo anunciar como un gran sabio conocedor de todos los misterios del mundo y de las ciencias todas.

Un tanto molestos por tal soberbia reuniéronse todos los profesores de la ciudad y trataron de confundir al vanidoso sabio que pretendía poseer la más alta sabiduría. Una, vez convenidos avisaron a Till Eulenspiegel para que compareciera en la Universidad donde se le invitaba, para comprobar su ciencia, a responder públicamente a las cuatro preguntas que se le hicieran.

Presentóse Till al día siguiente en la Universidad y, después que se hubo sentado en un sillón ante la asamblea de profesores y gran número de personas, el venerable rector dirigiéndose a él, le dijo:

—Responded, ilustre sabio, a esta primera pregunta: ¿qué cantidad de agua hay en el mar, gota más o menos?

—Honorable maestro —respondió Eulenspiegel—, haced que los ríos detengan su curso y no aumenten el agua que haya en este momento para que yo pueda medirla exactamente.

El rector, un poco confuso, hizo entonces la segunda pregunta:

—Decidnos dónde está el centro de la superficie terrestre.

—El centro de la Tierra está precisamente aquí donde yo estoy sentado. Si no lo creéis podéis medir con una cuerda, y si me equivoco en una pulgada confesaré mi error.

El rector no supo qué decir ante esta respuesta, e hizo la tercera pregunta:

—Decidnos ahora cuál es exactamente la distancia que hay desde la Tierra al cielo.

—No hay mucha distancia —dijo Till—. Desde el cielo se oye muy bien a uno que grite desde aquí abajo. Para probarlo suba vuestra merced y verá cómo me oye cuando yo lo llame.

Contuvo su rabia el rector, e hizo a Till la última pregunta:

—Decidme cuánto mide la bóveda celeste.

Eulenspiegel respondió inmediatamente:

—¿El cielo? El cielo tiene mil toesas de largo y mil codos de ancho. Si no lo queréis creer quitad el Sol, la Luna y las estrellas y medidlo vos mismo. Ya veréis cómo no me equivoco.

Diose por vencido el rector, y todos quedaron muy corridos mientras Eulenspiegel salía de la Universidad pasando gravemente por entre los sabios profesores.

Mucho crecía su fama con su triunfo, pero temiendo que los sabios quisieran vengarse de su fracaso, abandonó la ciudad de Praga y se dirigió a Nuremberg donde se hizo pasar por un famoso médico.

Estaba por aquel tiempo el hospital tan lleno de enfermos, que no eran bastantes los médicos de la ciudad para atenderlos. En esta situación, el director del hospital recurrió al sabio Eulenspiegel, el cual prometió curarlos a todos en un momento a cambio de doscientos florines.

Aceptó el director, y cuando Till estuvo ante los enfermos, fuese acercando a cada uno de ellos y, al tiempo que los observaba y palpaba, les iba diciendo al oído:

—No digáis a nadie lo que os voy a confiar. Pienso sanaros a todos de vuestros dolores, mas para ello es preciso que sea quemado uno de vosotros cuyas cenizas serán vuestra única medicina. Para salvar a los demás he de

sacrificar a uno, y éste ha de ser el que más enfermo esté. Cuando yo dé una voz diciendo que se levanten y salgan de la sala los que no estén enfermos, daos prisa a marchar, pues aquel que se quede el último, será el elegido para el sacrificio.

Al día siguiente presentóse Eulenspiegel en el hospital, y cuando hubo dicho lo que todos esperaban, fue de ver la prisa con que los enfermos, saltando unos por encima de otros y como mejor podían, salieron a la calle gritando que se sentían curados como por milagro.

Quedó maravillado el director, el cual pagó a Till la suma convenida, pero al cabo de tres días, sin que pudieran resistir más, volvieron todos los enfermos al hospital pidiendo a gritos el cuidado de los médicos.

Marchóse Till de aquella ciudad antes que se descubriera el engaño, y algo cansado de su azarosa vida, pensó que seria bueno cambiar de conducta aficionándose al trabajo. Hecho este pensamiento dedicóse a probar distintos y muy variados oficios en todos los pueblos por donde pasaba, pero era tal su afición a la burla y el engaño, que no hubo sitio de donde no saliera perseguido y amenazado.

Yendo camino de Colonia detúvose Till en una venta donde permaneció unos días para tomar descanso. Como llegase una mañana la hora de comer sin que la comida estuviese preparada, enojóse mucho Till por el hambre que tenía y por lo mucho que había de esperar.

Advirtió el ventero su enfado y le dijo:

—Quien no tenga paciencia para aguardar como es debido, puede comer en buena hora lo que haya a la mano.

Con esta advertencia sentóse Till a la mesa y comió un trozo de pan seco, tras de lo cual fuese junto al fuego y se puso a velar la olla hasta que el guisado estuvo a punto.

Cuando todos los de la casa se sentaron a comer, Till permaneció en la cocina sin moverse, y el ventero le gritó:

—¿No queréis venir a la mesa?

—No —contestó Eulenspiegel—, con el olor de la olla he quedado satisfecho.

Terminada la comida, cobró el ventero lo que a cada huésped correspondía y se dirigió a Till para que le pagara su parte.

—¿Cómo, señor ventero? —exclamó Till—. ¿Acaso he de pagaros lo que no he comido?

—Nada de excusas —añadió el ventero—. Pagad vuestro escote puesto que os habéis hartado con el olor de mi comida.

Sacó entonces Eulenspiegel una moneda de plata, la sonó contra el suelo, y volviéndola a guardar, dijo al ventero:

—Señor, ¿habéis reparado en el sonido de esta moneda?

—Sí, y a fe que parece de buena plata —contestó el ventero.

—Puesto que la habéis oído sonar —añadió Till— cobraos en el sonido el olor de vuestro guisado.

Todas las reclamaciones fueron inútiles, y Till emprendió aquel mismo día el camino de Magdeburgo.

Dícese que, tras mucho rodar por el mundo, llegó Till a atraerse la simpatía de algunos grandes señores que, protegiéndolo, hicieron de él un gentilhombre.

No era todavía viejo cuando se sintió enfermo y decidió volver a su tierra natal, pero en una ciudad próxima a su pueblo agravóse su enfermedad y se hizo llevar al hospital desde donde avisó a su madre para que viniera cerca de su hijo moribundo.

Púsose la anciana en camino, y llegó a tiempo de abrazar a su hijo, el cual le dio en secreto una caja que contenía todo el caudal que había reunido.

Pocos días antes de su muerte Till hizo testamento en el que mandaba que sus bienes, guardados en una caja igual a la que dio a su madre, fueran repartidos entre sus familiares, sus amigos y el clero.

Cuatro semanas después de su muerte fue abierta la caja donde se guardaba la herencia, no encontrándose en ella sino una gran piedra que por su peso había hecho pensar en la cuantiosa riqueza que allí se guardaba.

Con esta última burla tomaron mucha rabia todos los que esperaban enriquecerse con la herencia, y renegaron de Till y se arrepintieron del lujoso entierro que le habían hecho con flores y llantos y acompañamientos hasta el cementerio, donde sucedió algo extraño y extraordinario.

Al momento de ser bajado a la fosa el ataúd, rompióse una de las cuerdas que lo sujetaban y cayó verticalmente a la sepultura.

—¡Dejadlo así! —dijo un hombre—. Ya que no ha vivido como los demás dejadlo también descansar en la muerte de un modo distinto.

Hízose así y en su tumba se escribió esta inscripción:

NADIE LEVANTE ESTA LOSA
AQUÍ DESCANSA, DE PIE,

TILL EULENSPIEGEL

ANNO DOMINI MCCCL

ISLAS BRITÁNICAS

Niebla. Lluvia. A veces, un sol tibio y pálido.

La niebla espesa cubre las montañas redondas, se pega a las llanuras verdes y envuelve a las grandes ciudades de altas chimeneas y a las aldeas rodeadas de prados.

Las Islas Británicas fueron en otro tiempo país de dulce vida campesina, de anchas selvas donde el espeso ramaje de los robles cobijó a los valerosos aventureros que recuerda la leyenda, de praderas que presenciaron los torneos caballerescos.

Islas de anchos horizontes marinos a los que se lanzaron intrépidos navegantes, en naves que empujó el viento y el afán de aventura y de conquista.

Todavía el pueblo inglés rinde culto a las tradiciones y a la vida serena y sencilla, aunque muchos de los antiguos pueblos campesinos se han tornado grandes ciudades industriales, y todo el país es un trajinar de hombres trabajadores, fuertes, emprendedores, enérgicos, que han hecho de la nación inglesa una de las más ricas y poderosas.

WILLIAM DE CLOUDESLEY

La ciudad de Carlisle está rodeada de murallas. En otro tiempo había cerca de la ciudad un bosque grande y espeso donde el Rey hacía cuidar de sus rebaños de gamos y corzos.

Los servidores del Rey perseguían con rabia a una banda de intrépidos cazadores que vivían siempre en el bosque, enamorados de la aventura y la libertad, y dirigidos por tres valientes arqueros: Adam Bell, Clym y William de Cloudesley.

Todos se sentían felices en la maravillosa libertad del bosque. Sólo William tenía familia, Su esposa Alicia vivía con sus tres hijos en una casita de la ciudad de Carlisle.

El valeroso William sintió deseos de ver a su esposa y a sus hijos después de una larga ausencia. Avisó a sus compañeros y púsose en camino dispuesto a llegar a su casa y a tornar al bosque a la mañana siguiente, desafiando el peligro de ser capturado por los vigilantes soldados del sheriff.

William entró en la ciudad siendo ya noche oscura. Llegó a su casa y llamó a la puerta calladamente. Su esposa Alicia abrió sorprendida y miedosa de los hombres del sheriff que vigilaban siempre. Los niños miraban con asombro a su padre. Toda la casa se llenó de alegría aquella noche.

Alguien advirtió la presencia del cazador. El sheriff no tardó en enterarse. Antes de amanecer estaba todo el pueblo en pie, obligado a ayudar al sheriff y al juez en la captura del aventurero. Los soldados del Rey odiaban al cazador. Los hombres del pueblo lo admiraban y le tenían simpatía.

William oyó pasos de gente armada. Rápidamente subió con su esposa y sus hijos a una habitación del piso alto. Por una estrecha ventana vio a los soldados que sitiaban la casa. La mañana se iba abriendo clara y llena de voces.

William no sintió miedo. Había traído un buen puñado de flechas y estaba dispuesto a resistir. Por la estrecha ventana vio al juez y al sheriff, sus dos enemigos. Apuntó con su arco. El arco se curvó fuertemente. Silbó la flecha y fue a romperse contra el pecho del juez, protegido por la cota de mallas.

—Ríndete, William de Cloudesley —gritaron desde fuera.

La valerosa Alicia respondió briosamente:

—Mi marido no se rinde. No es un cobarde como vosotros.

Las flechas de Cloudesley eran terriblemente certeras. Algunos de los sitiadores cayeron heridos.

El sheriff, lleno de rabia, mandó prender fuego a la casa, sin compasión para la mujer y los niños.

La casa empezó a arder. Las llamas llegaban ya a la habitación donde los pequeños lloraban de miedo.

William cesó de disparar. Rápidamente cogió unas sábanas de tela resistente y las ató como una cuerda. Alicia y sus hijos pudieron descolgarse por la ventana. Cuando estuvieron a salvo, William gritó:

—Sheriff, os confío mi esposa y mis hijos. Dirigid contra mí vuestra venganza, pero a ellos guardaos de hacerles el menor daño.

Después continuó entre las llamas disparando hasta la última flecha. Ya no era posible resistir más. La casa amenazaba hundirse.

William de Cloudesley, acosado como una fiera, se lanzó de un salto desde la ventana. Arrojáronse sobre él los soldados y fuertemente atado, lo apresaron en un calabozo.

El sheriff dijo:

—William de Cloudesley, mañana a primera hora serás colgado en la plaza pública. Las puertas de la ciudad no se abrirán hasta después de tu muerte. Ahora no esperes que vengan a salvarte tus compañeros.

Al día siguiente, al apuntar el alba, toda la ciudad estaba en la plaza pública. Al soldado que guardaba las puertas de la ciudad se le ordenó que no las abriera sino por mandato superior.

Un pastorcillo que no pudo sacar su rebaño preguntó a un hombre del pueblo el nombre del condenado.

El hombre dijo:

—Es el noble y valiente William, que no ha hecho otro daño que cazar y vivir en los bosques del Rey. Es una injusticia condenarle por eso en nombre del soberano.

El pastorcillo conocía a William. Se habían hecho amigos en el bosque. Pensó un momento y después trepó por la muralla y saltó al campo sin que lo viera. Corrió con todas sus fuerzas. Llegó al campamento de los cazadores y contó lo ocurrido.

Adam Bell y Clym cogieron sus armas y corrieron hasta las puertas de la ciudad.

Clym tuvo una idea feliz:

—Vamos a presentarnos como mensajeros del Rey. Así se nos abrirán las puertas.

Adam Bell imitó la escritura y el sello del rey en un pliego que después dobló como una orden.

Los dos compañeros llamaron con recios golpes a las puertas de la ciudad y se anunciaron como enviados que traían de palacio una orden urgente para el juez.

Abriéronse las puertas, y el guardián se arrodilló al ver el sello real.

Rápidamente, Adam y Clym cayeron sobre el soldado y lo encerraron, fuertemente atado, en una celda próxima. Después corrieron a la plaza pública.

La multitud contemplaba los preparativos para la ejecución. William de Cloudeley estaba allí, en medio de la plaza, fuertemente ligado con cuerdas. William divisó a sus fieles amigos. Los dos apuntaban, con la flecha en el arco, al juez y al sheriff que se destacaban a caballo entre la multitud.

Vibraron los arcos, silbaron las flechas, y el juez y el sheriff cayeron al suelo mortalmente heridos.

Hubo un momento de asombro y confusión que aprovecharon los dos arqueros para acercarse a su compañero. Cortaron sus ligaduras y William se armó con el hacha de uno de los soldados.

Los tres cazadores se dispusieron a resistir a la ciudad entera. Uniéronse para la defensa de modo que, tocándose sus espaldas, daban siempre frente

a la multitud que los atacaba. Los valerosos aventureros disparaban sus flechas mientras retrocedían paso a paso hacia la puerta de la ciudad.

Agotadas las flechas, brillaron las espadas. Las fuerzas de los tres rebeldes se agotaban. Un último esfuerzo desesperado, y ganaron la salida. Cerraron la gran puerta con la llave que quitaron al guardián y partieron veloces hacia el seguro refugio de los bosques donde siempre habían vivido y luchado por conservar su libertad.

Caminaban los tres compañeros a la sombra de los grandes árboles, comentando el peligro de su aventura, cuando oyeron un murmullo y unos lamentos que salían de la espesura cercana. Separando el ramaje, acercáronse al sitio donde las quejas se oían y descubrieron a la valiente Alicia y a sus hijos que también habían huido al bosque. Hubo un alboroto de alegría. Adam Bell y Clym trajeron abundante caza y allí mismo se preparó la comida con que reparar las fuerzas ya agotadas.

En el descanso y la conversación junto al fuego, dijo William:

—Creo que deberíamos marchar inmediatamente a Londres para solicitar el perdón del Rey, antes que le lleguen noticias de Carlisle. Tengo confianza en que lo obtendremos. Yo dejaré a mi Alicia y a mis hijos más pequeños en un convento próximo, y llevaré conmigo a mi hijo mayor para que él pueda traer a su madre las noticias de nuestra suerte.

Preparáronse los tres arqueros. Dispúsose también aquel hermoso niño de siete años y partieron para Londres.

Tras varias jornadas de penoso andar, presentáronse en palacio e hiciéronse anunciar como cazadores de los bosques del Rey, que venían a demandar su perdón.

Recibiólos con mal talante el soberano y, cuando supo sus nombres, mandó furioso que fueran encarcelados para que pagaran con sus vidas sus fechorías.

La simpatía y la nobleza de los cazadores hicieron que la Reina se compadeciera de ellos y pidiera al Rey el perdón para los tres.

Accedió el Rey a perdonarlos por amor a su esposa, cuando llegó un emisario con una carta donde se explicaba lo ocurrido en Carlisle y la hazaña llevada a cabo por aquellos tres hombres que habían hecho frente a la ciudad entera.

Asombrado y furioso ante aquella proeza imposible, mandó el Rey a sus arqueros que salieran al campo de tiro para probar la destreza de los aventureros.

El ancho campo se llenó de gente. Los soldados miraban con desprecio a los tres cazadores.

Los arqueros del Rey y los tres compañeros disparaban sus flechas sobre los blancos.

William de Cloudesley dijo en alta voz:

—Esto parece un juego de niños. Yo no llamaré jamás un buen arquero a quien se contenta con acertar a esos blancos tan grandes como escudos de guerra. Eso lo hace cualquiera.

—Elige el blanco que tú quieras —dijo el Rey—. Veamos de lo que eres capaz.

William de Cloudesley dijo con voz firme:

—Por el honor de los arqueros de mi país intentaré lo que nadie haya intentado. He aquí a este niño. Es mi hijo. A cuatrocientos pies de distancia partirá mi flecha una manzana que pongáis sobre su cabeza^[9].

—La tentativa es de lo más atrevida —dijo el Rey—. Si no la llevas a cabo pagaréis con vuestra vida tú y tus compañeros.

William se dispuso a cumplir su palabra.

El niño, con los ojos vendados, fue atado a un poste de madera clavado en el suelo. Una manzana se sostuvo en su linda cabeza rubia.

Cloudesley se apartó cuatrocientos pies. Puso en su arco la flecha más larga y más recta. La multitud lo miraba con angustia. Las mujeres lloraban de emoción.

Cloudesley dirigióse al pueblo y dijo:

—Ciudadanos, que nadie se mueva ni turbe mi serenidad. ¡Rogad por mí!

En medio del silencio, el arquero afianzó sus pies, apuntó, silbó la flecha y la manzana cayó partida en dos trozos iguales.

La multitud estalló en un grito de júbilo. Todos aplaudían con alegría. El Rey impuso silencio y dijo:

—Te concedo el perdón, William de Cloudesley. Desde ahora te nombro guarda mayor de mis bosques si es que prefieres vivir con tus compañeros

bajo mi protección.

Los tres valerosos amigos prefirieron seguir viviendo su vida de libertad y aventuras en los frondosos bosques de robles centenarios.

GERIÁN, EL CABALLERO

(Siglo XIII)

Seguida de una de las damas de la corte, paseaba la esposa del rey Arturo por los alrededores del castillo. Atravesaron, cabalgando, el puente sobre el río y se alejaron en el campo verde de prados y de árboles.

Detúvose la Reina al oír el galope largo de un caballo que en la misma dirección venía, y bien pronto presentóse ante ella un joven caballero de noble porte, con amplia capa de raso y espada de pomo de oro.

—Bien venido, caballero Gerián —le dijo la Reina—. No pensaba encontrar tan agradable compañía. Venid, que hoy llegaremos hasta el lindero del bosque.

Detuviéronse antes de llegar, al ver que, por entre los árboles, venían al paso lento de sus caballos un hombre gordo y enano, una dama que vestía túnica y brocado de oro y un caballero de aspecto imponente con una armadura pesada y brillante.

Mandó la Reina a su dama de honor que preguntara al enano el nombre de su amo, el caballero, y al preguntar la dama cortésmente, respondió el enano:

—Nada he de deciros, pues no sois digna de acercaros a mi señor.

Quiso la dama dirigirse al desconocido caballero, pero el enano se interpuso y le azotó el rostro con la fusta.

Dispuesto Gerián a castigar la villana acción, echó mano a su espada, pero se detuvo considerando indigno vengarse en aquel hombrecillo despreciable. Entonces pidió licencia a la Reina para seguir a los desconocidos hasta donde pudiera encontrar ocasión de vestir una armadura y castigar al descortés caballero.

—Id —dijo la Reina—. En la corte esperamos vuestro regreso con impaciencia.

Siguió Gerián a los desconocidos y, después de vadear el río Usk, llegaron a una ciudad a cuyo extremo se elevaba un soberbio castillo. Por

donde pasaba el caballero de la pesada armadura con su dama y su enano, las gentes se levantaban y hacían muchas reverencias y saludos. Las casas y las ventanas estaban adornadas con pintados escudos y flotantes banderas. En todas las armerías había hombres ocupados en afilar espadas, aguzar lanzas y bruñir cascos y armaduras.

El enano, la dama y el caballero entraron en el castillo por entre dos filas de guerreros que salieron al verlos llegar.

Quedó Gerián pensativo sin saber adónde dirigirse, y viendo un antiguo castillo en ruinas que estaba un poco apartado, encaminóse allí para pedir albergue durante aquella noche.

Viéndolo llegar, salió a recibirlo un anciano de barba y cabellos nevados, de noble presencia a pesar de sus viejos vestidos, que ofreció al caballero con frases corteses un modesto alojamiento.

Bajó Gerián del caballo en el patio rodeado de ruinas. Se adivinaba que allí había habido un hermoso castillo. Aun se veían algunos muros y arcos agrietados, algunos torreones y almenas derruidos y cubiertos de la hiedra. Sólo quedaban en pie unas habitaciones que constituían la pobre vivienda.

Condújolo el anciano ante su esposa y su hija Enid, sencillamente vestida, que a Gerián le pareció la más bondadosa y bella de todas las mujeres.

El anciano dijo a Enid:

—Cuida del caballo de nuestro huésped y haz que al caballero le sea grato nuestro pobre hogar.

Hízolo así la doncella y todo lo dispuso con mucha gracia y desenvoltura.

Preparada la cena, sentáronse a la mesa servida por la bella Enid, y después que hubieron comido, Gerián explicó su profesión de caballero y su parentesco con el rey Arturo, tras de lo cual mostró curiosidad por saber a quién pertenecía aquel castillo ruinoso.

—Esta —dijo el anciano con tristeza— es la última de mis propiedades; la única que conservo. Mi sobrino, ¡el malvado!, me hizo la guerra y me despojó de todos mis bienes. Yo soy el conde Yniol. Ahora me veo por su perfidia reducido a la mayor pobreza.

—Señor —preguntó Gerián—, ¿quién es el caballero que con su dama y su enano ha llegado al castillo, y qué es lo que se prepara en esta ciudad tan engalanada?

—Es que mi sobrino, el conde traidor, el que habéis visto entrar en el castillo, ha organizado un torneo que ha de celebrarse mañana en un gran llano que se divisa desde aquí. En medio del campo se hincará una lanza que sostendrá en su extremo un halcón de oro, premio al vencedor. Todos en la ciudad preparan armas y caballos, mas no podrá tomar parte en la lid quien no vaya acompañado de su dama. Ese malvado que habéis visto llegar hoy a la ciudad ha conquistado ya por dos veces el halcón de oro y si mañana llega a triunfar nuevamente, conquistará el nombre de Caballero del Halcón.

—Señor —dijo entonces Gerián—, yo tengo que vengar la injuria que vuestro sobrino me ha inferido y ha inferido a la Reina. Así, yo os ruego que me prestéis vuestra armadura y me permitáis en el desafío usar el nombre de vuestra hija Enid a quien, si salgo vencedor, amaré mientras viva.

—Me dais una alegría inmensa —dijo el anciano—. Mañana al salir el Sol tendréis dispuestos mi armadura y vuestro caballo. Mi hija y yo os acompañaremos.

Preparóse a la mañana siguiente el, caballero Gerián y, de hierro vestido, ciñó la espada, montó a caballo, embrazó el escudo y empuñó la lanza para dirigirse al torneo.

Cuando llegarán al campo, el caballero del castillo, seguro de su victoria, indicaba a su dama que cogiera el halcón de oro, premio al vencedor, pero en aquel momento se interpuso el caballero Gerián y dijo:

—No os pertenecerá el halcón de oro hasta que no hayáis luchado conmigo, caballero traidor. Yo he de venceros y habéis de proclamar que mi dama es la más hermosa.

Al decir esto, Gerián se dirigió al galope de su caballo hacia el extremo del campo, dispuesto a la lucha.

El descortés caballero estaba furioso.

Los dos enemigos se lanzaron uno contra otro en un duro combate. Por tres veces se rompieron las lanzas y por tres veces el anciano conde Yniol y

el repugnante enano tendieron nuevas armas a los adversarios. Por fin el anciano dijo a Gerián:

—Valeroso Gerián, he aquí la lanza que yo recibí en mi juventud cuando me armaron caballero. Ha resistido numerosos combates sin romperse.

Dispuesto a conseguir la victoria, lanzóse Gerián contra su adversario, con tanto brío, que le rompió el escudo y dio con el traidor en tierra.

Descabalgó Gerián y se entabló un duelo en que las espadas chocaban con recios y furiosos golpes.

Acercóse cuanto pudo el anciano Yniol y dijo:

—Acuérdate, caballero del rey Arturo, de la ofensa que recibiste.

Puso entonces Gerián todo su vigor en el ataque y de un terrible mandoble rompió el casco del contrario quien cayó al suelo vencido y pidiendo clemencia.

Gerián dijo:

—Te perdono la vida a condición de que te presentes ante la Reina y le pidas perdón por tu ofensa. Los caballeros de la corte dirán el castigo que mereces.

Todos los guerreros del traidor conde y todos los caballeros de la ciudad rindieron homenaje al vencedor, que volvió con el anciano y su familia al arruinado castillo engalanado con flores e iluminado con antorchas.

El Conde vencido presentóse allí para que Gerián dispusiera de él.

Gerián dijo:

—Mañana regresaré al país de donde vine e iré acompañado de Enid, que ha de ser mi esposa, pero antes has de restituir al conde Yniol todos los bienes que le usurpaste.

Así se hizo antes de la partida de Enid y Gerián hacia la corte del rey Arturo.

FRANCIA

Francia brumosa del Norte. Francia soleada del Sur. Bajo el cielo de nubes y el limpio cielo luminoso, la tierra francesa, de anchas llanuras húmedas, va subiendo despacio, en suave pendiente, hasta los picachos nevados.

El suelo fecundo de Francia, verde de prados, de huertos y de bosques, aparece surcado por ríos mansos que reflejan las torres afiladas y acarician la dulzura del vivir campesino.

Llanuras de praderas, campos bien cultivados, suaves colinas, clima templado. El hombre francés siente y ama el paisaje de esta hermosa tierra, en la que, a través de los tiempos, las generaciones han ido tramando acontecimientos de gran trascendencia para la historia del mundo.

Todo el pueblo francés se ha esforzado en hacer del país un ejemplo de vida amable. Pueblo de ciudadanos inteligentes, cultos, con un fino sentido del trato social, afronta la vida con ese gesto de alegría, de ingenio y de gracia que se refleja en sus obras como nota característica del alma francesa.

LOS TRES LADRONES

Hubo hace tiempo en las cercanías de Laon tres ladrones de tanta habilidad para el robo y de tan refinada pillería, que tuvieron en cuidado y sobresalto a todo el que en la comarca tenía algo que perder o que pudiera pasar a manos ajenas.

Llamábanse los tres avispados compañeros Haimet, Barat y Travers, de los cuales los dos primeros eran hermanos y de pura raza de ladrones.

Justo es consignar que estos tres pícaros se contentaban con robar sin hacer el menor daño a las personas, pero en cuanto a destreza en apoderarse de lo ajeno nadie igualaba a los dos hermanos. Travers era un infeliz, gordo y pacífico, que había sido engañado y arrastrado por sus compañeros.

Un día en que los tres se paseaban por un bosque, Haimet divisó en lo alto de una encina un nido de jilgueros en el cual se acababa de posar la madre para incubar los huevecillos y, para demostrar su ingenio y habilidad, dijo a su hermano:

—Nadie puede llamarse buen ladrón si no es capaz de robar los huevecillos del nido sin que la madre lo advierta.

—Eso no podría hacerlo nadie —dijo Barat.

—¿Que no? —añadió Haimet—, vas a verlo si el asombro no te nubla la vista.

Y, en diciendo esto, abrazóse a la encina, trepó hasta alcanzar el nido y, socavándolo suavemente, fueron pasando los huevecillos a la mano del pícaro.

Descendió Haimet muy satisfecho ante el asombro de Travers que presenciaba todo aquello con la boca muy abierta y, cuando más celebraba su destreza, díjole Barat:

—Bien está, hermano, lo que acabas de hacer, pero no declararé tu maestría y habilidad mientras no devuelvas los huevecillos al nido y lo dejes todo en su primitivo estado sin espantar a la madre.

—Así lo haré también como he hecho lo anterior —dijo Haimet.

Y, rápidamente, subió por el árbol trepando con gran ligereza. No había llegado aún a alcanzar el nido, cuando Barat trepó tras de su hermano siguiéndolo de rama en rama, y mientras Haimet estaba atento a devolver lo que había quitado, le despojó en un momento de sus propias bragas sin que lo advirtiera.

Descendió Haimet del árbol y dijo muy satisfecho:

—No negaréis ahora que un hombre tan listo como yo puede vivir confiado y orgulloso de su destreza.

—Yo no sé, hermano —dijo Barat—, si puedes contentarte con eso, no habiendo conseguido proporcionarte ni siquiera unas bragas.

—¡Diablo! —exclamó Haimet—, ¿dónde están mis bragas?

Dióse entonces cuenta de que no las llevaba y quedó muy corrido y avergonzado.

—Pídeselas a tu hermano que te las ha quitado —dijo Travers—. A fe que no hay ladrón como Barat. Después de visto lo que acabo de ver, digo que yo nada puedo hacer a vuestro lado. Soy demasiado torpe para seguir esta profesión. Vuélvome, pues, a mi casa donde mi mujer me espera, y con ayuda de Dios y de mi trabajo viviré una vida, tranquila y sin sobresaltos.

Hízolo Travers como lo había indicado y llegó a su casa con gran contento de su mujer. Allí dióse a trabajar con tanto ánimo y provecho, que a los pocos meses compró un cerdo y lo mató al llegar la Navidad, colgándolo después de una anilla que había en un cubierto delante de la casa. Y cuando hubo terminado la matanza partióse a continuar las labores del campo.

Pero he aquí que Haimet y Barat acertaron a pasar por aquel pueblo y, queriendo visitar a su compañero, se llegaron a la casa de Travers en ocasión que la mujer hilaba un copo de lana junto al hogar. Sentáronse los dos hermanos y mientras preguntaban por el marido que estaba en el bosque, diéronse a mirar y escudriñarlo todo hasta que sus ojos se quedaron prendidos del hermoso cerdo que colgaba.

En cuanto salieron de la casa dijo Haimet:

—Este desagradecido amigo nuestro se esconde y no quiere vernos para que no gastemos de su comida, pero así Dios me salve como hemos de arreglarnos de manera que ese cerdo caiga en nuestras manos.

Y los muy truhanes esperaron que llegara la noche ocultos tras un cercado.

Volvió Travers a su casa cuando se acabó el día, y su mujer le dijo:

—Esta tarde han venido dos hombres muy deseosos de verte, pero tal mal fachados y lo miraban y remiraban todo con tanto interés que tuvo miedo de hallarme sola.

—¡Ay, desdichado de mí! —exclamó Travers—. Ya sé quiénes son y qué es lo que buscan. Los pillos nos robarán el cerdo sin que lo notemos. Más nos habría valido venderlo en el mercado.

—Espera —dijo la mujer—, podemos quitarlo de donde está y no darán con él cuando lo busquen.

Descolgó Travers el cerdo y llevólo arrastrando hasta un rincón de la casa, debajo de la artesa de amasar el pan. Después se acostó lleno de temores y sobresaltos.

Llegado el momento, los ladrones saltaron las tapias del corral y fuéronse cautelosos adonde el cerdo colgaba, mas, al notar la falta, pusieronse a escuchar lo que dentro de la casa ocurría.

Travers, que no podía dormir de intranquilo que estaba, despertó a su mujer, y después de cerciorarse de que el cerdo estaba donde lo había dejado, armóse de un garrote y fuése a girar una ronda por el corral y el establo.

Aprovechó Barat este momento para entrar en la casa, y aproximándose al cuarto donde la mujer velaba, preguntóle fingiendo la voz de Travers lo mejor que pudo:

—Oye, María, ¿dónde pusimos el cerdo, que no lo encuentro?

—¡Válgame Dios! —contestó la infeliz—. ¿No te acuerdas que lo escondiste debajo de la artesa? Mucho sueño debes de tener, si no es que el miedo te ha trastornado el juicio.

—Es verdad —replicó el ladrón.

Y sin más, buscó el cerdo debajo de la artesa y, cargándolo auestas, unióse a Haimet que le ayudó a sacarlo de la casa.

Volvió Travers a acostarse después de haber cerrado las puertas, al tiempo que su mujer le decía:

—Preciso es reconocer que habías perdido el juicio al preguntar dónde metimos el cerdo.

—¿Yo? ¿Y cuándo diablos pregunté yo tal cosa?

—¿Cómo? ¿Aún niegas que fueras tú el que me lo preguntó hace un momento?

—¡Ay, pobres de nosotros! —exclamo Travers adivinando lo sucedido—. Ya nos lo han robado. Ya no lo veremos más.

Salió Travers corriendo en persecución de los ladrones, y vino a descubrirlos camino de un espeso bosque.

Iba delante Haimet abriendo paso por un sendero, y detrás iba Barat a alguna distancia, sin que pudiera aligerar la marcha bajo el peso del preciado fardo que cargaba, y así pudo llegar el buen Travers junto a él valiéndose de lo cerrado y obscuro de la noche. Y cuando lo tuvo cerca díjole simulando la vez de su hermano:

—Déjame que te ayude. Yo cargare ahora con él y descansa, que bien ganado tienes el descanso.

No bien hubo recibido Travers lo que le pertenecía, dejó que Barat se adelantara y, lleno de contento, emprendió el camino de su casa por el mismo sendero.

No tardaron los dos hermanos en juntarse y advertir el engaño. Y como estaban dispuestos a no dejar perder lo que tanto deseaban, corrieron por un atajo al encuentro de Travers que llegaba confiado cerca de su casa.

Acercósele Barat, el cual se había colocado la camisa sobre las ropas y sobre la cabeza a modo de cofia mujeril, y simulando la voz de su esposa, le dijo:

—El miedo me hacía temer que ya no volvieras.

¿Recobraste el cerdo?

—Cálmate, mujer, que aquí lo traigo. Tómallo y escóndelo bien mientras yo doy una vuelta por el establo.

Recibiólo el ladrón en brazos y no tardó en llegar adonde su hermano lo esperaba.

Entró Travers en su casa al poco rato y vio con gran asombro que su mujer lloraba por el miedo que tenía, y que el cerdo le había volado de

manera que parecía imposible; pero dispuesto a todo trance a recobrarlo, encaminóse al bosque cercano donde supuso que estarían sus enemigos.

Y así que llegó a lo más espeso, vio a Haimet y a Barat que hablan encendido una gran lumbre al pie de un copudo árbol, muy dispuestos a catar el producto del robo.

Quemábase la leña produciendo mucho humo por lo verde que estaba, y los dos hermanos se levantaron a coger hojas secas con que avivar la llama. En esto Travers, que se había quitado las bragas, trepó al árbol y dejóse colgar, cogido a una rama, de manera que parecía un ahorcado. Y así que los ladrones volvieron junto al fuego y vieron aquella fantasma colgada y en camisa, cobraron tal sobresalto y miedo, que huyeron a todo correr y sin volver la cabeza atrás.

Bajó Travers del árbol y, cargando con el cerdo, fuese luego a su casa muy contento de su triunfo, y en llegado dijo a su mujer:

—Mira que podamos cocer en pedazos este cerdo de nuestra desventura, pues entero no estará nunca seguro en nuestra casa, ni nosotros lo estaremos tampoco de probarlo.

Y en tanto que los trozos del animal se cocían en una caldera, sentáronse marido y mujer junto al fuego para mejor cuidarlo, pero el infeliz Travers, a quien las aventuras pasadas habían dejado rendido, echóse en un escaño próximo para dormir un rato.

Volvieron mientras tanto los ladrones al sitio de donde habían huido y acabaron por darse cuenta de la burla que les había jugado Travers, pero dispuestos los burladores a no quedar burlados, encamináronse a la casa de su amigo.

Cuando hubieron llegado, miró Barat por un agujero puerta, y dióle gran alegría el ver al hombre tendido en el banco y a la mujer dormitando junto al hogar. Y, en viendo esto, dijo a su hermano:

—Estos infelices han querido ahorrarnos el trabajo de cocer el cerdo. Ahora te digo que podrás comer hasta hartarte.

Dicho lo cual, hízose con una larga vara afilada en la punta y, encaramándose como gato hasta el tejado de la casa, metió por la chimenea el largo palo hasta llegar a la caldera y ensartar una grande y sabrosa tajada.

Despertóse Travers a punto de ver subir por la chimenea aquel pesado trozo y, comprendiendo que toda la lucha con tan astutos enemigos sería inútil, gritó:

—¡Eh!, amigos, bajad y terminemos de una vez. No nos engañemos más, que de seguir así no acabaríamos nunca. Bajad, pues, que para todos habrá bocados abundantes.

Bajaron, reuniéronse todos junto al fuego en la mejor armonía y regaláronse de la mejor manera posible, pero al pobre Travers, que había cebado el cerdo, le tocaron las peores tajadas.



NOROESTE DE ÁFRICA

En el noroeste africano, entre el borde del Sahara y las selvas del Níger, en aldeas de redondas chozas, vive el pueblo de los fulbes que comparte el dominio de las anchas estepas con las tribus nómadas de tuaregs, moros y pueblos negros.

Los antiguos viajeros cuentan haber visto en este país grandes aldeas, terrenos cultivados, jardines, ciudades de miles de habitantes, ricos objetos artísticos y construcciones suntuosas. Hoy, por toda esta región esteparia, descúbrese ruinas de ciudades; restos de murallas, castillos, templos..., signos de una antigua y floreciente cultura que ha ido decayendo hasta casi desaparecer.

El pueblo de los fulbes, formado por hombres de tez morena, inteligentes, dedicados al pastoreo, al cultivo del campo y a la práctica de diversos oficios industriales, es uno de los más seguros representantes de aquella raza que, en tiempos remotos, creó una importante y curiosa civilización africana de la cual, además de las ruinas, se han descubierto y recogido preciosas leyendas de amor y de caballería.

SAMBA GANA

En la ciudad de Wagana reinaba la hermosa Analia Tu-Bari.

El padre de Analia había sido el príncipe de Wagana y el señor de muchas aldeas. En una ocasión sostuvo una guerra con un príncipe enemigo que le disputaba sus posesiones. El padre de Analia fue vencido y tuvo que entregar una de sus aldeas. Su orgullo no pudo soportar esto y murió de pesadumbre.

Analia heredó todo el reino de su padre. Muchos caballeros vinieron a la ciudad de Wagana a pedir su mano, pero Analia les exigía, no sólo que volvieran a conquistar, la aldea perdida, sino, además, otras ochenta ciudades.

Ninguno de los caballeros se atrevía con esta empresa guerrera. Pasaron los años. Analia perdió toda su alegría. Analia estaba cada día más hermosa y más triste.

En un país próximo había un príncipe que tenía un hijo llamado Samba Gana. Cuando Samba Gana fue mayor abandonó la ciudad de su padre, según la costumbre del país, y salió a conquistar tierras y ciudades donde poder reinar.

Samba Gana era joven y estaba siempre alegre. Samba Gana salió contento de la ciudad de su padre, acompañado de un bardo y dos escuderos.

Samba Gana declaró la guerra al príncipe de una ciudad y lo desafió a un duelo. Combatieron los dos. Toda la ciudad los miraba. Venció Samba Gana. El príncipe vencido le pidió que le perdonara la vida y le ofreció su ciudad. Samba Gana se echó a reír y dijo:

—Quédate con tu ciudad. Tu ciudad nada me importa.

Samba Gana siguió su camino. Venció a un príncipe tras otro. Lo que ganaba en sus victorias lo devolvía siempre. A cada príncipe vencido le decía:

—Quédate con tu ciudad. Tu ciudad nada me importa.

Samba Gana llegó a vencer a todos los príncipes del país y, sin embargo no poseía tierras ni ciudades, porque después de la victoria todo lo devolvía y seguía adelante alegre y risueño.

Un día descansaba con su bardo a orillas del Níger. El bardo cantó la canción de Analia Tu-Bari, llena de la hermosura, la tristeza y la soledad de la Princesa. El bardo cantó: «Sólo conseguiré a Analia y la hará reír el caballero que conquiste ochenta ciudades».

Cuando Samba Gana oyó esto, se levantó de un brinco y exclamó:

—¡Arriba, mozos! ¡Ensillad los caballos! ¡Vamos al país de Analia Tu-Bari!

Samba Gana rompió la marcha con su bardo y sus escuderos.

Cabalgaron día y noche. Un día tras otro cabalgaron. Llegaron a la ciudad de Analia Tu-Bari. Samba Gana vió a Analia Tu-Bari. Vio que era hermosa y estaba triste. Samba Gana dijo:

—Analia, yo conquistaré las ochenta ciudades.

Samba Gana se puso en marcha. Antes de partir, dijo al bardo:

—Tú quédate con Analia; cántale, distráela, hazle reír.

El bardo se quedó en la ciudad de Analia Tu-Bari. Todos los días le cantaba canciones de los héroes de su país, de sus ciudades, de la serpiente del río que hace crecer las aguas, de modo que la gente recoge unos años sobra de arroz y otros años pasa hambre. La hermosa Analia lo escuchaba.

Samba Gana recorría la comarca. Combatió a un príncipe tras otro. Sometió a los ochenta príncipes. A todos los vencidos les decía:

—Preséntate a Analia Tu-Bari y dile que tu ciudad le pertenece.

Los ochenta príncipes y muchos guerreros fueron ante Analia Tu-Bari y se quedaron en Wagana. La ciudad de Analia crecía y crecía. Analia Tu-Bari reinaba sobre todos los príncipes y guerreros de toda la comarca.

Samba Gana se presentó a Analia Tu-Bari y le dijo:

—Ya es tuyo lo que deseabas poseer.

Analia Tu-Bari dijo:

—Has cumplido tu promesa. Seré tu esposa.

Samba Gana dijo:

—¿Por qué estás triste? No me casaré contigo hasta que vuelvas a reírte.

—Antes me entristecía la vergüenza de mi padre vencido —contestó Analía—. Ahora no puedo reír porque nadie es capaz de cumplir mi deseo.

Samba Gana dijo:

—Indícame lo que debo hacer.

—Mata a la serpiente del río, que un año trae abundancia y otro escasez, y estaré contenta.

Samba Gana dijo:

—Nadie se ha atrevido a hacerlo, pero yo lo haré.

Samba Gana se dirigió al río y buscó a la serpiente. Siguió andando y buscando. Llegó a una ciudad, no la encontró y siguió río arriba. Llegó a otra ciudad, no la encontró y siguió río arriba. Por fin encontró a la serpiente y combatió con ella. Tan pronto vencía la serpiente como Samba Gana. La corriente del río iba tan pronto en una dirección como en otra. Las montañas se desplomaban y la tierra se abría.

Ocho años luchó Samba Gana con la serpiente. A los ocho años la venció. Durante este tiempo Samba Gana había roto ochocientas lanzas y ochenta espadas. No le quedaba más que una espada y una lanza ensangrentadas. Le dio al bardo la lanza, y dijo:

—Llévale esta lanza a Analía Tu-Bari, dile que he vencido a la serpiente y mira a ver si se ríe.

El bardo cumplió el encargo de Samba Gana.

Analía Tu-Bari dijo:

—Vuelve y dile a Samba Gana que traiga la serpiente para que, como esclava mía, conduzca la corriente del río a mi país. Cuando yo vea a Samba Gana con la serpiente, reiré y estaré contenta.

El bardo volvió y dio el recado a Samba Gana. Cuando Samba Gana oyó las palabras de Analía Tu-Bari, dijo:

—Es demasiado.

A Samba Gana se le demudó el rostro, se rió una vez más y cayó muerto.

El bardo cogió la espada del héroe, montó a caballo y se fue ante Analía Tu-Bari. Al llegar le dijo:

—Aquí está la espada de Samba Gana. Samba Gana se ha reído por última vez.

Analía Tu-Bari reunió a todos los príncipes y guerreros que había en su ciudad. Montó a caballo. Todos montaron a caballo y la siguieron hasta llegar al país donde había muerto Samba Gana. Analía Tu-Bari llegó adonde estaba el cadáver de Samba Gana. Analía Tu-Bari dijo:

—Era mayor héroe que todos los anteriores. Alzadle una tumba más alta que la de todos los reyes y héroes.

Empezó el trabajo. Ocho veces ochocientos hombres cavaron la tierra. Ocho veces ochocientos hombres construyeron un templo sobre el suelo. Ocho veces ochocientos hombres amontonaron tierra sobre el templo y la apisonaron y quemaron. La pirámide crecía y crecía...

Todas las tardes Analía Tu-Bari subía con sus príncipes y guerreros a la cima de la pirámide. Todas las tardes cantaba el bardo la canción del héroe. Todas las mañanas al levantarse decía Analía Tu-Bari:

—La pirámide no es aún bastante alta. Levantadla hasta que se pueda ver Wagana.

Ocho veces ochocientos hombres acarreaban tierra, la apisonaban y la quemaban. Ocho años siguió subiendo la pirámide. Al final del octavo año salió el Sol. El bardo miró en derredor y exclamó:

—¡Analía Tu-Bari, hoy se ve Wagana!

Analía miró al Oeste y dijo:

—¡Ya veo Wagana! El sepulcro de Samba Gana es todo lo grande que su nombre merece.

Analía Tu-Bari se rió. Se rió Analía Tu-Bari y dijo:

—Ahora separaos, príncipes y caballeros. Dispersaos por toda la tierra y sed héroes como Samba Gana.

Analía Tu-Bari se rió otra vez y cayó muerta. Se la enterró en la cripta de la pirámide, al lado de Samba Gana.

DE PURA RAZA

Durante mucho tiempo, reinó en el país de los fulbes la familia Ardo. El joven y fuerte Goroba-Dike era un descendiente de esta noble familia, pero, por no ser primogénito, no le había correspondido ciudad donde reinar. Por eso andaba errante por el país de Bammana haciendo sufrir a los habitantes su mal humor. Los pueblos bammanas tenían gran miedo de su crueldad. Goroba-Dike era un hombre duro, valeroso y violento.

Apurados y temerosos, los hombres bammanas llamaron a Alal, el escudero de Goroba-Dike, y le dijeron:

—Tú eres el único que puede convencer a Goroba-Dike. Si consigues que se marche de este país te daremos una buena cantidad de oro.

Al cabo de algunas semanas, Alal dijo a Goroba-Dike:

—Escucha: los bammanas no te han hecho nada malo para que los trates así. Yo, en tu lugar, marcharía contra los fulbes que te deben un reino.

—Tienes razón —dijo Goroba-Dike—. ¿Qué ciudad quieres que escoja?

—¿Qué te parece si fueras a Sariam donde reina Hamadi Ardo?

Goroba-Dike dijo:

—Me parece bien. Vamos allá.

Llegaron cerca de Sariam. En una aldea de los alrededores se detuvieron en la casa de un labrador y se apearon. Goroba-Dike dijo a su escudero:

—Quédate aquí por ahora. Primero quiero ver yo solo la ciudad.

Se quitó los lujosos vestidos, le pidió al labrador un, traje viejo de trabajador, se lo puso y se dirigió a la ciudad. Habló primeramente con un herrero y le dijo:

—Soy un fulbe a quien de momento le va muy mal. Por un poco de comida estoy dispuesto a ayudarte en tu trabajo.

El herrero le dijo:

—¡Como no quieras tirar del fuelle!

Goroba-Dike dijo:

—Lo haré con mucho gusto. —Y se puso a trabajar con gran afición.

Mientras trabajaba preguntó al herrero:

—¿Quién reina en esta ciudad?

—Aquí reina Hamadi de la familia de los Ardos —contestó el herrero.

—De modo que, ¿Hamadi Ardo? ¿No tiene un par de caballos?

—Sí —dijo el herrero—, tiene muchos caballos. Es muy rico. También tiene tres hijas. Dos de ellas están casadas con dos valientes fulbes. La más pequeña se llama Kode Ardo y es la muchacha fulbe más orgullosa del país. Lleva un anillo de plata en el dedo meñique y sólo permitirá casarse con el que pueda ponérselo también en el dedo meñique, porque dice que un verdadero fulbe ha de tener miembros finos y dedos delicados.

A la mañana siguiente reuniéronse como todos los días los jóvenes fulbes distinguidos delante de la casa de Hamadi Ardo. Salió de su casa la orgullosa hija menor del Rey. Kode Ardo se sacó del dedo el anillo de plata y buscó entre los presentes un hombre a quien le entrase. Unos pudieron meterlo con mucho trabajo hasta la primera falange. Unos pocos consiguieron llegar hasta la segunda falange. Pero ninguno logró pasar de allí. Entonces se agotó la paciencia del rey Hamadi y le dijo a su hija:

—Tendrás que casarte con cualquiera que se presente.

El herrero con quien; trabajaba Goroba-Dike, oyó estas palabras y dijo:

—En mi casa trabaja ahora un hombre. Va mal vestido, pero se conoce bien que es un fulbe.

—Tráeme al hombre —dijo el Rey—. Que pruebe a ponerse el anillo de mi hija.

El herrero se fue en busca de Goroba-Dike y le dijo:

—Ven pronto; el Rey quiere hablar contigo.

Goroba-Dike se fue con el herrero a la plaza mayor donde se hallaba el rey Hamadi, Kode Ardo y todas las personas distinguidas. Llevaba los vestidos harapientos.

Hamadi Ardo le preguntó:

—¿Eres fulbe?

Goroba-Dike contestó:

—Sí, soy fulbe.

Hamadi Ardo dijo:

—¿Cómo te llamas?

Goroba-Dike contestó:

—No puedo decírtelo.

—Prueba a meter este anillo en el dedo menique de tu mano —dijo el Rey.

Goroba-Dike cogió el anillo de Koda Ardo y se lo metió en el dedo. El anillo le venía muy bien.

—Te casarás con mi hija —dijo el Rey.

Kode Ardo decía llorando:

—No, no quiero casarme con ese hombre del campo, con ese hombre sucio y feo.

Kode Ardo estuvo llorando todo el día, pero tuvo que casarse con el sucio Goroba-Dike. El mismo día se celebró la boda.

Una mañana llegaron los tuaregs enemigos y robaron todo el ganado vacuno del rey Hamadi y de la ciudad de Sariam. Todos los hombres de la ciudad se armaron para perseguirlos. Goroba-Dike estaba tumbado en un rincón. El rey Hamadi se acercó a él y le preguntó:

—¿No quieres montar a caballo y venir con nosotros a la guerra?

—¿Montar a caballo? Yo no he montado nunca a caballo. Yo soy hijo de gente pobre. Si me dais un asno quizá pueda montar.

Kode Ardo lloraba. Goroba-Dike montó en su asno y salió en dirección contraria a la de los demás guerreros. Kode Ardo decía llorando:

—¡Padre, padre, qué desgracia me has echado encima casándome con este hombre!

Goroba-Dike se fue a casa del labrador donde había dejado su caballo, sus armas y su escudero. Saltó del asno y dijo:

—Alal, me he casado.

—¿Cómo? ¿Te has casado? ¿Con quién te has casado?

—Me he casado con la mujer más orgullosa de la ciudad, con la hija del rey Hamadi Ardo.

—¿Cómo? ¿Esa suerte has tenido?

—Sí, pero hay otra cosa —añadió Goroba-Dike—. Los tuaregs han robado el ganado de mi suegro. Dame pronto vestidos y armas y ensíllame el caballo. Quiero adelantarme a los otros cortándoles el camino.

El escudero lo preparó todo y preguntó:

—¿Puedo acompañarte?

Goroba-Dike dijo:

—No, hoy no.

Y, tras esto, salió galopando.

Alcanzó pronto a los otros y galopaba a alguna distancia, siempre al lado de ellos. Los dos yernos del rey Hamadi y los demás fulbes le vieron correr a campo traviesa y se dijeron unos a otros:

—Debe de ser Chinar, el demonio. Nos conviene que se ponga de nuestra parte para ganar la batalla. Debemos hablar con él. Algunos se dirigieron a Goroba-Dike y le preguntaron:

—¿Adónde vas? ¿Qué te propones?

—Voy donde hay lucha y ayudo a los que me parece —contestó Goroba-Dike.

—¿Eres, pues, Chinar?

—Sí, soy Chinar.

—¿Quieres ayudarnos?

Goroba-Dike dijo:

—¿Cuántos yernos del Rey van con vosotros?

—Van dos —dijeron los hombres.

—Si cada uno de ellos me paga con una oreja os ayudaré.

Los hombres dijeron:

—¡Eso no es posible! ¿Qué dirían en la ciudad!

—Es muy sencillo —dijo Goroba-Dike—. Que digan que las han perdido en la batalla. Eso pasa hasta por muy honroso.

Los hombres cabalgaron hasta donde se encontraban los demás y contaron a los yernos del Rey lo que pasaba. Primero no se avenían, pero luego dejaron que les cortaran una oreja a cada uno y se la enviaron a Goroba-Dike. Este se guardó las orejas en el bolsillo y se puso a la cabeza de la tropa diciendo:

—No digáis que os ha ayudado Chinar.

—No, no; no lo diremos —contestaron los fulbes.

Alcanzaron a los tuaregs. Pelearon con los tuaregs. Los fumes ganaron la batalla y recuperaron los ganados. Goroba-Dike se apartó y cabalgó, hasta la casa del labrador en la que le aguardaba su escudero. Allí se bajó del caballo, se quitó los vestidos y las armas, volvió a ponerse sus harapos, montó en el asno y regresó a la ciudad. Cuando iba por las calles de Sariam, el herrero que le había dado albergue el primer día le dijo:

—No traspases mi puerta. Tú no eres un fulbe; tú eres un bastardo o un esclavo; no eres guerrero ni fulbe.

Entre tanto habían vuelto felizmente los fulbes victoriosos con los rebaños recuperados. Todo el mundo los saludó con alegría. El Rey salió personalmente a recibirlos y dijo:

—Todavía quedan guerreros valientes. Todavía hay fulbes. ¿Venís heridos?

Uno de los yernos dijo:

—Cuando yo me lanzaba al ataque, un tuareg muy grande me tiró un sablazo. Yo aparté la cabeza y el sable me cortó la oreja. Gracias a esto me salvé.

Otro yerno dijo:

—Cuando yo atacaba por otro lado, un tuareg pequeño me tiró una estocada con su larga espada desde abajo contra el cuello. Estuvo a punto de cortarme la cabeza. Pero me incliné y sólo me voló la oreja.

El rey Hamadi dijo:

—Oír cosas de éstas alegra el ánimo. Sois unos héroes. Pero decidme, ¿no habéis visto al tercero de mis yernos?

—¡Oh, ése! ¡Desde el principio se marchó en dirección contraria! —dijeron todos entre risas.

Por el otro lado venía Goroba-Dike montado en su burro. Cuando estuvo cerca espoleó al animal, que emprendió un trotecillo. Al verlo venir en esta facha, Kode Ardo rompió a llorar amargamente diciendo:

—¡Padre, padre, qué desgracia me has echado encima!

Durante la velada los fulbes distinguidos estaban sentados en círculo, y contaban lo que habían hecho. Goroba-Dike lo oía todo desde un rincón. Uno dijo:

—Cuando yo me arrojé el primero en medio de los enemigos...

Otro dijo:

—Cuando yo conquisté los caballos...

Un tercero dijo:

—Sí, vosotros no sois como el marido de Kode Ardo. Sois verdaderos héroes.

Los otros dos yernos tuvieron que repetir cómo habían perdido en la lucha las orejas. Goroba-Dike estaba allí al lado y lo oía todo. En el bolsillo tenía las dos orejas y las hacía resbalar entre sus dedos. Cuando se hizo de noche se fue a su casa. Kode Ardo le dijo:

—¡Eres un cobarde!

Al día siguiente la ciudad fue atacada por muchos tuaregs. Cuando los divisaron de lejos, todos los hombres capaces de tomar las armas se reunieron. Goroba-Dike montó en su asno y salió a escape de la ciudad. La gente gritaba:

—¡Ahí huye Goroba-Dike! ¡Ahí huye Goroba-Dike!

Kode Ardo decía llorando:

—¡Padre, padre, qué gran desgracia has echado sobre mí!

Goroba-Dike se fue a la casa del labrador en donde había dejado sus vestidos, su caballo y sus armas. Cuando llegó, saltó del asno y le dijo a su escudero:

—¡Pronto, pronto; prepara mi caballo y mis cosas! Hoy hay grandes sucesos. Los tuaregs atacan la ciudad en grandes masas y no hay nadie que sepa defenderla.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Alal.

Goroba-Dike dijo:

—Hoy todavía no.

Se puso sus buenos vestidos, cogió sus armas, saltó sobre el caballo y salió a galope.

Entre tanto los tuaregs habían cercado y atacado la ciudad. Hasta habían conseguido entrar en ella, y una parte avanzaba ya contra el palacio del Rey.

Goroba-Dike llegó a tiempo. Rompió las líneas enemigas, desarzonó a los tuaregs a derecha e izquierda, saltó por encima de ellos y llegó en el momento decisivo al palacio de su suegro. En aquel instante, algunos tuaregs rodeaban a Kode Ardo y querían llevársela. Cuando Kode Ardo vio llegar al valiente fulbe, exclamó:

—¡Mi gran hermano, ven y ayúdame; mi marido ha huido cobardemente!

Goroba-Dike apartó con su larga lanza a un tuareg. Un segundo enemigo le hizo una gran herida, pero luego Goroba-Dike lo traspasó a su vez. Los demás huyeron. Viendo Kode Ardo que Goroba-Dike tenía una herida grave exclamó:

—¡Oh!, mi gran hermano, me has salvado, pero estás herido. —Se arrancó apresuradamente la mitad de su vestido y vendó con ella la pierna ensangrentada de Goroba-Dike. En seguida Goroba-Dike se fue de allí y cayó sobre los tuaregs dispersándolos en todas direcciones y haciéndoles huir despavoridos. Los fulbes salieron a perseguirlos.

Pero Goroba-Dike se fue a casa del labrador en donde estaba su escudero Alal. Allí se apeó del caballo, se quitó vestidos y armas, se puso sus harapos y regresó a la ciudad en su asno.

Al verle pasar el herrero en cuya casa había parado la primera vez, le gritó:

—¡Ved a ese miserable bastardo, ese perro callejero, ese cobarde! ¡Pasa pronto por delante de mi casa!

Goroba-Dike dijo:

—¿Qué quieres? Desde que llegué siempre he dicho que era hijo de gente pobre.

Dicho esto, arreó al asno para que galopase por la plaza mayor. Allí estaban muchos fulbes reunidos en torno del rey Hamadi, hablando de los sucesos del día. También Kode Ardo estaba. Cuando Goroba-Dike llegó en aquella facha, Kode Ardo se echó a llorar diciendo:

—¡Oh, padre mío! ¿Por qué me has deparado tal desgracia habiendo entre los fulbes hombres tan valerosos?

Goroba-Dike dijo:

—Ya el primer día de nuestro casamiento te dije que era hijo de gente pobre, y le dije a tu padre que no entendía de caballos ni de guerras.

Pero Kode Ardo lloraba y decía:

—¡Cobarde, miserable, cobarde!

Goroba-Dike se sentó indiferente en un rincón.

Vino la noche. Los fulbes se fueron a sus casas. Kode Ardo no podía dormir. Pensaba en su cobarde esposo y en el valiente forastero que la había salvado. Hacia media noche miró a la cama de su marido y vio que había sangre. Caía la sangre del muslo vendado, y la venda era un trozo de su vestido. Era el trozo de vestido que ella misma había rasgado para curar al valiente forastero. La venda apretaba el muslo de su esposo que había venido montado en el asno. Kode Ardo se levantó y preguntó a su marido:

—Goroba-Dike, ¿dónde has recibido esa herida?

Goroba-Dike dijo:

—Piénsalo.

Kode Ardo preguntó:

—¿Quién se rasgó el vestido para vendar tu herida?

Goroba-Dike dijo:

—Piénsalo.

Kode Ardo preguntó:

—¿Quién eres tú?

Goroba-Dike dijo:

—El hijo de un rey, pero no digas nada por ahora. Prepara manteca y pónmela en la herida.

Kode Ardo trajo la manteca. La calentó. La hizo gotear sobre la herida. Ató la venda. Luego salió. Fue a ver a su madre, se sentó a su lado, se echó a llorar y dijo:

—Mi marido no es un cobarde. No ha huido. Es el hombre que hay ha salvado de los tuaregs a la ciudad. Pero no se lo digas a nadie. —Y salió silenciosamente.

Al día siguiente Goroba-Dike volvió a montar en su asno y se fue a casa del labrador donde había dejado a su escudero, sus armas, sus vestidos y su caballo.

—Alal —dijo a su escudero—, hoy ha llegado el día de presentarnos en Sariam y al orgulloso Hamadi Ardo como realmente somos. Ensilla mi caballo. Ensilla también el tuyo.

Goroba-Dike se vistió y cogió sus armas. Entró a caballo en Sariam seguido de su escudero. Se apeó en la plaza mayor donde estaban reunidos muchos fulbes. El escudero clavó en tierra unos hermosos postes de plata para atar los caballos.

Goroba-Dike llamó a su mujer, que vino y le saludó riendo. Luego se dirigió a los fulbes y dijo:

—Yo soy Goroba-Dike y ésta es mi mujer, Kode Ardo. Yo soy el hijo de un rey y el que ayer y anteayer venció a los tuaregs.

—No lo creo —dijo Hamadi Ardo—. Siempre te hemos visto montado en un asno.

Goroba-Dike dijo:

—Pregunta a los que estuvieron conmigo en la lucha.

—Es verdad —dijeron todos.

Sólo los yernos del Rey dijeron:

—No estamos seguros.

Entonces Goroba-Dike sacó del bolsillo las dos orejas y preguntó:

—¿Conocéis estas orejas?

Los dos bajaron la cabeza sin decir palabra.

El rey Hamadi se acercó a Goroba-Dike, se arrodilló ante él y le dijo:

—Perdóname. Toma de mis manos el reino.

Goroba-Dike dijo:

—Rey Hamadi Ardo, yo no soy menos que tu. Yo soy también de la familia de los Ardos. Y puesto que soy rey, ordeno que al herrero que me ha injuriado varias veces le den cincuenta azotes en las nalgas.

Y así se hizo.

NEGROS DE AMÉRICA

También hay hombres negros en América.

Desde hace mucho tiempo, los colonizadores del Nuevo Mundo buscaron braceros esclavos para el rudo trabajo de las plantaciones, entre los negros de las tierras tropicales de África.

Hay millones de negros africanos en los parajes cálidos de las Antillas, islas verdes y luminosas, bellas y ricas perlas de un collar marino, y en las regiones meridionales de la América inglesa.

Hombres negros, curvados en los grandes cafetales, curvados en los anchos campos de tabaco, curvados en los algodones y en las extensas plantaciones de caña de azúcar.

Todavía el hombre negro de América vive despreciado por el hombre blanco. Raza maltratada de hombres que soportan mansos y resignados su inferioridad con una tristeza que asoma a las miradas recelosas y a la risa franca y ancha. Raza de alma infantil que, en las noches de fiesta, canta plañidera junto a las pobres cabañas de troncos ante decoraciones de bananos y manglares plateados de luna.

YE

Cuento de las Pequeñas Antillas.

¿Quién no ha oído hablar del abuelo Ye en la Martinica? No hubo nunca un negro tan glotón y bigardo en toda la isla. Llegó a perder la cuenta de los hijos que tenía, y eran tantos, que su pobre cabaña se veía siempre llena de negritos acostumbrados al ayuno y al hambre.

Un día salió Ye por el bosque a buscar algo de comer, pero se dio tan poca maña, que vino la noche sin que hubiera encontrado nada de provecho. Ya se disponía a volver a su casa cuando oyó un ruido próximo adonde se encontraba y, llevado de su curiosidad, se fue acercando con cautela, ocultándose detrás de los árboles.

Al llegar a un pequeño claro del bosque, le apareció la causa de aquel extraño ruido. Y era que, junto a una gran lumbre y sentado en un tronco del árbol del pan, estaba el diablo cuidando de un montón de caracoles que se asaban y crujían entre las brasas.

Ye se detuvo a ver la rara escena. Era aquél un diablo viejo y arrugado, y fácilmente se descubría que era ciego según buscaba y se movía. Sostenía en la mano una gran calabaza llena de bacalao cocido y mezclado con harina de mandioca, envuelto todo en un revoltijo de pimientos, y con la otra mano iba pasando a la boca puñados de aquel bodrio que la garganta del diablo engullía como un embudo.

Ye estaba tan hambriento que no pudo resistir la tentación de comer también del abundante guisado, y así fuese acercando poco a poco hasta alcanzar la calabaza, y cada vez que el diablo llevaba la mano a la boca, metía el negro los dedos en los pimientos sin que el dueño pareciera advertirlo.

Ye se alegraba de haber encontrado un diablo de tan poca malicia, y cada vez comía más aprisa y más confiado hasta que no quedó en la calabaza más que un pedazo de bacalao negruzco. Quiso el negro apoderarse también de este último bocado, pero al llegar a tocarlo, saltó el

diablo con gran presteza y agarró con fuerza la mano de Ye al tiempo que decía con voz cascada y terrible.

—¡Ya te tengo, negro glotón! ¡Ya eres mío!

Y como Ye se quedara plantado lleno de miedo, le saltó a la espalda como un mono y, apretándole el cuello con las piernas, le siguió gritando:

—¡Hala!, deprisa, llévame a tu cabaña. ¡Allí arreglaremos cuentas!

Cuando los negritos hijos de Ye lo vieron venir tan cargado, pusiéronse a cantar y a saltar de gozo, porque pensaron que traería a cuestras algún saco de pan o de legumbres o quizá un racimo de bananas, pero al acercarse el negro, todos corrieron a esconderse por los rincones desde donde miraban con ojos grandes y muy abiertos de miedo. La pobre mujer de Ye alzaba los brazos al cielo desesperada.

Al entrar en la cabaña señaló el diablo un rincón y dijo:

—¡Ponme ahí!

Obedeció Ye, y allí se estuvo el diablo sentado toda la noche sin moverse ni hablar. Los niños se atrevían a estirar el cuello para verlo mejor con ojos redondos y espantados de muñeco. Pero a la mañana siguiente, en el momento en que la pobre madre tenía preparados para el almuerzo unos ñames y unos frutos del árbol del pan, se levantó el viejo diablo y dijo:

—¡Mamá muerta! ¡Papá muerto! ¡Todos los niños muertos!

Y al decir esto les iba soplando uno a uno, y todos iban cayendo al suelo. Tras de lo cual se comió tranquilamente lo que había sobre la mesa.

Volvió a soplar después sobre cada uno al tiempo que decía:

—¡Que se levante todo el mundo!

Y todos se levantaron y tuvieron que obedecer al diablo que les mandó comerse los desperdicios de la comida. Y, en adelante, ya no pudo la familia comer otra cosa que las repugnantes sobras de aquel demonio de huésped.

Ye no sabía qué hacer, pero su mujer, después de mucho pensar, tuvo una idea.

—Mira, negro, haz un, esfuerzo una vez en tu vida. Ve al cielo y pregunta lo que debes hacer. De buena gana iría yo, pero no tengo fuerzas para subir tan alto.

Salió Ye una mañana antes del alba y empezó a subir las laderas del Monte Pelado. Aunque muy despacio, escaló cimas muy altas hasta que llegó al Morro de la Cruz y, ya en aquel picacho entre nubes, se puso de puntillas y llamó con los nudillos en el cielo empleando toda su fuerza.

Asomó san Pedro la cabeza por detrás de una nube y preguntó a Ye lo que quería, y cuando el negro le hubo contado sus desdichas, le dijo:

—Ya sabía yo todo eso antes de que vinieras, y siempre pensé que habías de ser víctima de alguna diablura, pues en verdad te digo que eres el negro más simple y desdichado que he conocido, pero escúchame bien y te diré lo que tienes que hacer, aunque temo que te pierda tu glotonería y no te sirva mi consejo. En primer lugar, no has de comer nada antes de llegar a tu casa. Después, cuando tu mujer haya preparado la comida y el diablo se disponga a tragársela, gritas con todas tus fuerzas: *¡Tam ni pu, tam ni be!* Entonces verás caer a ese demonio como herido por el rayo. Pero no olvides que no tienes que comer nada antes de llegar a tu casa.

Despidióse de san Pedro el pobre Ye, dispuesto a cumplir todo lo que le había indicado, y, según descendía del monte, iba repitiendo, para no olvidarlas, aquellas palabras que le había enseñado: *Tam ni pu, tam ni be, tam ni pu, tam ni be...* Así iba preocupado y entretenido cuando, al pasar a vado un riachuelo, se detuvo en la orilla donde había hermosos guayaberos llenos de guayabas y, como tenía mucha hambre, aunque al principio resistió la tentación, pronto olvidó su promesa y se dio a comer guayabas, cicaques, ciruelas y otras frutas verdes y agrias que por allí había, de manera que cuando llegó a su choza estaba tan hartó, y el agrio de las frutas le produjo tal dentera, que no pudo apenas decir a su mujer que preparara la comida, y cuando el diablo se acercó a comer, Ye quiso hablar, pero no pudo.

Comió el diablo después que los hubo dormido a todos y luego les obligo a comer las inmundicias que había dejado.

La flojedad de ánimo del negro hambrón había puesto a la familia en trance de morir de hambre. Dos veces más subió al Morro de la Cruz para oír el consejo de san Pedro, y dos veces más al bajar del Monte Pelado le venció la tentación de hartarse de fruta verde, con; lo que volvía a su cabaña sin poder hablar.

Había entre los hijos de Ye uno llamado Cuquito, menudo y listo como una ardilla, el cual, al ver a su madre llorar desesperada, le dijo:

—Mamá, tengo una idea. Di a papá que vaya otra vez a llamar al cielo.

Hízolo así la madre y Ye se dispuso a emprender un nuevo viaje.

Llevaba el negro para guardarse del frío de la montana una larga y amplia capa con grandes bolsillos. Y mientras se preparaba para marchar, metióse Cuquito bien agazapado en uno de los bolsillos, de manera que Ye trepó hasta el Morro de la Cruz sin advertir la compañía que llevaba.

Llamó al cielo otra vez el negro bribón, y san Pedro, aunque un poco enfadado, tuvo la paciencia de repetirle varias veces la misma fórmula y el mismo consejo para que no los olvidara. Y de nada habría servido todo de no estar allí Cuquito que pudo, sin ser visto, asomar un ojo y una oreja por el bolsillo y enterarse de todo como del Padrenuestro.

En cuanto a Ye, volvió a hartarse de frutas verdes cuando llegó al río y regresó a su casa como en días anteriores.

Cuquito saltó rápido del bolsillo y corrió a decirle a su madre:

—Mamá, mira, lo he oído todo. Haz hoy buena comida, que nos la hemos de comer nosotros. Verás lo que va a pasar. No te apures.

Preparó la madre una buena cena y cuando el diablo, tan confiado como siempre, se disponía a comer, subióse Cuquito a una silla y gritó con todas sus fuerzas:

—*¡Tam ni pu, tam ni be!*

El diablo dio un chillido tan agudo que debió de oírse hasta en el infierno y cayó muerto.

Ye, mientras tanto, seguía tirado en un rincón haciendo esfuerzos por decir las palabras que san Pedro le había enseñado, pero por más que abría la boca, no acertaba a decir más que tonterías. Su mujer estuvo tentada de mandarlo a dormir sin cenar, pero le tuvo lástima y le dejó comer con los

niños. Comieron todos con un hambre de muchos días y acabaron cuando ya el Sol amanecía.

En las horas que duró la cena, el diablo se había ido hinchando, hinchando de tal manera que Ye no podía ni siquiera moverlo, pero como además, en verdad, olía a demonios, no había más remedio que sacarlo de la cabaña. Ató Ye una cuerda a la pata del diablo y, ayudado de los niños que habían cobrado fuerzas con tanto comer, consiguieron entre todos arrastrarlo hasta un matorral próximo donde lo abandonaron como a un perro.

Pocos días después salió Ye con intención de cazar pájaros. Traía un buen puñado de flechas y se disponía a vagar como siempre por el campo, mas, como su insensatez y su curiosidad eran mayores que su deseo de cazar, fuese acercando al sitio donde dejaron al diablo por el gusto de ver lo que había sido de él. Y cuando lo vio se quedó inmóvil y casi blanco de espanto, pues de tal manera se había hinchado que no parecía sino que tenía un monte encima y que, de un momento a otro, iba a estallar.

Un tanto repuesto de su sorpresa, quedóse Ye ideando alguna de sus simplezas y, por fin, disparó una flecha que fue a clavarse en la cima de aquel enorme vientre. Quiso después recobrarla y trepó con gran trabajo hasta que la arrancó de un gran tirón, tras de lo cual acercóse la punta por el gusto de saber a qué olía un diablo muerto. Y en cuanto la hubo olido comenzó a hinchársele la nariz de tal manera que no tardó en ponerse del tamaño de una alcuza.

No pudiendo sufrir el peso y el estorbo de aquella hinchazón, decidió Ye volver a pedir consejo a san Pedro que tantas veces le había ayudado, el cual, al verle llegar, dijo:

—¡Ah!, Ye, mi pobre Ye. Siempre has de ser el mismo. Está visto que tú vivirás y morirás como un pobre orate. Eres con seguridad el hombre más simple del mundo. Pero, en fin, voy a ayudarte una vez más. Mañana muy temprano te levantas y la emprendes a latigazos con las matas y cañaverales que encuentres desde tu casa a la orilla del mar. Haciéndolo así conseguirás cazar vivos una buena cantidad de pájaros que allí se esconden. Cuando

llegues a la roca de la Carabela les dices que yo mando que se quiten las plumas y los picos y tomen un buen baño de mar. Después no tendrás más que escoger entre los picos que hayan dejado, uno que te guste y te sirva de nariz.

Esta vez hizo Ye lo que san Pedro le había recomendado y, mientras los pájaros se bañaban, buscó y escogió el pico que más le gustaba y dejó en cambio su nariz, grande como un puchero.

El pico que escogió fue el del culivicú^[10], así que, el pobre pájaro, al salir del baño, tuvo que ponerse la enorme nariz de Ye.

Por eso el culivicú anda siempre cabizbajo y como avergonzado de tener un pico tan grande para un cuerpo tan pequeño.

EPAMINONDAS

*Cuento de los negros de Luisiana.
(Estados Unidos)*

Vivía una vez en América, junto a las plantaciones de algodón del territorio de Luisiana, una mujer negra, gorda y pacífica, que tenía un hijo negro como el betún.

Como la buena e infeliz mujer era pobre, pensó en dar a su hijo un importante y bello nombre, ya que ninguna otra fortuna le podría dejar y, muy convencida y satisfecha, le llamó Epaminondas, nombre de un antiguo y célebre general, griego.

El negrito Epaminondas era, en realidad, un poco simple.

Tenía una madrina que lo quería mucho, y casi no se pasaba día sin que el niño fuera a verla, porque la buena mujer no le dejaba nunca marchar sin algún regalo o golosina.

Un día le dio un buen pedazo de bizcocho para su madre y le dijo:

—Ten cuidado no lo pierdas, Epaminondas, ¿sabes? Cógelo bien fuerte, no se te caiga.

—No pase cuidado, madrina —dijo Epaminondas—, ya verá como no se me cae.

Y, por el camino, agarró de tal manera el bizcocho y lo apretó tanto entre sus manos, que al llegar a su cabaña lo entregó a su madre deshecho en migajas.

—¿Qué traes aquí, Epaminondas? —le preguntó su madre.

—Un pedazo de bizcocho que me dio la madrina —respondió el negrito.

—¿Bizcocho, dices? ¡Válgame Dios! ¿De qué te sirve el talento que heredaste de tu madre? ¡Vaya una manera de llevar un pedazo de bizcocho! Tenías que haber cogido papel fino, haber envuelto el bizcocho y haberlo puesto en la cabeza debajo del sombrero. Verías como así habría llegado entero a casa. ¿Te acordarás para otra vez?

—Sí, mamá —respondió Epaminondas.

Volvió el niño unos días después a casa de su madrina, y la cariñosa negra le dio para su madre una bola de mantequilla que ella misma había elaborado el mismo día.

Epaminondas la envolvió cuidadosamente en un papel fino, la metió en la copa del sombrero y se lo caló hasta las orejas para que no se le cayera el regalo.

Como era un día caluroso de verano, por el camino comenzó a derretir la mantequilla, y el pobre negrito llegó a su casa con la cara y los vestidos llenos de churres de grasa.

Al verle venir de esta manera, asustóse su madre y exclamó con gran sobresalto:

—¡Santo Dios! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué traes aquí?

—Mantequilla, mamá —dijo Epaminondas.

—¡Ay, Dios mío, qué niño tan torpe! ¿De qué te sirve el talento que heredaste de tu madre? ¿No comprendes que no es así como debe traerse la mantequilla? La tenías que haber envuelto bien apretada entre hojas verdes y la debías haber metido en el agua al pasar cerca de algún arroyo o alguna acequia para que se mantuviera fresca hasta llegar a casa. ¿Te acordarás para otra vez?

—Sí, mamá —respondió Epaminondas.

A la siguiente visita, su madrina, le regaló un lindo perrito.

Epaminondas lo envolvió bien envuelto en hojas verdes y frescas, y al pasar junto a un arroyo, lo zambulló en el agua un buen rato. Después, pasó junto a una acequia y lo volvió a zambullir, de manera que cuando llegó a su casa, el pobre animalito estaba ya casi muerto.

Al verlo llegar, exclamó su madre:

—Pero niño zonzo, ¿qué traes ahí?

—Un perrito, mamá —contestó Epaminondas.

—¿Cómo un perrito? ¡Ay, Virgen! ¿De qué te sirve, hijo mío, el talento que heredaste de tu madre? Esa no es la manera de llevar un perro. Mira: para llevar un perro se coge una cuerda, se ata uno de los extremos al cuello del perro, se pone el perro en el suelo, se coge el otro extremo de la cuerda

y se tira de él hasta llegar a casa. ¿Me entiendes? ¿Te acordarás para otra vez?

—Sí, mamá, no se me olvidará —respondió Epaminondas.

Al cabo de algunos días, la buena madrina de Epaminondas le dio un pan alargado y tierno que acababa de sacar del horno.

Cogió el pan el negrito, le ató una cuerda a una de las puntas, lo puso en el suelo y, tomando el otro extremo de la cuerda, llevó arrastrando el pan hasta la puerta de su cabaña.

Al verlo llegar, reparó su madre en lo que traía a rastras, y ya un poco enojada, le dijo:

—Pero, niño, ¿qué es lo que traes ahí?

—Un pan que me ha regalado la madrina. Me he acordado de lo que me dijiste el último día.

—¡Ay, Epaminondas, Epaminondas, tú no tienes sentido común, ni lo has tenido nunca, ni lo tendrás en tu vida! —exclamó la pobre madre—. Desde hoy ya no volverás a casa de tu madrina, ni te explicaré nada. Tú te quedarás en casa e iré yo.

Dispúsose la madre al día siguiente para ir a visitar a la madrina, y antes de salir de casa advirtió a su hijo de esta manera:

—Mira, Epaminondas. Escucha bien lo que te voy a decir. En la puerta he dejado un tablero con seis tortas que acabo de sacar del horno. Las dejo ahí para que se enfríen. Cuida, mientras yo esté fuera, de que no se acerque el gato, y si tienes necesidad de salir, ten mucho cuidado de pasar por encima, ¿sabes?

—Sí, mamá —respondió Epaminondas.

Púsose la madre el chal y el sombrero y se fue a casa de la madrina. Las seis tortas se enfriaban puestas en fila en un tablero largo en el portal de la cabaña.

Epaminondas estuvo un momento quieto mirando a las tortas, pero bien pronto sintió deseos de salir y, recordando el consejo de su madre, tuvo buen cuidado de pasar por encima.

Y conforme iba poniendo el pie en cada torta, iba contando: una, dos, tres, cuatro, cinco y seis.

No se sabe lo que sucedió cuando regresó la madre. No ha sido posible averiguarlo, pero es de suponer que Epaminondas no probaría las tortas que había estropeado, y que su pobre madre empezaría a perder la paciencia con las continuas simplezas del negrito zonzo.

